

# La tragedia del impostor



Rey Carlos  
Villadiego



Editorial  
Universidad de **Nariño**



Editorial  
Universidad de **Nariño**

La tragedia  
del impostor





# La tragedia del impostor



Rey Carlos Villadiego



Editorial  
Universidad de **Nariño**

Villadiego, Rey Carlos

La tragedia del impostor / Rey Carlos Villadiego. - 1ª. ed. - San Juan de Pasto: Editorial Universidad de Nariño, 2021.

179p.

ISBN impreso: 978-628-7509-21-4

ISBN digital: 978-628-7509-22-1

1. Cuentos colombianos 2. Asesinatos – muerte (cuentos) 3. Amor desamor (cuentos) 4. Alcohol - adicción (cuentos)

868 V712 – SCDD-Ed. 22      Biblioteca Alberto Quijano Guerrero

#### **LA TRAGEDIA DEL IMPOSTOR**

© Rey Carlos Villadiego  
villadiegocarlos@gmail.com

© Editorial Universidad de Nariño

ISBN: 978-628-7509-21-4 (impreso)

ISBN: 978-628-7509-22-1 (digital)

Primera edición

Portada: Luz de aretes.

Concepto de fotografía: Rey Carlos Villadiego.

Fotografía: Luz Stella Ramírez

Impresión:

Graficolor Pasto SAS

Calle 18 No. 29-67 Tel. 7310652

graficolorpasto@hotmail.com

Noviembre de 2021

San Juan de Pasto, Nariño, Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización escrita del autor o de la Editorial Universidad de Nariño.

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia

## ÍNDICE

Jaque perpetuo. . . . .	13
El mismo cuento de otro tiempo. . . . .	26
Mi vida fue una milonga. . . . .	37
Los últimos días de la abuela . . . . .	48
Un extraño personaje . . . . .	73
La invención de Dionisios. . . . .	84
Cuando canto mi bonito guaguancó. . . . .	101
La tragedia del impostor . . . . .	134
Cobíjame en tu seno fatal . . . . .	147
El viajero . . . . .	167



*Para Juana Martina y Joaquín,  
dos caminos mágicos que se extienden  
cuando todo parecía terminar.*



*No preciso de tu hilo conductor,  
Ariadna, para transitar el laberinto:  
La locura guía mis pasos.*



## JAQUE PERPETUO

Cuando ella abrió el portón observé el candelabro de tres velones que sostenía con la mano derecha. La débil luz acentuaba el tono amarillento de sus cabellos.

—Llevo horas de insomnio —reclamó.

Entré al salón principal y me acomodé en un sillón. La borrachera aún no me gobernaba.

Tras ausentarse un momento, emergió de las sombras con una botella de licor y dos copas.

—Quiero acompañarte esta vez.

—¡Salud! —y bebimos.

—¿Cuál es el motivo? —la requerí.

—¿Me tomas por tonta? —el enojo le devolvía la dignidad—. Si hubiera energía te pondría tus canciones preferidas en las semanas recientes.

—¿Cuál, por ejemplo? —Ámame ahora, ahora que hay tiempo, de Pagliaro, acudió a mi mente.

—Esa de Pagliaro. Te mueres por escucharla —Luego agregó—: Te hará daño, y a mí me destrozará.

Los celos vuelven adivinas a las mujeres; aunque era evidente el jaque que me había infligido Paula Cecilia.

De pronto llegó la energía y las lámparas alumbraron el recinto. Ella apagó los velones y se dirigió al estante de la música.

—Voy a ponerte una canción, reveladora de tus temores.

—¿Y por qué he de tener miedo?

—Por los años. No se le miente a la edad; al cuerpo. Ya no es tiempo para estos enredos.

—¿Cuáles enredos? —cuestionaba sus intenciones.

—Los del amor —dijo, con ironía.

—Mírame. Hemos envejecido juntos —y se acercó a centímetros de mi rostro.

Me asusté.

—No caeré en tu trampa. Ella desnuda nuestra mentira —. Me ofusqué y caí en su celada.

—¿Ella? —y dio la espalda.

Las mujeres saben de triquiñuelas para sonsacarnos la verdad. Acudí a mis argucias:

—Me refiero a la edad. Ella está enrostrándonos la separación.

—Mejor escuchemos una de sus canciones; de las de *ella*; sea la edad o cualquier cosa. Su letra refleja tu miedo.

Apuré dos tragos seguidos. Comenzó la canción con voz de mujer. Se requería haberla sonado mucho para ser identificada por ella. Sonreí resignado y canté la canción: *Tómate esta botella conmigo, y en el último brindis nos vamos, quiero ver a qué sabe tu olvido... Qué difícil tener que dejarte sabiendo que ya no me quieres... Nada me han enseñado*

*los años, siempre caigo en los mismos errores...*; entoné esta frase con fuerza.

Ella había apagado las luces alrededor de mi silla. Solo yo estaba iluminado. Se sentó frente a mí, levemente alumbrada.

—Te sientes perdido, ¿no? Y ni siquiera has arribado al medio juego.

Aún no caía en sus intrigas.

—Sigo sin entenderte.

—Elige el fantasma de tu susto: ¿Su juventud o su belleza? ¿O su inteligencia?

Esto de la astucia femenina en cuestión de rivalidades amorosas es inquietante.

—Basta analizar el tablero: Has perdido posición. Las canciones de tu predilección, o de tu padecimiento, me han permitido vislumbrar su juventud y su hermosura; o al menos así te lo figuras; es más: tiene piel blanca y ojos verdes. Te subyuga su capacidad intelectual, la cualidad femenina de tu preferencia... —se detuvo.

Tanto tiempo conviviendo con ella me desamparaba ante sus ojos. Era inútil objetarla, pero no iba a confesar fácilmente. Ella jugaba a la pitonisa; uno mismo ha incurrido en ello, si los celos desbordan la imaginación a través de gestos y canciones, y le conferimos rostro y atributos a nuestro oponente.

—Ja, ja—me reí sin ganas; para desalentarla—. Podría ser morena, de ojos negros; ni joven ni inteligente. Estás equivocada. Nadie me desvela, a excepción de ti. Aún no pierdo la partida.

Cuando terminó el disco seleccionó otro en la discoteca.

—Esta canción también revela tu terror. Además, la canta un jovencito de pelo largo; te has vuelto ridículo.

Desde los primeros acordes de guitarra reconocí el tema de Gianluca Grignani: *Yo pienso que no son tan inútiles las noches que te di. Te marchas y qué, yo no intento discutirlo. Tal vez es que me voy sintiendo solo, porque conozco esa sonrisa tan definitiva; sonrisa que a mí mismo me abrió tu paraíso... Por qué esta vez agachas la mirada, me pides que sigamos siendo amigos; amigos para qué, imaldita sea!... Hay una cosa que yo no te he dicho aún: que mis problemas sabes se llaman tú, solo por eso tú me ves hacerme el duro, para sentirme un poquito más seguro. Y te me vas con esta historia entre los dedos...* Esta vez la canté bajito, sufriendola.

—¿Te fijas? Otra canción que moldea tu derrota.

Me levanté de la silla, fui al equipo de sonido y aumenté el volumen. Canté con emoción...

Al terminar la canción ella sentenció:

—Mejor no sigas con ese amor.

En realidad, quería conversar con ella. Sin embargo, si ahora se mostraba compasiva, más tarde me las cobraría. Necesitaba compartir con alguien. Paula Cecilia, a pesar de su altivez, me había abierto un mundo de posibilidades amorosas. En contraste, la duda me derruía. Desde la apertura de la partida me confundí. Si era un juego de su vanidad mi posición era indefendible.

—¡Indefenso! Así te sientes —y se acercó más.

Las canas cubrían gran parte de su cabellera. Detallé sus arrugas y las cuencas de sus ojos.

Las canciones y sus letras de despedidas me planteaban el dominio de Paula C.

—Perder: ese es tu miedo —recalcó.

¿Por qué no abdicar ante su juego avasallante?

—No comprendo tu actitud de esclavo —me condenaba.

Su frase retumbó en mi cerebro. ¿No es eso el amor? Se cree uno señor del universo, pese a claudicar: de un lado de la cuerda está el perro y de la otra el amo, ambos atados por la cuerda. Vivir en función de otro no es recomendable. Paula C había vuelto trizas esta convicción.

—Te está aniquilando.

—¡Cállate!, no atiendes sino a tus conveniencias —exclamé—. Déjame pensar. No te inmiscuyas en mis pensamientos; los falseas.

—El falseador eres tú, yo soy tu verdad.

No me interesaba polemizar con ella; la imagen de Paula C triunfó sobre su rostro marchito. Evoqué nuestra última cita. Su caballería había retrocedido. Un asomo de amor generó la ilusión de que sus labios pronunciaran las palabras mágicas.

Volvió al equipo de sonido. Me tomé un enorme trago, con ganas de emborracharme. Sonó el hermoso piano de la canción de Pagliaro, y me apoltroné en la silla mientras cantaba los primeros versos, entre ruegos, mandato, y la felicidad meciéndose entre los quiebres de mi voz: *...Ámame, ámame ahora, ahora que quieres, ahora que sientes, ahora que puedes, ahora que tienes el sol en el cuerpo; el mar en los ojos, los brazos abiertos; ámame, ámame ahora, ahora que hay tiempo, ahora que llevas tu cabello al viento, ahora que nadie te hace preguntas, porque eres hermosa, de punta a punta, ámame, ámame, ahora que arde la leña y ahora que cantas, ahora que sueñas, ahora que el mundo parece sencillo, y siguen intactos todos tus castillos, ámame, ámame*

*ahora, ahora que hay tiempo... ámame, en este momento, ahora que quieres, ahora que quiero, mañana quién sabe, me buscas en vano, bajo este cielo azul y lejano, ámame ahora... que nadie te espera y eres la reina de la primavera...* Termina con un bello piano tras la voz ronca de Pagliaro...

Tomé otro trago, y otro. Me levanté y volví a cantar. Bailé un vals lento, torpe, con un vaso de whisky en la mano. Bailaba y dirigía una orquesta con una batuta invisible. Entonces reí hasta el llanto; una mezcla de alegría y tristeza. De repente noté el silencio. Prendí las luces y ella no estaba. La busqué en los aposentos y bajé al sótano mientras gritaba: ¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido? ¿Tienes miedo? ¡No me amedrenta el campo de batalla! Ven y compartamos, llegó el amor, tu gran temor. Ella se habría escondido en algún recoveco de mi morada, acechándome por alguna hendidura desde su escondite. Aguardaba el momento para hostigarme. Al menos la había ahuyentado, con la espada del amor por Paula C...

Y bebí incansablemente, olvidado en un rincón, sentado en el suelo; a mi lado, una pequeña lámpara y el resto del espacio en la oscuridad.

Transcurrió un rato de incertidumbre. Retornó, más pálida esta vez.

—Te extrañaba —me quejé.

Entretanto, la imagen de Paula Cecilia se repetía, diciéndome: No me interesas como amor; no te deseo. La breve historia con ella había sido una serie de actos contradictorios. Hoy sí, mañana no, pasado quién sabe, como la canción del viejo Rolando: *Me has dicho que sí para luego repetirme que no, me has dicho que no, para decirme que sí; es un ajedrez, o un crucigrama que no puedo entender, no sé lo que hacer*

*para alejarme de ti...* Tal vez debiera retirarme de esta torturante partida de ajedrez...

—Es el momento oportuno para declinar el rey —sentenció.

¿Estaba tan perdido? Su ejército me había neutralizado. Había llegado a un punto donde habría un rescate momentáneo por parte de Paula C, o no tardaría en hundirme a su antojo.

—Has encontrado la metáfora perfecta. Ella te tira y te recoge como una marioneta.

—No creas.

Se aproximó.

Vi un cambio en la expresión de su rostro fúnebre. Había pasado del reproche a la complicidad. ¡No es complicidad, es lástima!, comprendí. Me paré, la tomé por los brazos y la sacudí con violencia:

—¿Me tienes lástima?

Sentí su frágil cuerpo.

—No es eso —negó.

—¡Dímelo ya!

—Si me sueltas.

La tiré y paseé por el cuarto, mientras, la increpaba. Desde la oscuridad la contemplé, aliviado al escapar a su mirada. Por fin, musitó.

—¿Aún no lo comprendes?

Ella iba a decirme algo determinante.

—Todavía estás a tiempo para retirarte del juego. Si persistes, el abatimiento será mayor. Mejor ocúpate de tu salud, de tus achaques.

Sus palabras fluyeron, en tono de consejero:

—¿Has contemplado los alrededores de tu castillo? Han destruido tu flanco derecho. La enorme torre del ala izquierda está deshecha. Tu caballería es impotente. Las trampas que activaste para impedir intrusos en tus dominios fueron sorteadas por el enemigo. No te respalda la protección del centro, por allí no te atacará ella; tus huestes obstaculizarán tu huida; no tienes escapatoria si prosigues la batalla. Ella ha salvado el gran abismo y destruyó el puente levadizo. ¿Confías en repeler el ataque? No seas necio. Sus próximos movimientos están calculados para demolerte.

Busqué el polvillo mágico que disipa la ebriedad. Lo aspiré dos veces y bebí para matizar su efecto.

—Has vuelto a recaer en el vicio. ¿Crees en el amor redentor?

No contesté.

—Sí; persiste... ¿Quieres saber su próxima jugada? Torre uno dama; ¡peligro! A partir de allí te someterá sin compasión. Dos movimientos más y te dará a beber su néctar de juventud y belleza, y su inteligencia vencerá. Juega con ventaja; tú has puesto el amor, ella, el juego. Por eso has obrado con torpeza.

No sé de dónde emergió el orgullo que se fue imponiendo a medida que bebía y aspiraba el polvillo blanco. Me poseyó una risa escandalosa. Por momentos me acercaba al rostro de mi fiel compañera.

Me reía sin parar. Vino a mi memoria la primera frase de una vieja canción: *Él no sabe hablar, de otra cosa que no sea bailar...*, un vals de mi juventud, deudor de incontables noches de bohemia. En muchas ocasiones la bailé en medio de una fenomenal borrachera. *Embustero y bailarín*, se llama. Canté con el alma la primera estrofa mientras bailaba con la

botella en la mano: *Él no sabe hablar, de otra cosa que no sea bailar, y no conoce el sol porque de noche se viste de piola...*, y con gracia daba vueltas a ritmo de vals alrededor de ella. La zarandeaba sin que se inmutase... *Vuelve a bailar, vuelve a sufrir... Pero una mujer que ha conocido comenzó a querer... Y así la perderá por embustero y bailarín...* Bailaba y bebía, y le daba vueltas a ella. Experimentaba un deseo intenso de mantenerme en el juego, de hallar las jugadas magistrales para nivelarlo. Ganas de demostrarle a Paula Cecilia el peligro de jugar conmigo...

—Ínfulas de borracho —se burló ella.

—Me importa un bledo —le dije e intensifiqué mi danza a su alrededor. Esas palabras denotaban su posición de revancha.

Salí del aposento. Le dije adiós, tras un giro cadencioso, y me encaminé, bailando y tarareando la canción, hacia la discoteca. Escogí canciones de venganza amorosa y las reproduje al máximo volumen. Le di con las puertas en las narices y la excluí de ese momento. Bebí, canté y bailé hasta caer sumido en la inconsciencia...

Desperté. No supe el tiempo transcurrido. Las penumbras dominaban el aposento.

Alguien empujó lentamente la puerta, sin atreverse a entrar. La puerta se abrió como obligada por el viento. Me dio pánico y pensé en la muerte. Me estremecí al escuchar el crujido de la puerta cerrándose, sin quién la moviera. Busqué el interruptor de la luz, pero una mano helada me detuvo y una voz familiar susurró:

—No temas.

—No debiste regresar —me repuse un poco—. Me someteré a los hechos.

—Te has echado a la pena.

—Déjate de rodeos.

Volteé y me encontré de frente con ella. Detallé su rostro demacrado. Los cabellos amarillentos, las arrugas en los párpados y las comisuras caídas de los labios le conferían un aspecto deplorable. Necesitaba de la compañía de una mujer joven y no la de una cadavérica, que me arrastra a la muerte, aun cuando la otra me arrojara al abismo.

—No me retendrás con semejante aspecto —y me tomé un trago.

Caminé al baño, urgido por la próstata. Ella me siguió.

—No te desquitarás conmigo —se defendió.

Bajé la cremallera y empecé a orinar.

—¿Has reparado en tu cuerpo? —advirtió.

—Lo conozco de memoria —le contesté con indiferencia.

—La memoria guarda el pasado. Para el presente debes observar, de lo contrario, vives engañado.

—¿Para qué he de auscultar mi cuerpo? —objeté.

—Las canas resaltan en tu pelo púbico.

—¿Cómo? —forcé el final de la orinada. Me bajé los pantalones y busqué en el pubis su hallazgo. Hurgando con mis dedos el espeso vello no obtuve evidencias de alarma. los pelos aún eran negros.

—Eres una arpía —la insulté. Ella me contemplaba impasible—. No es cierto, ¿ves? —le mostré mi sexo.

—No observas con tus ojos —estiró sus huesudas manos y con sus dedos descubrió las canas púbicas a mi vista.

—¡No puede ser! —exclamé horrorizado al comprobar la tragedia. Unos pelos canosos y tiesos se ocultaban dispersos entre el pubis negro.

Mi primer impulso fue arrancármelos de un tirón. Las canas en el pubis constituían un signo de vejez.

Ninguna señal de mi cuerpo me avergonzaba tanto, a pesar de la gota, el colesterol, la gastritis, el reflujo, los dolores articulares... Además, no demorarían en propagarse como un maldito virus. Ni los achaques de mi organismo me afectaban tanto como esos pelos grises.

—¿Serás tan iluso de confiar en un supuesto amor de ella por ti? Ni siquiera está ilusionada. Su juventud le asegura la victoria, como a ti la vejez te abisma a la decepción. Te ha manipulado. Caíste en la trampa del gambito de dama. ¿Tan obtuso te has vuelto?

—¡Cállate! —La corté de golpe—. Tantas sandeces juntas me fatigaban. Apuré otro trago.

—Me escucharás, así no lo deseas —insistió—. Ella quiere satisfacer una curiosidad contigo. Su interés por ti no irá más allá de una noche de desamor. Te apuesto mi vida, si la valoras: tu primera noche con ella será la última. No son celos, no seas estúpido, la motivación de mis consideraciones. Es el amor el causante de mis advertencias. Sus maniobras te humillarán. Los años han vulnerado tu armadura.

Hizo una pausa. Luego sentenció:

—Esa joven te empujará al vacío y no hallarás de dónde agarrarte.

No había en su rostro asomo de ira ni de aflicción.

—La tomaré como se presente.

—Vana ilusión.

—¿Y no es el amor una ilusión? Voy a averiguar el final del juego.

—Es otra acción suicida.

Huí, tambaleante y con la botella de licor en la mano.  
Caí al suelo, exhausto.

—Explícate —musité.

Desde las sombras expresó la frase lapidaria:  
“Renuncia al amor absurdo”.

Había escogido el momento oportuno para asestarme  
un golpe bajo.

Me levanté, dispuesto a enfrentarla; no la vi. La busqué  
mientras vociferaba:

—¿Por qué he de renunciar? ¿Por qué?...

Abría y azotaba puertas al cerrarlas. Me agachaba para  
sacarla de algún escondrijo.

—¡Contesta!

Por fin habló. Su voz brotaba de todas partes.

“Porque tu tiempo ya pasó”.

Y de repente me veo desprotegido, sin chance para guarecerme en el castillo. El enemigo ha cerrado el paso. Solo hay ruinas alrededor. Veo vencidos a mis mejores guerreros. Los caballos yacen por los rigores de la batalla y mis peones de confianza han sido inutilizados. Mi dama de compañía, pálida y demacrada, ha ido a auxiliarlos, pero ha perdido el camino de regreso. El contrincante la desvió de mi estancia. Respiro al oponente encima de mi humanidad. Todavía dispongo de una legión de guerreros fieles, cuya sangre ofrendarán por mi vida. El final se avecina. La dama blanca amenaza con el jaque mate maquinado por sus jugadas. Me han herido de muerte. Miro en torno y veo un rincón del palacio dispuesto a albergarme. Presiento los movimientos de la dama blanca y los míos coaccionados hacia la tumba. El ejército invasor ha pulverizado los pasadizos secretos; incluso la puerta camuflada de mi dormitorio, vía de esca-

pe a un pasillo liberador, va a ser derribada. El pasaje ha sido allanado por el contendor y siento sus golpes del otro lado, donde dos guardianes leales se batían para impedirle el paso. Ahora me expongo a los designios de la desolación, vencedora de mis súbditos y de las trampas protectoras de mis recintos íntimos. No poseo aristas para luchar. Bebo una vez más del elixir que me sostiene. Comprendo la inconsistencia de mis edificaciones, donde me creí invencible. Las han vuelto añicos. La dama blanca muestra su poderío y su hermosura se ha transformado en un gesto raro; de sus labios no brotan las palabras mágicas, compensadoras de la muerte. Ya no siento el ardor de la contienda de los custodios de la puerta secreta. Hace unos instantes me alarmaron sus gemidos. Los golpes certeros estremecen la firme puerta; mientras, otra facción del ejército asesino se ha enseñoreado de los jardines centrales de palacio. Me horroriza el tintineo de sus armaduras. Me urge el polvillo blanco, cuyo veneno me producirá la muerte, un fin digno de un soberano de respeto. Ahora lo aspiro y matizo su efecto con el contenido del elixir de esta botella que aprisiono en mi mano, fortalecedor del espíritu en tanto mi cuerpo desfallezca...

## EL MISMO CUENTO DE OTRO TIEMPO

—Estoy pensando en meterme a Alcohólicos Anónimos  
—volvía Eddie con el mismo cuento de otro tiempo.

Tuve ganas de proponerle: “por qué no a “Caminos” o a “Sendas”, gremios o sectas para drogadictos”, pero ya sabía su respuesta: “No, hermano, el problema es el malparido licor. Sin este no hay perico, vos lo sabés”. Sin embargo, el problema para mí es mayor. Decidí callar y concentrarme en la música de Miracali, que sonaba más romántica, trayendo asuntos viejos del corazón. Aznavour cantaba Venecia sin ti, y ya habíamos pedido media de aguardiente.

—¿Vos no has pensado en eso? —preguntó Eddie.

—No, hermano. Ni loco me metería en un grupo de esos. Prefiero ser un borracho público.

—¿Por qué? —volvía Eddie, acucioso.

—No me hago ilusiones con el vicio; en esos grupos te ayudan a reprimirlo; no obstante, él sigue al acecho. Por eso en la mayoría de los casos se fracasa y la gente reincide.

—Dicen que allí ofrecen comprensión y que la compañía de los otros, compartiendo sus problemas, es la mejor terapia y...

—¿Y cuáles son nuestros problemas?

—Los conocemos bien —aseguró.

—Entonces por qué no los atacás —lo azucé.

—No es tan sencillo. No basta comprender nuestros problemas para solucionarlos.

—¿Por qué sí en alcohólicos anónimos?

—Hay que cortar el vicio por voluntad propia, así los conflictos permanezcan; es decir, debemos enfrentarlos sin el vicio. En esos grupos el enemigo a vencer es el alcoholismo, aun cuando el peligro de recaer es una amenaza constante.

En esas arrimó el mesero trayendo nuestra media de aguardiente Blanco del Valle, un vaso con agua limón fuerte para mí y un vaso con agua para Eddie. Me apresuré a destaparla y serví dos tragos, no fuera que la culpa de Eddie arruinara el primer trago.

—Salud por los alcohólicos anónimos —y levanté la copa.

A Eddie no le causó gracia la ironía. Mostró un gesto de desgano y se tomó el trago. Lo imité y tras un sorbo de agua limón me recosté en la silla, observando a mi amigo y, mientras saboreaba la melodía de Hola soledad, por Rolando La Serie, le pregunté:

—¿De qué hablábamos?

Eddie se molestó:

—Es en serio, marica.

Solté una carcajada.

—Lo digo en serio, hermano: Esos grupos de lamentaciones cómplices no aportan. La voluntad no existe: es un invento social; por lo tanto, no me hago ilusiones con el cuento de la voluntad y menos de volvernos abstemios por ese camino. Entre otras cosas la abstinencia es el peor de los vicios. Si el remedio es la voluntad, el método para espantar los problemas sería simple: una sobredosis de voluntad. En cuanto las condiciones de vida nos vayan cambiando, iremos trasformando la actitud ante el vicio. Transformar nuestras vidas no es cuestión de voluntad; además...

—No voy a polemizar. No habrá cambio mientras siga metido en el mismo cuento —me interrumpió Eddie—. A no ser que uno provoque esos cambios. Y si es así, no beber por esfuerzo propio es el primer cambio —concluyó y sirvió dos tragos.

—Aclaremos, viejo: yo no quiero volverme abstemio. Le seré fiel al licor toda la vida. Estoy de acuerdo que con el licor viene la coquéin y que esta se convierte en el verdadero asunto; si solo tomáramos trago nos iríamos a dormir y listo. Las consecuencias no pasarían de un guayabo al día siguiente. Con la coquéin, la rumba y la tragedia se alargan durante días y las consecuencias, a estas alturas u honduras de nuestras vidas, son cada vez más fatales; es más, te aseguro que no quiero apartar de mi vida la coquéin sino la compulsión al consumirla, en cambio vos...

—En cambio yo —me cortó Eddie—, soy compulsivo con el alcohol, no con la perica; a vos te consta.

Me cuestioné esa afirmación y recurrí a la memoria para certificarle su moderación con la coquéin.

—No es que me conste mucho; comparado conmigo no eres embalado.

Esta vez serví el guaro y tomé de primero. La brisa tropical me traía un bolero son: “De todos los amores que he tenido, a nadie quise tanto como a ti, en cambio tú a mí nunca me has querido y pienso que hasta te burlas de mí...”, Traicionera, se llama. ¿Cuántos años hace que no lo gozaba? Desde mi lejana juventud. Por eso me gusta Miracali, por la vieja música.

—Volviendo al cuento de Alcohólicos Anónimos, ya adelanté algunas averiguaciones.

—¿Y qué te detiene? Aplícale voluntad y arreglado el asunto.

—Tal vez aún no estoy convencido; de manera racional y emocional me tiene mamado la rumba. Si antes me divertía, e incluso me enorgullecía al enterarme después de las borracheras de lo que había hecho, ahora me da piedra conmigo; no por miedo a la muerte sino por las enlagunadas. Vos y yo sabemos que lo bacano no es solamente rumbear y vivir el placer sino recordarlo igual.

—Mientras se esté viviendo es válido.

—Tu caso no es el mío. Vos sí recordás.

Eddie sirvió dos tragos y me ofreció uno.

—Salud.

—Salud.

El cuarto trago bajó quemando el esófago. Sonaba Tomamos un café, de Piero.

Nos perdimos en la melodía... “Por qué nosotros hoy peleamos el amor...”

—¿Les sirvo la otra? —nos tentó el mesero, cortando los recuerdos.

Miré a Eddie y su gesto de indiferencia lo aprobó.

—Salud —levantó la copa el Eddie y añadió sin reírse—:  
Por los malparidos Alcohólicos Anónimos.

—No te preocupés —le dije, antes de escanciar la copa—, por ahora bebamos y de pronto paramos antes de que el alcohol nos exija un cruce de perica.

—Estás peor que yo con mi idea de Alcohólicos Anónimos.

Eddie repica que después del primer trago de aguardiente estamos condenados a emborracharnos y luego, cuando el alcohol nos domine, es inevitable la coquén.

—Quién sabe, hermano; a lo mejor no pase nada esta noche.

—¿Sí?, no jodás, güevón. Ya está pasando. Desde que nos sentamos aquí.

Lo que decía no era cierto, en mi caso. Mi detonante no es el alcohol. Son múltiples las circunstancias que me pierden en una noche de vicio. Son otros los móviles que me impulsan, triviales o trascendentales, hacia el camino del licor y la coquén. A veces, la ausencia de cualquier evento singular es suficiente para lanzarme a las calles desiertas, a altas horas de la noche. Va llegando gente al sitio y las mujeres hermosas se van sucediendo. Algunos conocidos nos saludan y las canciones se empeñan en removernos viejas heridas y antiguos placeres. Amo ese tema que ahora suena, perdido en la memoria: “Qué quiere esa música esta noche, que me devuelve un poco del pasado, que me devuelve un poco de cariño, que me devuelve un poco de ti... El mundo para los dos no existía...” Vaciamos las copas que de la nueva botella sirvió el paisa y observo al Eddie mirando a

una hembra en la mesa de al lado, sonriéndole, tirándole un lance de simpatía.

—Fuera de charla, hermano —dice Eddie—, hay que cortar con el hijueputa alcohol. Dicen los alcohólicos anónimos —y dale con el tema— que lo primero es reconocer la enfermedad del alcoholismo. Yo ya lo acepté, ahora me falta el siguiente paso.

—Hace rato me declaré drogadicto. Eso no plantea diferencia alguna.

En eso nos interrumpió un viejo conocido de Eddie; me presentó, conversaron y el hombre se despidió.

—Ese man es esposo de una prima, y lleva más de tres años sin tomarse un trago.

—¿Y por qué está castigado?

—No jodás. Yo no he conocido alguien más borrachín que el hombre. Ahí tenés un ejemplo.

—No me interesa ese tipo de ejemplos; prefiero estos —le dije, ofreciéndole una copa de aguardiente.

Eddie se la tomó en silencio, tras un gesto de enojo por mi burla. Una guaracha de la Sonora Matancera eternizó el momento: “Y qué mi socio, y qué mi hermano...” En las mesas de Miracali había suficiente material femenino para alegrar la noche.

—¿Dónde andará el viejo Tal? —comentó Eddie.

Sí, hacía falta el viejo Tal para alegrar la conversación. Quién sabe con qué apunte gracioso hubiera salido el hombre.

—No demora en caer aquí.

—Esta tarde en la oficina le comenté que vos y yo nos íbamos a ver.

—Eso es suficiente para el hombre.

—¿Te das cuenta? Es esta condena la que me tiene puto.

—¿Cuál condena? —disimulé.

—Somos predecibles. Ya no existe el dios Azar. Estamos predeterminados.

—¿Y eso qué? Igual en el trabajo, en el amor, en la malparida vida. Estamos codificados.

—La rumba se nos ha vuelto rutinaria y de tanto repetirse ya no es rumba; además...

—Además, viejo Eddie, la vida se repite cada día, cada noche. En tu oficina, con nuestras mujeres; sigo sin entender cuál es la diferencia —continué en el papel de instigador.

Nos tomamos otro trago.

—La diferencia es, hermano, que la rumba se nos ha vuelto un cuento.

—Del cuento vivimos.

—Es distinto.

—¿En qué?

—Fíjate en otros asuntos, por ejemplo, cuando nos enamoramos. El trabajo no es comparable, es una obligación social por la que nos pagan y hay que cumplirla o de lo contrario nos morimos de hambre. Con la rumba me siento cual vaca en el matadero, presintiendo su final y sin opciones para evitarlo. En esta noche cualquier evento será una variante de lo mismo.

—Según te capto, ya no te motiva la rumba.

—No es que me aburra la rumba, sino...

—Este momento, por ejemplo —lo interrumpí.

Ahora suena un bolero de los Panchos que le encanta al Eddie: Cosas como tú.

—No me mariquiés —se enfada el Eddie—. No me refiero a esto, a conversar al son de unos tragos, y con esa música de fondo tan bacana, y esa hembrita que me está tirando pelotas, con esta vista a la ciudad y esta brisa tropical tan refrescante; hablo de la otra rumba.

—Ah, o sea a rodarnos

—Si así lo preferís llamar, sí. A rodarnos. Me va llegando la hora, hermano, y en esto quiero ser honesto con vos, de gozar de la vida sin tanta murga, sin tanta tragedia existencial, sin perica, sin vicio, incluyendo el alcohol. ¿Por qué no vivir y disfrutar este momento sin necesidad del malparido vicio? —y se tomó un trago doble.

Me reí, mientras hice lo propio con la botella y una copa que vacié con prisa. Tras una pausa, Eddie miró a la hembra que le sonreía y yo me sumergí en un tango de Juan Carlos Godoy: “...Aquí estoy ya nada valgo, soy apenas un payaso, de un pasado bullicioso que arrasara tu maldad...” Eddie volvió a su cuento, no sin antes celebrar el disco, uno de nuestros tangos preferidos desde jovencitos. El otro es Siempre amigos, de Lalo Martel.

—Por ejemplo, hermano, esa hembrita coqueteándome, es un impulso involuntario, una obligación de aceptar sus insinuaciones. No es lo que quisiera esta noche y sin embargo...

—Terminarás en esa mesa, conversándole de cualquier güevonada, ya prendido y al borde de la borrachera. De ahí en adelante, cuento conocido, ¿sí o no? —entretanto, el viejo Godoy reclamaba: “...Ya estoy harto de esta pena que me causa tu obsesión.

—Cualquier desenlace no sorprenderá, hermano. Sería diferente sin la presencia del vicio —reiteraba Eddie.

—El placer se volvió ilusorio. Vos te ilusionás con recuperarlo en la sobriedad, y yo accedo al placer por instantes, solamente prodigado por el vicio. En la sobriedad reina el absurdo —y nos tomamos otro trago.

—No es mi caso —sentenció Eddie, tan pronto pasó el trago por su garganta—. El vicio nos quita esa posibilidad; mejor dicho, hermano, quiero averiguarlo, y para eso hay que ver si sobrios gozamos del placer.

—No creo en ese cuento de la abstinencia como requisito del goce —lo hostigué.

—No es así, hermano. Es aumentar el placer, sin licor ni perica.

Conocía bien ese camino de la conversación. La borrachera creciente invocaba un pase de coquéin. El hombre miraba con insistencia a la hembra de la otra mesa. El alcohol que circulaba por mis venas me apremiaba por un cruce. La botella de aguardiente se extinguía, señal para irse a otro lado. En estas reflexiones se acercó el mesero, trayendo un mensaje de las hembras de al lado:

—Que si quieren sentarse con ellas.

El viejo Eddie me miró. Acordamos que fuera él primero.

—Ya vuelvo —y se encaminó a la mesa de las hembras.

Me serví otro trago y me hundí en la canción que sonaba. El sitio comenzaba a asfixiarme.

No miré a donde Eddie y las hembras. Consulté el piloto automático para someterme a sus designios. Sonaron

los primeros acordes de una canción de Ádamo, los que dictaminarían mi suerte por el resto de la noche: "...Sin un adiós se fue aquel día, sin yo saber que me quería ... Todo amor es una locura, que al corazón el tiempo cura ... Era una linda flor...". No, el tiempo no cura un amor. No, no supe cuidar esa linda flor y... Ádamo se lamentaba por la linda flor que perdimos... Jamás el amor volvió a darme la cara. Me tomé un enorme trago.

Mientras miraba abstraído las luces de la ciudad no me percaté de la presencia del Eddie, quien ya se había vuelto a sentar y me llamaba la atención.

—¿Nos vamos con esas hembras, o qué?

—Andate vos —le sugerí—. No me traman.

—¿Qué querés hacer?

—Un cruce.

—Vamos con esas hembras a algún sitio y en el camino lo resolvemos.

Era evidente que el Eddie requería mi compañía, o íbamos los dos o no había caso con la hembra suya.

—¿Adónde iríamos? —cedí.

—Las hembritas nos proponen ir a bailar a una discoteca.

—Me emputan las discotecas.

—Las hembras quieren música variada.

De pronto, las dos mujeres pagaron la cuenta y la más interesada vino a nosotros.

—¿Qué decidieron?

—Que nos vamos con ustedes —me adelanté.

—Aguárdennos un minutico mientras pagamos la cuenta —rogó el Eddie.

—Está bien —y salió contoneándose al encuentro con su compañera. Las vimos bajar a la acera y montarse en su auto.

Tras cancelar la cuenta, Eddie ordenó:

—Tomémonos el último.

—Salud —propuso el Eddie.

—Qué salud ni qué hijueputas —y nos mandamos el trago.

Y escuchamos el pito del carro de las hembras, marcándonos el camino.

## MI VIDA FUE UNA MILONGA

*El hombre que conoció la maldad  
soy yo, porque vivo en la maldad,  
y el de la maldad soy yo.*

(Oscar de León: El malo)

Al pie de la entrada, una bestia se erguía desafiante. El hombre sintió pánico. El crujido de la puerta al abrirse le sugirió que debía avanzar. Cuando el portón desplegó sus alas, el cancerbero se apartó y el hombre creyó que iba a saltarle encima. Al otro lado de la puerta había un fondo rojo, reluciente, con tonalidades amarillas. El hombre, flaco y acabado, tuvo la sensación del fuego abrasándolo. ¿Soñaba? ¿No conservaba en la memoria la imagen de la religiosa que lo atendía? Miró a su alrededor: no vio las paredes desnudas del cuarto ni el crucifijo en la cabecera de la cama. ¿A dónde diablos lo habían llevado? No se explicaba cómo se había levantado si hacía tiempo no podía incorporarse en

la cama. ¿Había dicho diablos? Acaso estaba ante el... Llamó a la hermana de la caridad. Nadie vino. No oía su voz. Cerró los ojos un momento y al abrirlos la realidad lo sacudió. La bestia permanecía allí, mirándolo amenazante, ordenándole entrar. Un oleaje de viento caliente le incendiaba su cuerpo frágil. Sintió el sudor. Su desconcierto aumentó al recordar que minutos antes padecía un frío intenso. Segundos antes, las sábanas y las cobijas gruesas no le mitigaban el frío. Curiosamente, no deseaba retroceder, aunque tenía miedo de avanzar. No obstante, el cancerbero y la puerta grande lo presionaban. Quiso organizar los acontecimientos. Se vio enfermo, sin aliento, en un cuarto miserable, una cama angosta, con sábanas frías y rotas, las paredes húmedas y un crucifijo en la cabecera. Una religiosa venía dos veces al día trayendo un poco de comida; en el resto de las horas la soledad lo agobiaba. Lo invadían los recuerdos, aun cuando de unos días para acá no le gustaba recordar. Ahora tenía qué hacerlo. Acudir a sus memorias para entender, por primera vez, qué le sucedía, porque a él nunca le interesó comprender. Creyó que no era él quien razonaba estas cosas. Muchas preguntas lo asaltaban; debía ir tras de su vida para contestar interrogantes que jamás le atrajeron: ¿Qué hago aquí? ¿Para dónde voy? ¿De dónde vengo? ¿Quién me trajo aquí? ¿Qué me espera? Nunca le importaron tales cuestiones. ¿Era él ante aquella puerta? Unos segundos atrás, en su lecho de enfermo, no pensaba. No quiso ningún acto piadoso. Ni cuando esa vieja tragasantos le exigió arrepentirse de sus pecados y que en un acto de contrición repasara su vida. Ni en esos instantes experimentó el menor deseo de remontar su vida y negó con la cabeza. Miró a la religiosa sin ocultar su odio, para él toda monja era una vieja hijueputa. En los

meses recientes fueron esas viejas quienes se encargaron de él. Se preguntó si él merecía aquello, si esa ironía de la vida no era el propósito de alguien para perjudicarlo, para burlarse de él. Se sentía perseguido, acosado. Su paranoia le hacía ver un enemigo en cualquiera que se le acercase. ¿No tuvo amigos? Claro que sí. Ahora los recordaba. Cómo no iba a tenerlos si había sido un parrandero, tomatrigo, excelente bailarín de tango. “Milonguita”, lo apodaban. Experto jugador de cartas, mujeriego, un tipo bien vestido, de saco y corbata, aun en las ciudades calurosas donde vivió. Amigos de farra, camaradas; compañeros de bohemia. Mas el sentido de la amistad jamás fue suyo, tampoco el del amor. Un coro desordenado de voces se desataba en su interior, movidas por alguien que las guiaba a su cerebro. Sin embargo, ninguna de esas voces era la suya. Alguien lo sustituía por esas voces, y por eso dudaba que fuese él quien estuviese frente al temible cancerbero. Se extrañaba al verse levantado, sin dolor y sin esa opresión en el corazón, la que unos días antes culminó en una punzada que lo desplomó. No sentía los latidos del corazón. El miedo se había ido a las piernas, inmovilizándolo. Tal vez la fiebre había subido y deliraba. Relacionaba los hechos en un caos claro, trayendo la muerte ante sus ojos. Podía haber muerto y estar de cara al infierno. ¡Cómo! ¡Si él jamás creyó en tales absurdos! Además, cómo iba a estar muerto si pensaba, recordaba; si veía a esa bestia, esa puerta, esas llamas... ¡No! Eso no era la muerte. Además, el infierno no existía. El infierno... Esa palabra comenzaba a serle familiar. Los malos van al infierno y los buenos al cielo. Luego esa puerta y el cancerbero eran del infierno y no del cielo. Ser bueno era contrario a sus convicciones. Ser bueno y ser güevón eran la misma

cosa. Era preferible que dijeran de él: Allá va ese hijueputa, y no: Allá va fulano, pobrecito, es tan güevón... Ser malo era una cuestión de honor. Ser temido, su principio de acción. No le interesaba ser amado ni respetado; ser temido sí, eso le garantizaba respeto y lo libraba de las ambigüedades del amor. No admitía que fuese a entrar donde Satanás en persona. Una cosa era creer que el infierno existía, sin verlo nunca, y otra, enfrentar a la bestia, ante la puerta abierta, sufriendo el calor sofocante, el sudor recorriendo el cuerpo, las piernas temblándole, no por débiles sino de miedo. Él, que aparentaba no ser presa del temor, ni cuando muchacho se enfrentaba a cuchillo con sus oponentes, ni cuando a barberazo limpio ahuyentaba a contrarios, ni cuando luchaba contra la policía y luego lo tiraban en un calabozo durante días y noches solitarias. Nunca tuvo miedo, le afirma una voz interior. Ni en las noches tenebrosas de Guayaco, del Fundungo y la Bayadera; de la Zona Negra, la calle trece, la octava y las Cruces ni en los bares de mala muerte que frecuentó, rodeado de malevos y prostitutas. Allí sobrevivió de saco y corbata, desentonando en medio de tanto *balurdo*, como los llamaba, quienes no se atrevían a desafiarlo por su habilidad con la barbera. Lo admiraban porque era una biblia en tangos y cantaba mejor que Gardel. Por eso permitían los malandros que un encorbatado habitara con ellos en las noches de milonga y de muerte. Era otro el miedo terrible, pues cuando se vio enfermo, viejo y solitario en una cama de caridad, sintió ese otro miedo. En otras ocasiones logró ignorarlo mediante otras formas de dureza que lo fortalecían. Hace unos instantes ese gusano insaciable se arrastró por su cuerpo. Vio que hacía tiempo sus manos temblaban. Sin nadie a quien dominar. Desvalido, viejo, sin arte ni gracia,

sin barbera, sin voz y sin cartas para jugar. Ayer le había vuelto a ver la cara al miedo, que le repetía lo que tantos años le enrostró, cada noche bajo las sábanas y cada amanecer cuando se despertaba y le retumbaba en ese cerebro magullado por los golpes de la policía que lo tuvieron al borde de la locura. Ayer esa terrible hora le musitó implacable: Tienes miedo de morir solo. ¿Entonces el destino del malvado es la agonía en soledad? Del malvado pobre, tal vez para ese no hay más destino; para los otros malvados, los de plata y poder, la suerte es otra, la misma deseada por él, morir con pompa, venerado por la multitud, al menos así se lo había figurado. En cambio, un malvado pobre... ¿O tal vez ambos tipos de malvados padecen la misma soledad? El amor es el que nos ampara de la soledad, proclamaban las voces, entre las que no diferenciaba la de él. Tramposo en los negocios, malapaga y embustero. Con un gran sentido del humor, lo que le granjeaba simpatías; delicado al enamorar, elegante al bailar, violento al poseer, rencoroso ante la ofensa. Un bacán de dientes para afuera, experto en la amenaza, excelente actor con su familia, con sus amistades, en sus trabajos. Sí, él era malo, y también un hombre trabajador. Jamás le había mendigado a nadie. Desde niño se procuró con la aguja y el dedal su ropa y su comida. Un aventurero del trabajo; nunca temió al desempleo; rechazó el vicio, cosa que jamás perdonó, ni a sus amigos de juventud, quienes se aficionaron a la marihuana; entre ellos, Lauro... ¿No era este la única persona que había querido? ¿No lo supo aquella tarde lluviosa cuando le dieron la noticia de su muerte? ¿No buscó al asesino de Lauro por los vericuetos de la Zona Negra de la ciudad? ¿No golpeó a la puta que le tendió la trampa? ¿No lloró su muerte temprana? Tal vez se fue muy

pronto el amor por alguien, o no fue amor. Su dolor fue inmenso. Luego sintió afecto por alguien; ¿por qué lo asaltaban los malos recuerdos? ¿Por qué recorría los caminos de la maldad, por donde había transitado su vida? Tal vez si estuviera ante las puertas del cielo fuesen otros sus recuerdos, justificando su ingreso al reino de los buenos; las puertas serían otras, ante el cielo debía de haber un ángel y no una fiera. ¿Y si recordara los actos buenos? Así culminaría semejante pesadilla. ¿Y cómo manipular los recuerdos? O tal vez no eran los recuerdos, o pronto lo ahogaría ese cuartucho. O será mejor continuar ante esta puerta que dormir en esa cama angosta, adolorido, con ese aguijón en el corazón que ya no me permite respirar, y soportar a esas viejas religiosas que son la encarnación del diablo y no de Dios; era mejor resistir allí, frente al cancerbero, dominado por la angustia, que morir de caridad, desvalido, sin fuerzas, sin autoridad. Odió la compasión. La compasión era propia de mujeres, de débiles. Y como él no lo era, no toleraba ninguna de las dos situaciones: ni sentir ni ser objeto de lástima. Eso era lo que más le dolía en estos tiempos: que le tuvieran lástima, y con mayor razón si provenía de esas viejas tragasantos que le causaban terror cuando se le aproximaban. Si al menos dispusiera de fuerzas para trabajar, si pudiera sentarse a coser en una máquina para terminar poco a poco los trajes que las monjas venden después para sostener el ancianato. O al menos ser de nuevo el supervisor del taller, como lo era desde que le fallaron la vista y las manos, y lo ascendieron gracias a sus conocimientos en las confecciones. Así no se sentiría desgraciado, se lo ganaría con su trabajo. No le gustaban los regalos. Veía un señuelo en cualquier regalo; juzgaba mal a quien le obsequiaba algo; quién sabe cuál era el

interés de la persona que le traía un presente. No le importaba detenerse a pensar si era o no un acto honesto. La honestidad valía un céntimo para él. ¿No era una persona digna de regalos? O tal vez veía en estos un lazo afectivo que lo comprometía y por eso los rechazaba. Y las voces persistían y él quería acallarlas. ¿Sería arrepentimiento? Esa era otra palabra ausente en su diccionario. Las voces no le concedían un rasgo de bondad, ni un atributo digno de ser alabado. En ese instante se palpó a la altura del corazón y no lo sintió. Recordó el agudo dolor momentos antes; la voz se le había ido, y en un esfuerzo supremo, sin aire, estiró el cuerpo y entornó los ojos. Al no sentir su corazón creyó ser un cadáver. El calor sofocante, proveniente de la gran puerta, y el miedo que le inspiraba el cancerbero no eran sensaciones de un muerto. Volvían las voces hostigadoras... ¿Por qué me fastidian con las cosas malas que he hecho? Jamás pensó si un acto suyo era bueno o malo, él obraba más allá del bien y del mal; solo le interesaba lograr sus propósitos, lo demás no le importaba y nunca, ni antes ni después de un acto, se detuvo a pensar en el valor moral del mismo. Ahora esas voces, el intenso sudor, la bestia de mirada acusadora, la posibilidad de estar ante las puertas del infierno y muerto, lo impulsaban a gritar, a oponerse a aquellas voces: ¡Basta! Por donde fuesen y con quien fuera denigraban de mí. Nunca reconocieron mis esfuerzos. ¿No trabajé quince horas diarias? ¿O creen que me fue muy bien cuando a los catorce años, después de que el Súper me vendió la roza de maíz, decidí largarme para la capital, a puro pelo de caballo, con mi cuchillo como única compañía? No saben cuánto sufrí antes de llegar allá. ¿Y dónde creen que me alojé en la gran ciudad? En casa de unos familiares que no hacía mucho

habían emigrado de mi pueblo; ¿y dónde vivían ellos? Entre malandros y prostitutas. Ahí pasé mi adolescencia y juventud; nunca me desprendí de esos sitios; esa fue mi casa en la capital: un putiadero. Y esa fue mi escuela. Si en el campo mi primaria fue el hambre, el miedo al Súper y la ignorancia, en la capital el bachillerato lo hice con cuanta puta y malevo se cruzaron en mi camino. ¡Sí, señores! Ahí me gradué con honores; sin embargo, a ustedes les ha valido un culo. ¿De qué me culpan? ¿Sabén qué significa responder por uno mismo a los catorce años? Mi ambiente natural eran los sitios donde respiraba la maldad. Los malandros me veían como un malevo distinto. Ni a los viejitos del ancianato les conté. ¿Para qué? Según ellos, los ancianos son buenos, lo que contaban de sus vidas eran tonterías santurronas, ¡como si ya estuvieran muertos! No hay muerto que en vida no haya sido bueno. Y cuando me nombraron jefe del taller de confecciones. ¡Ah!, cómo gocé regañando a esos viejitos ridículos y a esas viejas brutas, ¡ija, ja! Me encantaba verlos temblando en mi presencia, ¡ija!... Y discutía con esas voces que no le concedían tregua. Había perdido la noción del tiempo. A veces creía llevar un instante frente a la gran puerta, otras, una eternidad. ¿No estaría en la eternidad? Según entendía esta existe después de la muerte, ¡que va un muerto a entender! ¿Y ese aguijón en el pecho? Ahora rememoraba a un sacerdote rezando al pie de su lecho, y a su alrededor esas viejas hipócritas de las monjas. Viejas despreciables que cuando mi madre llegó a la capital, cargada de hijos, vivieron acosando a la familia, con su maldita limosna, compadeciéndose de nosotros; para entonces yo trabajaba en cualquier cosa y no necesitaba de sus miserias. Me fastidiaban sus malditas caras compasivas; y mi madre detrás del culo de

ellas, haciéndoles favores, barriéndoles y trapeándoles sus porquerías de conventos. Cómo me hubiera gustado romperles el pescuezo; para mi desgracia vine a caer en sus garras, en sus hediondas manos caritativas. Nos obligaban a rezar, yo que nunca puse un pie en una iglesia. Mi religión fueron las cantinas, el tango, las mujeres y el baile. Y aquí terminé arrodillándome ante un altar, mascullando maricadas. Ya no tenía fuerzas para alegar y negarme. Además, si no lo hacíamos no nos daban comida; entonces mordía mi rabia, y para acabar de ajustar, uno viejo se vuelve imbécil. Los viejos persisten en su estúpida fe. No sé en dónde estoy realmente, tal vez ante el infierno. ¿Qué más infierno que mi vida? Infierno, lo que me han hecho vivir. Y hoy, por viejo y por imbécil, estoy creyendo el cuento del infierno, el del cielo no me lo trago. Y ahora pretenden convencerme de que estoy muerto... ¡Muerto!... Volvían las voces en coro. Y sintió en la base del cerebro, cerca de la nuca, ese dolor o ardor que muchas veces lo enloquecía, esa rara sensación que le oprimía la cabeza y lo desvelaba en las noches. Caminaba por la pieza y luego por la casa, gesticulando, por la golpiza que me dieron esos hijueputas policías, casi me matan. Ojalá hubieras muerto antes, me aguanté a un loco toda la vida. Y sientes miedo ante el infierno, imiedo debería tener el diablo de ti! ¿Por qué sientes miedo si tú eres el infierno? Ojalá fuera verdad lo del castigo divino, para que te tocara a ti. ¡Estás muerto! Hace unos momentos el cura te dio la extremaunción y las hermanas de la caridad te arreglaron para el sepelio. ¡Al fin! Lo que debía ser un castigo para ti, se volvió recompensa. Verte viejo y enfermo de muerte, años penando en un hospicio, tú que odiabas a los ancianos y soñabas morir mucho antes, para no ver tu ele-

gancia en ruinas, acabaste mendigando. Terminaste tus días, después de años de vejez, solitario, sin a quién joderle la vida. Los ancianos te aislaron cuando comprendieron quién eras, y lo peor: en brazos de la religión. Quiero contarte que esas viejas tragasantos te lavaron tu mierda; te miro y entiendo que es tu última venganza: te les cagaste a las monjas. No sé por qué te resistes a creerlo: ¡Estás muerto! Ya el doctor te examinó y determinó las causas de tu muerte. Ahora veo tu boca reseca, tu cara es una calavera. Ahora proceden a desnudarte y da lástima tu cuerpo: el estómago pegado al espinazo y las costillas saliéndose por la piel. No sé por qué les pedí a las hermanitas de la caridad que te vistieran elegante. Trajeron una corbata; si la vieras, ida risa! Los colores del saco, del pantalón y la camisa, son de payaso; bueno, al menos estás de saco y corbata. Decidimos no enterrarte, no vale la pena. Han cargado tu ataúd; ahora estamos frente al horno crematorio... ¿Mi ataúd? ¿Dices que estoy muerto? ¿Entonces por qué te escucho? ¿Y cuentas que estoy vestido como un payaso? Es culpa tuya y de esas viejas rezanderas, vestirme así, debo de verme ridículo. ¡Claro! Se vengan de mí. Soñaban con desquitarse de mí, y quieren hacerme comer el cuento de que estoy muerto, ja, qué más quisieran ustedes. No, señores. No se hagan ilusiones. Yo todavía duro un rato más. Conque al horno crematorio... ¡Al horno!... Ese debe de ser el calor que estoy sintiendo... Y esas llamas... Entonces no son las puertas del infierno sino las del horno crematorio. Y si no he muerto... No, señores. No estoy ni ante el infierno ni ante el horno crematorio; lo que pasa es que... De repente la puerta crujió y se abrió. La bestia avanzó hacia él. No había duda. Movié las manos; agité brazos y piernas: quería gritar para ahuyentar a la bestia. Se calmó cuando

observó que el cancerbero se echaba a mitad de camino, expectante. Comprendió, con horror, que solo se movía para adelante. Al acercarse a la puerta sintió que el calor cesaba. Fue cuando observó la ropa que llevaba puesta. Se vio vestido con un traje viejo, de colores que no combinaban, y una corbata espantosa. Al otro lado de la puerta las llamas se avivaron, y como en un espejo se vio entre las llamas, cada-  
vérico. ¿Cuánto hacía que no se miraba al espejo? ¿Cómo se miraba en esas llamas si eso no era un espejo? ¿O ese era el espejo donde se había mirado en vida? Escuchó cantos lejanos, rezos, su nombre en medio de plegarias. Trató de descubrir alguna voz familiar entre los ecos. Dio otro paso, una fuerza misteriosa lo empujaba; no obstante, no se resistió. En ese instante vio clara la idea del infierno. Recordó las palabras anteriores de las voces... ¿Recordó?... Ya no quiso aclarar si había muerto. Sintió un alivio repentino, dio otro paso y no vio a la bestia. Pensó: No sé si estoy muerto o vivo; no sé a dónde voy a entrar; de cualquier forma, si voy al infierno, en el infierno he vivido; ¿No dijeron que el infierno he sido yo? El infierno no son los otros. Y atravesó el umbral de aquella puerta, perdiéndose entre las llamas.

# LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA ABUELA

*Y me miré con horror  
en el río de los espejos profundos.*

## 1

Cuando Carlos dispersó las cenizas de la abuela en la corriente del río Palo, creí que mi pesadilla había terminado y en verdad comenzaba.

Me había convencido de que ese acto significaba el final de sesenta y siete días con sus noches de una pesadilla que jamás había vivido. Al sumergirse Carlos en el río, tras botar la bolsa vacía que antes contenía las cenizas de lo que fue la abuela, yo pretendía sellar el fin de mi tragedia con su acción simbólica.

La abuela fue mi suegra, palabra degradada, y por eso preferí llamarla abuela en razón a la felicidad que me producía el cariño que mis hijos le prodigaban y al amor

que ella les profesaba. Pero ella escogió el peor camino para demostrárselos: el camino del odio hacia mí y el fervoroso deseo de arrebatármelos por cualquier medio, aun pasando por encima de su hija, mi esposa. Al fin y al cabo, era su demostración de amor, pues no hay amor exento de violencia. Vivió rondándonos en la ciudad donde fuésemos a residir, a veces bajo el mismo techo, otras, ella en su espacio. La última vez se radicó en la misma ciudad, aquí, en San Juan de Pasto. Su perorata en mi contra por las malsanas costumbres a las que según ella yo había arrastrado a mi esposa y a mis hijos, y sus frecuentes amenazas, fueron suficientes para dudar de nuestra seguridad.

## 2

A pesar de que busqué el acercamiento entre mis hijos y la abuela, y entre mi esposa y su madre, fui rechazado por ella. Un día me llamó por teléfono para invitarme a un almuerzo privado, sin mayores explicaciones. Por esos días había recrudecido sus tácticas de hostigamiento. Además, sus actos precedentes a aquel día nos habían alertado en razón a que ella acudiese a medios extremos para separarnos, o a secuestrar a mis hijos o un atentado contra mí. Ya me había difamado ante mis allegados laborales. En suma: sospechábamos de su salud mental. No he de negar que, a mis cincuenta y cuatro años, siete meses y veintitrés días, me atemorizaba la abuela que tanto quise incluir en mi familia.

Inicialmente acepté la invitación, movido por contribuir a la integración familiar; no obstante, tan pronto colgué

el auricular, su advertencia me preocupó: “No se lo cuente a mi hija”.

El primer punto era esta cuestión: ¿Por qué la invitación a un simple almuerzo debía revestir tanto misterio? El segundo elemento de desazón se refería a los asuntos que ella precisaba conversar conmigo; y el tercero, derivado de estos dos, se relacionaba con el temor creciente. Hacia las nueve de la noche decidí compartirlo con mi mujer.

—Tu mamá me ha invitado a almorzar mañana, a solas en su casa, y no quiere que lo sepas.

La confesión me liberó de horas de cavilación.

Repasamos los antecedentes y decidimos que mi esposa iría donde su madre al día siguiente para esclarecer las intenciones de su madre.

Esta decisión la justificamos con base en los siguientes hechos relevantes: Primero, recordamos la última separación abrupta entre mi suegra y la familia, cuando en nombre de su Dios, de las buenas costumbres y de la moral, mi suegra había insultado a su hija debido a nuestros desmanes sexuales y otros adefesios de nuestro comportamiento, según ella. Nuestra casa, recalca, era un chiquero y no un hogar. Segundo, me había calumniado ante personas claves en el ejercicio de mi profesión, ante las cuales me presentó como la representación viva del vicio y de la corrupción. Tercero, la insistencia en enemistarme con mis hijos, particularmente con el mayor, a quien exhortó a que se fuera con ella, en nombre del cuidado que le prodigó al nacer. Finalmente, recordamos que en los colegios y en el condominio habíamos advertido que no le permitieran acercarse a nuestros hijos.

Valoramos también que la invitación obedecía a un posible atentado contra mi vida, por envenenamiento. En

relación a los asuntos que ella quería discutir conmigo, conjeturamos que encerraban amenaza, con el ánimo de eliminarme del camino entre ella y su descendencia.

### 3

El resultado de la entrevista de mi esposa con su madre nos sorprendió.

Para empezar, a su extensa lista de epítetos descalificativos para mí, le agregó el de cobarde. Mi hombría se rebajaba al no acudir a la cita, y amparaba tal desmedro en razón a que me protegí bajo las faldas de mi mujer, enviándola a interceder, lo cual, a su juicio, demostraba que algo debía, porque el que la debe la teme. El objeto de su invitación era advertirme que iba a reclamar la custodia de sus nietos —únicos nietos, dicho sea de paso, ya que ella y mi mujer eran solas en este mundo y carecían de familia natural, salvo nuestros hijos y yo—, ante Bienestar Familiar. Su argumento fue lo que nos desequilibró, por la duda de su salud mental y su obsesión por privarnos de los hijos. Nos acusó de suministrarle narcóticos al hijo mayor, nuestro nené de quince años, de endrogarnos delante de los niños, además de nuestras perversiones sexuales en casa, en su presencia. En resumen, nos tacharía de depravados, corruptores de menores, incapacitados para sostener una familia y, por consiguiente, no merecedores de los hijos.

Mi esposa y yo no somos santos, y aún conservamos deseos sexuales no muy plausibles para un moralista. Confieso que a veces nos desordenamos, lo cual le bastó para condenarnos, basada en su intuición y en su perversa imaginación. En general, hemos sido dos padres ejemplares, cariñosos, trabajadores; nuestra felicidad conyugal ha sido un modelo, damos buen ejemplo para los niños, más allá de nuestro apetito sexual y el caos eventual. No obstante, mi suegra evidenciaba una vez más su mente torcida, cegada por el afán de no morir sola y sin el cariño de la familia, deseo cuya cristalización yo obstaculizaba.

Desistí de mis esfuerzos por unir a la abuela con mis hijos y rompimos relaciones con ella. Enfaticé la prohibición de su acceso al condominio, a nuestra casa, incluido el contacto telefónico. Dos meses después alguien nos llamó avisándonos de su enfermedad.

#### 4

Abracé a mi esposa, quien no contuvo las lágrimas, en la playita del río Palo, rodeados por la escasa familia de crianza de la abuela, ante la sorpresa y el bullicio de unos muchachos que se bañaban en el río. Para ellos el ritual de arrojar las cenizas de un muerto al agua era un tema de película, no una posibilidad en su barriada, en su río. Contemplando la corriente del río, observamos la blancura de la ceniza que se deslizaba hasta convertirse en río, rumbo al destino que la abuela en su agonía había deseado para sus despojos. De ahí desembocarían en el río Cauca, y luego al río Magdalena, de este al mar y de allí al África y al Japón, sus ancestros.

El río Palo había sido su última voluntad. Fue donde la abuela aprendió a nadar de niña, a orillas del cual creció, en este puerto caluroso, de descendientes directos de africanos, uno de cuyos habitantes, hace ya sesenta y seis años y nueve meses conquistó a una emigrante japonesa. De este cruce nació la abuela, quien creció con cuerpo de negra y rasgos orientales, de pelo liso, tez canela y baja estatura, fisonomía que repetirían su hija y su nieta, mi nena: la misma abuela en tres instantes diferentes del tiempo. Tal vez ahora sus cenizas hayan culminado el viaje hacia su origen.

Su lugar de nacimiento fue Puerto Tejada, y allí arribamos, guiados por el brumoso recuerdo de adolescencia de mi esposa. Cumplíamos los designios de su madre, quien se negó a que les avisaran de su enfermedad terminal mientras no se le escapase el último aliento. Preguntamos por ellos a medio pueblo. En Vuelta Larga un vecino los recordó veinte años atrás y nos dio las indicaciones de dónde localizarlos, y así llegamos al destino de las cenizas de la abuela.

## 5

Fui yo quien recibió la llamada de urgencia, avisándonos que la abuela se hallaba enferma. Después nos enteraríamos de que ella se negó a suministrar nuestro teléfono a la señora que le arrendaba el apartamentico. Prefería morir antes que su hija y su yerno la viesan vencida y enferma. Cuando su estado era calamitoso, la dueña de casa comprendió que la abuela no se valía por sí misma y decidió husmear en sus pertenencias. Halló unos cuantos números telefónicos, entre ellos el nuestro.

Dos meses y tres días habían pasado desde la última conversación de mi esposa con su madre, el día del almuerzo frustrado. Desde entonces mi esposa había suspendido el contacto con su madre. Según deduje de lo que ella me relató, su madre había dicho barbaridades que ella se abstuvo de contármelas.

Entonces acudimos donde la abuela. Permanecí en el carro mientras mi esposa la visitaba en su vivienda, una especie de garaje. Cuando mi esposa salió sosteniendo a su madre, la impresión me pasmó. Se veía macilenta, con el pelo amarillo, corto y alborotado. Sin sus cajas de dientes, desprovista de sus anteojos y vistiendo un pijama raído. Luego me enteraría de la gravedad del asunto. La abuela llevaba semanas sin alimentarse. Después de tres días de hospitalización y de cuidados especiales le diagnosticaron diabetes y le dieron de alta. Su intransigencia para ir al médico o para solicitar ayuda en las últimas semanas y lo poco que comía habían empeorado su salud. La trajimos a casa, convaleciente y a regañadientes.

## 6

El mes que estuvo inicialmente en nuestra casa, el apego mutuo entre mi bebé de cinco años, mi vivo retrato, y la abuela, fue una revelación para nosotros. Mi nena de nueve años, en cambio, pese a ser la viva imagen de la abuela, desde mucho tiempo atrás se había distanciado al comprender el odio de la abuela hacia su padre, especialmente desde la última y conflictiva separación, ya que en esa ocasión insultó a la hija de manera vulgar, delante de la niña. Tildó

a mi esposa de “asquerosa”, a nuestro hogar de “chiquero”; a mí, de drogadicto y pervertido, lo cual afectó a mi niña. Esa fue la gota que derramó la taza del desapego gradual de mi niña con su abuela, quien cada que tenía oportunidad me desdibujaba ante la chiquilla, delante de su madre, calificándome de borrachín y pobretón, según me contaba la nena. No obstante, la niña olvidó las ofensas en los días de agonía de su abuela.

Vamos por partes: “borrachín” no soy. Bebo más de lo normal, no a diario ni cuando lo hago tardo dos o tres días bebiendo. Borrachín es quien vive borracho y yo vivo sobrio y atiendo mi trabajo y mi familia; y eso de “pobretón”... Tengo un buen trabajo, bien remunerado, un pichirilo de carro que funciona bien; no tengo dinero en el banco; el ahorro no ha sido jamás unos de mis vicios; vivimos en una casa grande, en un condominio de estrato cuatro; hay comida abundante y nutritiva, y de la mala también; tenemos afiliación al sistema de salud, y tengo tres seguros de vida y derecho a una pensión, que juntos asegurarán la manutención digna de mi familia, en caso de morir; es decir, soy un “pobretón” acomodado. Voy a rendir más muerto que vivo. A los ojos de mi suegra era un pobretón, porque no tengo carros valiosos, mansiones y fincas, y por supuesto, dinero atesorado; —ah, se me olvidaba: vivo asediado por las deudas— además, la condena para su hija incluía el haberse rebajado al casarse con un viejo —le llevo cerca de quince años a mi mujer—. Además, ese hombre no cree en Dios y detesta la religión ¿Y mis estudios? En fin, ninguna virtud era reconocida en su yerno, lo cual lo extendía a su hija cómplice y por tanto merecedora por igual de la hoguera. ¿Y del éxito en mi trabajo? ¿El reconocimiento público del que gozo derivado

de mi vida profesional? Eso creo que le dolía tanto que se esforzó por desprestigiarme en los ámbitos relacionados con mi vida laboral y profesional.

Lo cierto es que mi férrea decisión de prohibirles a mis niños cualquier acercamiento con la abuela, se desvaneció ante las evidencias de una grave enfermedad. Dispuse el acompañamiento a la abuela, por parte de mis hijos y mi esposa, y el mayor cuidado alimentario y médico para ella. Irónicamente para mi suegra, justamente cuando más decidida estaba a pelearnos los hijos a través de medios que rayaban en la demencia, la vida le quitó su apoyo y la muerte la liberó de su tormento.

Después de quince días de cuidados médicos y case-ros, insistió en volver a su casa. Sin embargo, mi esposa la convenció de permanecer en casa dos semanas más para ver si recuperaba peso, normalizaba sus niveles de azúcar y evadía el peligro de un coma diabético, en el que estuvo a punto de caer.

La abuela se fue de nuestra casa a los treinta y un días. Ya rehabilitada quiso trabajar y no depender de la ayuda económica que le ofrecíamos.

## 7

Jamás me he sentido tan solo ni he visto en los mortales desolación más grande que la que me sembró en el suelo y en la muerte cuando vi el cuerpo inerte y esquelético de la abuela en el horno crematorio, unos instantes antes de que cerraran la portezuela. Nunca imaginé que un cadáver mostrase mayor soledad que la de un vivo. No ceso de imaginar

la expresión de mi rostro al vislumbrar mi cuerpo en aquel olvido.

Mi esposa la vistió con un hermoso traje de su propiedad, una petición de la abuela y uno de los pocos gestos de reconciliación que mostró en sus días postreros. Ella misma escogió el vestido largo, estampado y de colores vivos, con bellos adornos tejidos a mano.

## 8

En menos de dos meses otra llamada urgente nos alertó por la recaída de la abuela. Tras los exámenes de rigor el diagnóstico fue implacable: cáncer avanzado en el páncreas. De ahí el dictamen precedente de la diabetes. Esta vez ella no tuvo fuerzas para oponerse a regresar a nuestro hogar. Su tez ya presentaba un tono cobrizo. No quiso compartir las habitaciones del segundo piso, cerca de nuestro dormitorio, a pesar de la proximidad de sus nietos, y optó por la incomodidad de la pequeña habitación de la azotea, nuestro cuarto del rebujo. Ella prefirió el frío de la azotea, la estrechez del cuartito y la incomodidad de bajar y subir escalas para ir al baño, con tal de sentirse lejos de mí. En esa actitud se mantuvo mientras las pocas fuerzas la respaldaron. Pronto accedió a vivir, o mejor, accedió a morir en nuestras habitaciones, cuando ya no podía caminar y la muerte cerraba el círculo, junto a su única familia en el mundo.

Como los médicos nos habían recomendado hacerla feliz en sus días restantes de vida, yo asumí la única posición y actitud que le daría felicidad: borrarle del mapa.

Confieso que al comienzo no sabía cómo comportarme, que en las primeras semanas incubé ciertos temores cada que ella nos preparaba los alimentos. Jamás renunció a los oficios caseros, los que fueron disminuyendo en la medida del veloz avance de su enfermedad. Tras cuatro semanas mi confusión aumentaba con respecto al deber ser de mi comportamiento. Mi torpeza había alcanzado niveles extremos. Cuando le tomé el pulso —tocar por primera y última vez a mi suegra— para cerciorarnos de que ya había expirado, el mío se alteró y no supe dictaminar el de ella, es decir, no sabía cuál de los dos pulsos constataba.

Era evidente que la abuela estudiaba cada situación y auscultaba previamente cada camino de la casa con el propósito de no cruzarse conmigo, y yo andaba en la misma situación. Vivía aguzado para evitar un tropiezo con ella, como quien le huye a la muerte. Sucedieron algunos, espantosos los unos, graciosos los otros, de tal modo que en muchas ocasiones me sorprendí espíandola. Verificaba la evolución de la enfermedad y realizaba acciones dignas de un ladrón o de un chiquillo temeroso. Igualmente, la descubrí a ella evadiéndome con artimañas, casos en los que apenas le veía la espalda, o su falda escondiéndose: incluso me abstuve de disfrutar de ciertos espacios que a determinadas horas prefería, porque ella se hallaba conversando con mi esposa o departiendo con sus nietos. En suma, su presencia, o la mía, era virtual, digámoslo así; flotaba en el ámbito de la casa, la intuía, y verla era una macabra posibilidad.

Los tropiezos fueron devastadores para mí. Notaba los cambios radicales en su aspecto físico, especialmente en su rostro, que era lo que más me atemorizaba. Cada inusual confrontación me llenaba de espanto, ya que no la veía con-

tinuamente. Su piel se tornó amarilla, su rostro demacrado se fue convirtiendo en calavera, y en ausencia de sus dentaduras postizas, arriba y abajo, su aspecto era más aterrador. No existía la abuela de antaño.

Así es que, durante los sesenta y siete días que tardó en morir mi suegra, no supe cuál de los dos era el fantasma en la casa.

## 9

Hacia las dos y media de la madrugada unos ruidos nos perturbaron. Mi mujer se levantó y corrió hacia la puerta de la habitación y de ahí en adelante fui imaginando desde el lecho lo que acontecía.

Mi mujer vio a su madre tirada en el suelo, en las penumbras del corredor contiguo al baño común del segundo piso, lo que especulé según sus exclamaciones. Supuse que la abuela había querido ir al baño por sus propios medios, pero se equivocó y a rastras quiso abrir nuestra puerta, y por eso despertó a mi mujer. Ella me contó que al encender la luz del pasillo la impresión fue horrorosa al ver a su madre desnuda. Esto lo relató en medio de las lágrimas. Ella intuía el final en esa madrugada.

Escuché sus movimientos, las palabras de consuelo de mi mujer a su madre, susurros incomprensibles de la anciana, luego la puerta del baño abriéndose y la ducha funcionando. Mi esposa la llevó al dormitorio y la acostó; luego mi esposa regresó al cuarto.

Lo importante a resaltar aquí es que el terror me paralizó y no me atreví a salir y apoyar a mi mujer en ese lance.

Mi esposa soltó el llanto una vez regresó a la cama y me contó, entrecortada, la brutal escena. El impacto real era para mi mujer, por cuanto una cosa es imaginar y otra vivirla.

—Mi mamá está desvariando —se lamentó, mientras se limpiaba las lágrimas.

—Tal como pronosticaron los médicos —recordé los augurios de los galenos.

—Eso significa que va a entrar en la última fase —enfaticó mi esposa.

—En la última fase lleva sesenta y seis días.

En la última fase de mi vida había empezado a sentirme desde la noticia del cáncer de la abuela.

—Quiero decir que...

—Te entiendo. ¿Pasaré de mañana? —le pregunté, casi afirmando.

—Ni siquiera de hoy —y volvió a llorar.

—Pobrecita mi mamá tan sola —suspiró mi esposa.

—¿Y nosotros?

Antes de su respuesta comprendí que en la agonía no se tiene a nadie.

—Ni siquiera a nosotros —afirmó mi mujer—. Ya sabes lo alejada que ha vivido; si no hubiera sido por la enfermedad...

—Finalmente aceptó morir aquí, al lado de su única familia. Tal vez no se haya sentido tan sola.

—Sabes que nosotras, ella y yo, aparte de ti y de nuestros hijos, no tenemos a nadie más en el mundo. A eso me refiero al sentirla tan sola, como yo era antes de que nos casáramos.

El alba nos sorprendió en vela.

## 10

Me hallaba como un ladrón en mi casa. Caminaba sigilosamente, nervioso y con un palpito en el corazón, a punto de desfallecer del susto, ante la posibilidad de un encuentro repentino con mi suegra. Esta situación se volvió trágica a medida que su aspecto físico se deterioraba.

Una vez, me urgía orinar hacia las tres de la madrugada, una costumbre de la que mi reloj biológico aún no me libera, y de la que mi próstata se empecina en esclavizarme. Caía un aguacero y truenos y relámpagos acrecentaban mis temores fantasmales. El baño privado de nuestra habitación se había descompuesto, por lo que debía salir al pasillo, para utilizar el baño común en el segundo piso, donde dormitábamos; y he de confesar que de no haber sido por la vergüenza de mearme en la cama no hubiese superado el miedo por salir a orinar. En efecto, debía salir al pasillo y pasar por delante de la puerta de mi suegra. Desde unos días atrás, se me había metido en la cabeza que mi suegra me acechaba en todas partes, aún en la oscuridad de mi habitación. Temía, incluso, abrir los ojos, acostumbrarme a las penumbras y de repente descubrir su rostro cadavérico, resplandeciente por su cabello amarillo, sin sus dientes postizos. El primer obstáculo cuando desperté urgido por orinar fue abrir los ojos. Con los ojos cerrados fui adquiriendo conciencia de que ya no dormía. Tardé unos segundos, un minuto o dos, en abrir los ojos, y tal vez uno más en atender la urgencia. Abrí la puerta de la habitación y al salir al pasillo experimenté un escalofrío, como si la presencia de algo sepulcral enfriase el ambiente. Para colmo, al oprimir el interruptor de la luz del corredor el bombillo se fundió, no sin antes emitir un breve

resplandor que me paralizó. Por un instante descubrí a mi suegra en medio del pasillo, mirándome acusadora. No fue así; sin embargo, esta sensación bastó para alterarme y mis pasos inseguros iniciaron el camino al baño. Un trueno del temporal me asustó. Al pasar por la puerta de la habitación donde agonizaba la abuela sentí un impulso de abrirla e ir al encuentro de su rostro, mi obsesión. Alcancé a girar la perilla, antes de que el susto me paralizara. La urgencia de orinar me sirvió de excusa para desistir. Di unos pasos, tanteando en la oscuridad, y entré al baño. La lluvia arreció y los truenos se multiplicaron. Salí y de pronto me hallaba ante la puerta de la habitación de mi suegra, otra vez con el impulso irracional de entrar y... ¡Verla! El motivo era verle el rostro, a pesar del daño que podía infligirme, o la conciencia de dicho perjuicio gobernaba mi mano temblorosa a girar otra vez la perilla... Noté la puerta abierta. Un trueno sonó más cercano que los anteriores. Abrí lentamente y penetré en el cuarto. Por un instante vi a mi suegra acostada boca arriba, con las manos entrecruzadas sobre el abdomen. Me acerqué, mirando fijamente hacia el punto en la oscuridad en el que calculaba se hallaba su rostro. Quería observarla en el momento del desenlace, aunque fuese impredecible. Próximo al punto donde suponía su cara me agaché un poco más y vi claramente: ¡Mi suegra me observaba! Cuando creí desfallecer, una mano sujetó mi brazo y en medio del horror una voz me susurró:

—Mijo, ¿usted qué hace aquí?

Era mi mujer.

No hubo explicación que la satisficiera, aun cuando mi preocupación por la abuela era honesta, a mi esposa no le cabía en el entendimiento que estuviese velando a su lado.

## 11

Tres días después de su muerte, mi mujer corrió la tapa del tibungo donde la abuela había guardado sus posesiones más queridas. Y allí, en presencia de sus cenizas, mi esposa las examinó.

Primero emergió un álbum de fotos familiares, en el que primaban las fotografías de la abuela joven cargando a mi esposa niña. Me detuve en algunas fotos recientes de mi suegra, antes del ataque diabético, en las que aún lucía llena de vida, rozagante y robusta, en las que se veía su cara sin arrugas. A mi rostro, en cambio, lo cruzan grandes huellas del feroz acné que me atacó de jovencito, también las arrugas en los párpados y las pategallinas pronunciadas, las profundas zanjas de la frente y el entrecejo fruncido, que me adjudicaba un gesto adusto, a lo cual se sumaba mi pelo canoso. En síntesis, yo era el anciano.

Esperanzado en que mi apreciación fuese errada, fui al espejo y me observé en detalle. La decrepitud repentina que descubrí en el espejo me dio la razón.

Mi esposa, abstraída en su labor de escarbar en sus recuerdos a medida que extraía del tibungo objetos de su mamá, no se percató de mi abatimiento.

Me fijé en ella y vi dos lágrimas rodar por sus mejillas mientras contemplaba las fotos.

—Empiezo a comprender y a lamentar el tiempo que perdimos —comentó, con la voz entrecortada.

Después de más hallazgos, pequeños y valiosos, surgieron otras fotografías, que habían sido protegerlas de los rigores del olvido. Especialmente tres fotografías de nuestro

matrimonio por lo civil en el momento de firmar el compromiso. En una de ellas se veía al fondo la abuela con cara seria.

Rememoré la fecha lejana en que firmé el acta matrimonial ante la notaria y el ritual del matrimonio. En comparación con mis arrugas y canas actuales, me veía joven. Eran la edad y el evento con los que empezaba a ingresar a la madurez; la edad y el momento justo en que, con la llegada del anhelado amor y con esa firma, puse fin a mis andanzas suicidas de rumba, amores ilusorios, sexo, licor y coquéin; y mis convicciones contra el matrimonio y los hijos se volvían añicos.

Una pesadez me aniquiló, lo cual fue advertido por mi mujer.

—Te ves contrariado —me requirió.

—No —disimulé.

Ella continuó con sus pesquisas al interior del tibungo, y yo me abismé ante las fotografías de nuestro matrimonio.

## 12

Cuando vaciamos el pequeño garaje donde habitaba mi suegra, me sobrecogí al ver sus escasas pertenencias y lo aislada que había vivido, aun cuando ese fue su sino. La ausencia de familia y su evolución solitaria, dependiendo del rebusque en su trabajo, la consolidaron como una mujer independiente, cuya única compañía fue su hija.

Me sorprendí al ver las fotografías de sus nietos —mis hijos— en una repisa, atenuando su soledad o alimentando la quimera de quitármelos.

Recogimos sus utensilios de cocina, su cama, su ropa, algún asiento y un tibungo repleto de pequeños objetos.

Mi esposa aseó el garaje o habitación, y mientras lo hacía sus lágrimas le brotaban.

### 13

—Mañana viajaremos a Puerto Tejada y luego a Cali; hay que empezar a organizar el viaje —le recordé a mi mujer.

Hacía nueve días que nos habían entregado las cenizas de la abuela. Volví a preguntarle a mi esposa por la voluntad de su madre con respecto a sus cenizas; aún no asimilaba su decisión final de preferir la cremación, dadas sus creencias religiosas, y el sentido final de sus cenizas. No obstante, mi mujer lo ratificó, repitiéndome las palabras de la abuela: “Terminaré allí donde empecé”, frase poética y religiosa.

Al rato bajamos al primer piso, mi mujer a preparar el desayuno y yo me detuve ante el cofre que guardaba las cenizas de la abuela, en el mueble de las vajillas. Me preguntaba cómo esa bolsita de cenizas, dentro del cofre, contuviese lo que fue una vida.

### 14

La abuela no se resignó a soportar la agonía en la indolencia. Ni una queja, ni un llanto; con una tranquilidad pasmosa afrontó su recta final. Sin sermones finales ni ajuste de cuentas ni arrepentimientos ni conciliaciones con su yerno

ni largas sesiones de recuerdos; vivió como si no se estuviese muriendo; quiso realizar las tareas cotidianas mientras las fuerzas se lo permitieran. La prueba fehaciente de su agonía, aparte de su ruina física, fue cuando le dijo a mi mujer que no nos cohibiéramos por ella, ¡asombroso! Los médicos nos habían sugerido que viviésemos normalmente según nuestras costumbres; que la casa se llene de ruidos cada día, con la bulla de los niños, la música, la televisión y demás avatares cotidianos, para que la enferma se sienta rodeada. Como si no tuviese conciencia de su muerte inminente se dedicó a los quehaceres, en la medida de sus fuerzas. Insistió en vestir diariamente un traje verde estampado, cuyo uso interrumpía por la obligación de lavarlo.

Me intrigaba la tranquilidad cotidiana con la que convivió en su agonía de sesenta y siete días.

¿Tenía la abuela un refugio en la religión? Ni siquiera me atrevo a afirmar que la religión fue su consuelo. Católica y creyente y además moralista, vivía ausente de iglesias y rezos. Al final se encomendó a su Señor y nos recomendó ante él. No obstante, a través de las pesquisas históricas que adelanté con mi esposa concluí que su serenidad ante la muerte no provenía del respaldo religioso. Jamás, en sus sesenta y siete días de agonía, nos sugirió la religión ni nos sermoneó por no congraciarnos con su Dios. Nunca aludió a nuestra falta de práctica religiosa, ni aludió a mi ateísmo declarado. Aun si la razón de su entereza al enfrentar la muerte durante más de dos meses hayan sido sus convicciones religiosas, creo que una razón terrenal fue más decisiva y, en última instancia, la llevó a morir tranquila, si acaso esto es posible en el ser humano.

Mi suegra vivió cada día como si contase con la eternidad; como si aún le restasen cincuenta años de vida. Su diario vivir lo entregó a las faenas hogareñas acostumbradas, según había sido su vida, en la medida en que sus fuerzas se lo permitieron. ¿Había cumplido su misión? ¿O había comprendido hacia el final de sus días que su verdadera misión fue la vida que había llevado?

## 15

Musitando, la abuela le pidió a mi mujer que trajera a los niños para impartirles su bendición. Se acercaban los momentos finales de su agonía, que se prolongaría por doce horas y treinta y siete minutos exactamente, cuando entró a ese estado de inconsciencia que nos habían anticipado los médicos, en que la rigidez de su cuerpo nos engañaba por momentos.

Mi esposa le llevó a nuestros tres hijos, la abuela le pidió que la ayudara a incorporarse en la cama y lo logró con gran esfuerzo. Luego, según me contó mi mujer después, le entendió a la abuela que quería ir al primer piso a realizar los oficios del día. Yo no me atreví a entrar al cuarto, cuando mi esposa me comentó que su madre había solicitado a los niños para su última bendición. En cambio, me protegí tras la puerta entreabierta, con la respiración suspendida, esforzándome inútilmente para escuchar y ver la escena.

Después mi mujer me relató: Mi madre nos impartió la bendición a cada uno; no se le entendía casi. Quería decirles que nos quería mucho y que nos cuidáramos; no poseía fuerza ni para dibujar con precisión la bendición en el aire. Ni

subir ni bajar la mano, y menos moverla hacia los costados, pero su señal de bendición bastaba. Cuando me bendijo la oí claramente: “Cuide a su marido”, luego la ayudé a recostarse y desde ese instante cerró los ojos y entró en agonía.

Entré al cuarto unas horas después, y a pesar de su rigidez no me acerqué sino cuando tuve la certeza de que ella no me sentiría a su lado. Sus ojos permanecían cerrados. Unos momentos antes le había preguntado a mi esposa si por casualidad cuando la abuela los bendijo había mencionado mi nombre... No fue así.

Le tomé el pulso. Al tocar su mano me estremecí y me invadió una sensación de culpa, pues lo hacía sin su consentimiento, violando su privacidad, seguro de que en vida esa escena jamás hubiese sucedido. No solamente mi acto fue para verificar su pulso, conocedores de que en cualquier momento expiraría sin que lo notásemos; no fue un gesto de contrición con mi suegra lo que me llevó a tomar su mano y palpar la muñeca para verificar su pulso: ¡Las pulsaciones de mi cadáver!

## 16

Visitaríamos Puerto Tejada, antes de ir a Cali donde mi madre. Camino al puerto, le pregunté a mi mujer:

—¿Cuál es la razón por la que tu mamá pidió que fuese en el río Palo? —y luego agregué—: quisiera saber si tú intuyes una razón de fondo.

—Su agonía no me permitió pedirle razones —comenzó mi mujer—. Me sorprendió que ella optase por la cremación.

En realidad, nunca conversábamos, ya conoces lo separadas que vivíamos —concluyó.

Noté la tristeza en su tono de voz. Una vez cobró ánimo comentó:

—Había un paraje del río Palo, cerca al puerto, a donde iban a pasear los domingos cuando ella era niña. En esa ocasión contó que jamás había vuelto allí. Había un árbol desde el que se tiraban al río. No recuerdo más. Sé que el río Palo desemboca en el río Cauca.

En Puerto Tejada nos guiaron los recuerdos nebulosos de la adolescencia de mi esposa, cuando en varias ocasiones su madre la había llevado a conocer a sus tíos y a sus primos de crianza. Después de muchas idas y vueltas dimos con parte de la familia, en Vuelta Larga, cerca de las bocas del río Palo.

Se llamaron unos a otros y en menos de una hora teníamos una procesión fúnebre, rumbo al río Palo, para cumplir con el deseo de la abuela. La tía Nelly, quien vive a escasos quinientos metros de este río, nos confirmó que allí era donde jugaban de niñas y allí había un árbol del que se arrojaban al río.

Acordamos con la tía Nelly, una señora negra y fuerte, en quien adiviné los ancestros de mi mujer y de mis hijos, orientar la procesión hacia el río Palo.

## 17

Fue Carlos, uno de los nietos de la tía Nelly, un joven de unos diecisiete años, el encargado de cumplir el mandato de la abuela.

Bordeamos el río. Serían las cuatro de la tarde, después de que nuestra procesión atravesó un sendero tropical forjado a través de los años por las pisadas alegres de los bañistas, día tras día, año tras año, adornado a lado y lado por la maleza salpicada de flores silvestres amarillas y rojas, y de arbustos floridos. El canto de los pájaros, zancudos impertinentes, madrugadores en esa tarde y una fila de niños que mientras saltaban, corrían y reprimían sus risas, nos escoltaban en el trayecto.

Mi esposa le encomendó el cofre con las cenizas a la tía Nelly, quien no cesaba de llorar serenamente desde que le dimos la noticia.

—Tía Nelly, sé que mi mamá hubiera querido que usted tuviera este cofre en sus manos, y que usted fuese quien dispersase sus cenizas en el río— y le entregó el cofre.

La tía Nelly aumentó su lamento, entre sollozos destapó el hermoso y labrado cofrecito de madera y extrajo la bolsa con las cenizas, envuelta en un precioso dulce abrigo verde. Contempló la bolsa de cenizas blanquecinas, y pronunció estas palabras que aún retumban en mi alma:

—No creo que esto haya sido un cristiano.

Entonces llamó a Carlos y le entregó la bolsa, para que él se adentrara en el río y dispersara las cenizas.

Los muchachos que nos acompañaban habían guardado silencio desde el momento en que mi mujer depositó en manos de la tía Nelly el cofre. Cuando Carlos se despojó de la camiseta y en bluyines se adentró en el río, corrieron en diferentes direcciones y en algarabía tomaron posiciones para observar. Unos permanecieron alrededor de nosotros, otros, en un montículo a la orilla del río, uno se trepó a un árbol fuerte y alto y desde allí nos llamó la atención. Ya en

medio del río, a unos diez metros de la orilla, Carlos comenzó a desenredar el nudo que protegía la bolsa. Entonces el marido de una de las tías de crianza, un anciano que había guardado silencio, lo detuvo.

— Recemos un Padrenuestro.

Y el mundo se detuvo. No se escuchó ni el canto de los pájaros, los necios zancudos obedecieron y las risas de los niños cesaron.

Un Padrenuestro y unas bendiciones, y no recuerdo si un Dios te salve, María, que respeté en silencio, bastaron para cumplir el mandato del anciano. El final del rezo marcó el comienzo del ritual de Carlos y de nosotros, y desató la algarabía de los niños. Carlos dispersó en el río las cenizas, donde la abuela se había bañado tantas veces en su niñez.

En ese instante creí que mi pesadilla de sesenta y siete días había terminado.

Mi esposa me abrazó; hice lo propio con ella y con mis hijos; el mayor se veía impertérrito, más serio de lo acostumbrado; mi niña se abrazó a su mamá y el pequeño, el consentido de la abuela, jugaba con otro chico.

Tan pronto Carlos terminó los muchachos se lanzaron al río y festejaron la ceremonia.

## 18

Al regresar a nuestra casa, en San Juan de Pasto, muy lejos del río Palo, comprobé que no era el sosiego lo que me inundaba sino un desequilibrio que me negaba el sueño. Serían las once de la noche cuando subí a la azotea a inspeccionar el cuartico donde la abuela había iniciado su sendero

final, con el pretexto de confrontar la inquietud creciente. Mi mujer dormía, descansando del largo viaje. Subí las escalas, encendí la bombilla del pasillo del segundo piso, que medio alumbraba las escalas para subir. Abrí la bulliciosa puerta que da a la azotea y caminé vacilante al cuarto. Su soledad y el frío acrecentaron mi tormento. No obstante, aún no comprendía la situación. Al cabo de unos minutos decidí bajar a la sala a escuchar música, y el deseo de unos tragos se tornó apremiante. Cerré la puerta que da a la azotea y cuando detallé los escalones para no caerme, una visión aterradora me cortó el aliento: ¡La abuela subía por las escalas! Vestía el traje verde estampado que usó con frecuencia durante su agonía en casa. Antes de desvanecerme escuché una vocecita que me requería: ¿Qué haces, papi? Era mi nena, a quien yo había asustado con el ruido de la puerta.

—¿Por qué te pusiste ese vestido? —le pregunté, mientras me recobraba.

—La abuela me lo regaló y a mí me gusta.

La abracé.

Después de acostarla, con su traje verde estampado, más decidido que antes bajé a la sala.

Y allí, acompañado de una botella de ron y mientras escuchaba las melodías que me condenaban a la angustia, con el acecho de otros vicios que extendían sus garras hacia mi alma atribulada, comprendí que mi verdadera pesadilla apenas comenzaba.

## UN EXTRAÑO PERSONAJE

*Las sombras de mi morada  
son aterradores espectros;  
enigmas indescifrables.*

**H**ace muchos años comencé a vagar por el mundo gracias a mi considerable fortuna. Vine a esta ciudad para disfrutar de sus encantos, pues me impresionó la forma como me la recomendaron.

Lejos estaba de pensar que viviría un enigma extraordinario.

Me habían dicho, entre otras cosas, que esta ciudad era la sucursal del cielo, situada en un hermoso valle donde los romances florecían entre los cañaverales. Un río tropical la atravesaba. Poetas y cantores inspiraban en sus atributos las más preciadas rimas. Sus mujeres, decían, tenían el encanto de las flores. Sus gentes eran de una amabilidad sin par, la sangre latina y la africana se mezclaban en proporciones

ideales para conformar una especie tan alegre y musical que, se afirmaba, en esta ciudad hasta las piedras bailaban.

Una familiaridad invadió mi espíritu en el instante de pisar sus calles.

En un comienzo algunas personas me saludaron cordialmente y yo lo atribuí a su amabilidad natural. Sin embargo, una serie de encuentros desagradables me dieron a entender que me confundían con otro personaje. El sujeto era de ingrata recordación para ellos. Era innegable mi parecido con el otro, a pesar de los años, comentaban, y se resistían a aceptar que yo era otra persona.

Cierto atardecer, recorriendo el bulevar de la Sexta Avenida, una sensual rubia afirmó haber sostenido conmigo, hacía años, una relación amorosa, tempestuosa y traumática para ambos. En otra ocasión, en el Museo de Arte Moderno, alguien me reclamó una deuda sin saldar. De visita en la maravillosa iglesia de la Ermita, alguien me reconoció como su antiguo compañero de reclusión en un sanatorio mental. En un restaurante, referente de numerosas citas y tertulias de personajes célebres, algunos dijeron ser mis amigos y me presionaron para que recordara las prolongadas sesiones de rumba, perdidos entre los abismos del vicio de la cocaína, encerrados en una taberna de mi propiedad. En otra oportunidad, en la Plaza de Caycedo, un caballero me detuvo, se identificó como el antiguo dueño de una discoteca de música salsa, argumentó ser el propietario del local y, según entendí, yo había perjudicado sus bolsillos.

En cada una de esas situaciones me defendí, aclaré la confusión e incluso enseñé mis documentos de identidad. A nadie convencía.

La cadena de incidentes molestos no terminaba allí.

Una noche en una taberna especializada en la música preferida en esta ciudad, algunas personas dijeron conocerme y, para refrescarme la memoria, trajeron a cuento mis dos ataques de delirium tremens, años atrás. Un amanecer, cuando me divertía en Juanchito, una morena de apariencia ingenua y de belleza sin igual, me recordó la noche en que estuve a punto de enloquecer por abusar de una droga, en la que ella había sido mi desafortunada acompañante. Una espléndida tarde, a punto de asistir al clásico futbolero entre los rivales de la región, cerca del Estadio Olímpico y del Parque Panamericano, un supuesto amigo se refirió a mi manera execrable de pisotear nuestra amistad. En un mediodía caluroso, en predios de la Plaza de Toros de Cañaveralejo, una exótica morena me abordó y en su mirada adiviné un odio intenso, por haberme amado sin ser correspondida. En un atardecer de horizonte rojizo y azul infinito, en el que los cerros de las Tres Cruces y Cristo Rey surgían imponentes, mientras contemplaba la ciudad desde el Mirador, la presencia del otro me perturbaba.

Esta proliferación de circunstancias penosas no hubiera tenido mayor repercusión de no haber sido porque un extraño personaje observaba a distancia prudente. El sujeto era de estatura elevada, vestía un gabán negro de cuello alto, las manos en los bolsillos, sombrero negro, de ala ancha, tirado a un lado, llevaba gafas oscuras por lo que su rostro no se veía con claridad, calzaba zapatillas y tenía la virtud de presentarse fugazmente.

La primera vez que lo vi, conversaba con el dueño del local de mi supuesta discoteca salsera, cuyo nombre no retuve. En las siguientes oportunidades presté más atención a la aparición del sujeto que a los reclamos de la gente. El

individuo en cuestión aparecía a la hora y en el lugar de los acontecimientos. Decidí descubrir al misterioso personaje y comencé a perseguirlo.

Frente al Cine Bolívar, perdida la fe en atrapar al sujeto, alguien afirmó haber sido mi amigo, acusándome de estafa. De repente, vi al personaje en la fila para entrar al cine, espiándonos, y sin pensarlo dos veces me lancé tras él. Tardé en cruzar la calle debido al congestionado tráfico, lo cual fue aprovechado por aquel ser para escabullirse hacia la esquina más próxima. Antes de atravesar la calle, el hombre se esfumó al doblar la esquina.

Después de tal suceso, usualmente por la Sexta o en sus alrededores, lo sorprendí siguiendo mis pasos camuflado entre la gente. Si me devolvía a perseguirlo el hombre corría y se desvanecía en el mismo sitio: la esquina más próxima al Cine Bolívar.

Sentí que alguien me acechaba por donde fuese.

Ante lo insoportable de la situación medité, dispuesto a esclarecer el misterio. Una noche cálida, encerrado en la habitación del lujoso hotel donde me hospedaba, observaba desde mi ventanal los arbustos de las orillas del río, mientras escuchaba la música de la ciudad en un radio pequeño que había comprado. Cavilaba en los asuntos de mi doble: Amores traumáticos, rencorosos. Acreedores por todas partes. Dos ataques de delirium tremens. Reclusión en un sanatorio mental. Amigos resentidos. Amistades insultadas. Maratones del vicio. Tabernas diabólicas. Estafas. Droga... ¡El cuadro era horroroso!

De haber sido yo, jamás en mi vida hubiera regresado a esta ciudad. Y ese personaje que me perseguía, al cual yo había terminado correteando, ¿quién diablos sería? ¿No sería

mi doble paseándose de incógnito en la ciudad? Él era la clave del embrollo. Debía desenmascararlo a cualquier precio. Era indudable que el hombre tenía un escondite cerca del Cine Bolívar. Sin embargo, la inutilidad de mis esfuerzos me auguraba futuros fracasos al respecto. Decidí contratar a un investigador privado.

Me recomendaron al mejor de la ciudad y lo busqué: un experto conocido como el Analista. Le relaté minuciosamente las circunstancias; fechas, lugares, horas; le describí las personas protagonistas de los reclamos; cuanto recordaba de las charlas con ellas; una descripción del excéntrico personaje, tal vez la solución del enigma; le conté mi vida, le enseñé mi identificación, le di cantidad de detalles y le facilité mi retrato.

Al final de la conversación lo autoricé para cancelar en mi nombre las deudas de mi doble. Estas eran bicocas en relación con mi fortuna y yo quería transitar tranquilamente por la ciudad.

Antes de marcharse le repetí a manera de orden:  
—Tráigame a ese tipo.

Al cabo de unas semanas, durante las cuales permanecí encerrado en el hotel, el Analista me telefoneó y concertamos una cita en mi habitación. Ya tenía resuelto el caso. Dijo haberles cancelado a mis desconocidos acreedores, quienes me habían tildado de farsante. En cuanto al personaje aseguró hallarse tras una pista que lo conduciría a atraparlo en las próximas horas. Nos veríamos en la noche siguiente.

La noticia me reconfortó y en la noche de su llamada salí a pasear. Quizás el sujeto fantasmal no se atreviese a salir de su escondite.

¡Terrible equivocación!

Bajaba por la Avenida Primera, bordeando el río, cuando una aparición me inmovilizó: Unos metros adelante caminaba el extraño personaje. Quise darle alcance y detenerlo, pero temeroso de ser descubierto lo seguí cautelosamente. Continuamos así a lo largo de la Avenida Primera, atravesamos el Puente Ortiz, recorrimos el Paseo Bolívar y después la Sexta Avenida. En este punto me hallaba extenuado. El personaje caminaba y yo corría. Jadeante, vi al sujeto voltear donde se evaporaba. Tras andar una cuadra el hombre dobló la esquina de la Avenida Octava y allí se perdió. Antes de llegar a la última esquina atropellé a un vendedor de dulces y cigarros, me disculpé en un instante y desemboqué en la Octava; no vi al sujeto. No obstante, vi en la acera del frente una taberna con un letrero grande: «Yambú», y supuse que el hombre había entrado allí.

Me dirigí hacia el lugar, dispuesto a ingresar. El portero me exigió una contraseña para entrar. Mis súplicas fueron en vano. Le pregunté por el hombre del gabán y el sombrero y afirmó no haber visto a nadie con esa descripción. Mentía. Me retiré y busqué un lugar cercano dónde pasar un rato agradable al compás de la sabrosa música de la ciudad. Había terminado por gustarme tanto que ya tarareaba algunas canciones.

Al día siguiente madrugué a llamar al Analista; le di la dirección del sitio llamado «Yambú», le exigí investigarlo esa misma noche, antes de nuestra entrevista. El final del acertijo se vislumbraba.

Esa noche el Analista fue temprano. Después de servir dos tragos nos sentamos a conversar.

—¿Y bien...? —le pregunté, ansioso.

El hombre pensó un momento. Luego preguntó:

—¿Cuál es el nombre del sitio donde se metió el sujeto anoche?

—Yambú.

—¿Esta es la dirección? —me alargó un papel con la dirección escrita.

—Sí, así es. ¿Y?

—Dígame —repuso el hombre —¿Recuerda algo más respecto a la taberna de la cual dicen que usted era el dueño? ¿Recuerda el nombre? ¿El lugar?

—No sé. Lo que sabía se lo dije en nuestra primera charla.

—Por favor, trate de recordar el nombre y la ubicación de dicha taberna.

Busqué en los rincones de mi memoria, sin resultados.

—Es inútil —le dije—. Ahora no vienen a mí el nombre ni la ubicación. ¿Por qué insiste?

—La taberna donde usted estuvo anoche, en la que usted asevera entró el personaje, concuerda con el nombre y la ubicación del negocio que le imputan. A pesar de los años conserva el nombre: Yambú.

—¿Cómo? —me levanté de la silla—. Ya ve usted, el insólito individuo me condujo allá; de alguna manera...

El hombre me cortó y exclamó, triunfante:

—¡Ah! El enigmático personaje. Ese es el otro asunto. He preguntado a las personas con las que usted habló, indagué a otras en los lugares donde usted tuvo sus encuentros. He dialogado con los vendedores de dulces y cigarros de esos sitios, les he referenciado el día y la hora en que usted lo vio y nadie recuerda al misterioso individuo. Es más: se

han burlado de mí pues un personaje con esa descripción existe en una canción popular de hace muchos años. En caso de encontrarlo debía avisarles, se mofaron. No querían perderselo.

—¿Y eso qué prueba? —le pregunté indignado.

—Un personaje con ese atuendo —prosiguió el hombre— es inolvidable, no tanto por lo insólito sino porque en esta ciudad tan calurosa un personaje de gabán salta a la vista. ¿No cree? Además...

—Antes de salir a la Avenida Octava atropellé a un vendedor de dulces y cigarros en esa esquina, pregúntele —dije emocionado.

—Ya lo hice.

—Quiero su conclusión. ¡Resultados! ¿Me oye?

—¡Escúcheme! —gritó el hombre. Se levantó de su silla y se acercó—. Tengo una hipótesis y necesito validarla. Déjeme relatarle mis pesquisas; es la única forma de lograr los resultados que usted pretende. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El Analista volvió a sentarse.

—Le decía que ya conversé con el vendedor mencionado.

—¿Y?

—Lo recuerda a usted mas no al enigmático personaje.

—¿Es una burla?

—No; además de ser vendedor, él es vigilante del parqueadero de enfrente. ¿Vio usted el parqueadero? ¿No? En fin, él vigila el parqueadero y su misión es mantener los ojos bien abiertos. Él recuerda que ayer, a eso de las nueve de la noche, un hombre venía corriendo desde la Sexta y conjeturó que el sujeto debía de huir de alguien. El individuo lo

empujó y asfixiado y sudoroso le ofreció disculpas, acto seguido dobló hacia la Octava, despacio, acechando a alguien, es decir, el hombre no era perseguido sino perseguidor. No obstante, el vendedor no identificó a quién diablos espiaba. Después el sujeto, usted, pasó la calle y se detuvo en el sitio llamado Yambú. El vendedor lo vio estático durante unos segundos, mirando el aviso y luego hablar con el portero. El hombre lo calificó de loco bien vestido. Al mostrarle su foto lo reconoció.

—¿Y el portero?

—No vio al personaje.

—Está ciego.

—Ahora bien —continuó—. ¿Qué tenemos? En concreto, esto: A usted lo confundieron con alguien conocido hace años en esta ciudad. Usted insiste en un personaje que lo ha perseguido, o que usted ha perseguido, porque ya no sabemos quién es el perseguido y quién el perseguidor; a dicho sujeto nadie más lo ha visto y, además, existe un sitio cuyo nombre y ubicación concuerdan con el bar en cuestión. ¿Tiene alguna explicación?

—Ninguna —le respondí decepcionado—. Para eso lo contraté; ¿o soy yo quien debe resolver este misterio?

—Digamos que los dos.

—Estamos peor que al principio. ¿Cuál es su teoría?

—Bien, le diré mi teoría... —dudó unos momentos—. Los repetidos encuentros y el confundirlo con otra persona comenzaron a trastornarlo de un modo inconsciente. Usted, hombre de negocios, de razonar sereno y calculado, quería reprimirlo, por tal razón su inconsciente enfrentaba el asunto, y al empeorar la situación el sujeto se volvió la representación amenazante de su doble. Como para usted el personaje

era indeseable, la representación debía ser malandrina. De alguna forma hubo una asociación con el personaje de una canción popular, ya que coincide con la descripción del tipo, y la historia de la canción es un compendio de malevaje. A usted le precisaron la ubicación de la discoteca y le dijeron el nombre varias veces. Usted no registró estos detalles en su conciencia y solamente surgieron la noche pasada al ver al inusual individuo, lo que lo alteró, ya que para usted él tenía la clave del enigma y quería sorprenderlo. Dicho sujeto es una ficción suya. Por eso nadie lo ha visto; ni siquiera el vendedor de anoche. Por lo tanto, mi estimado amigo, su imaginación lo ha engañado. En cuanto a su doble, se fue hace muchos años de esta ciudad huyendo del cuadro tan espantoso que vivía en esos momentos, del cual hemos tenido amplias noticias. Me resta aconsejarle que se marche de esta ciudad y descanse en otra parte, ¿de acuerdo?

Esta explicación del Analista me molestó.

—No sé... Me resulta difícil asumir tanta fantasía. Haré mis maletas, mañana partiré y tomaré unas verdaderas vacaciones en otra parte. Algún día saborearé los encantos de esta ciudad, que hoy me han amargado.

Le pagué sus honorarios y después de despedirnos me recosté en el sofá.

Estuve largas horas pensando en lo acontecido, especialmente en mi conversación con el Analista. Las presunciones del hombre me preocupaban. Miré el reloj: las doce y siete minutos de la noche. En un acto impulsivo me levanté del sofá y fui hacia el ventanal. Contemplé la ciudad, miré los árboles del río, cerca de la calzada y una silueta se movió entre las sombras. El miedo me evidenció a quién había intuido en la oscuridad. Pasados unos instantes algo me

atrajo hacia el ventanal: una fuerza inevitable que agitaba mis sentidos y activaba mis centros motores. Miré otra vez hacia los arbustos: la silueta se movió en la oscuridad. En una ráfaga de segundo un carro iluminó la sombra y ni el sonido del vaso al resbalar de mi mano y quebrarse contra el piso logró sacudirme del terror al identificar entre los arbustos, al otro lado de la calle, ial extraño personaje!

Retrocedí espantado, me tiré en el sofá y cerré los ojos. Recurría a la dudosa convicción de que no había nadie al otro lado de la calle; era mi imaginación y no debía preocuparme. Tras unos momentos volví al ventanal, sin mirar cerré las cortinas y permanecí tras ellas. Un frío recorrió mi cuerpo. Desde algún sitio del cuarto alguien me observaba. No sé de dónde saqué valor y escudriñé la habitación: ¡Nada! Encendí la radio, apagué las luces y me tendí en el sofá. Al instante me incorporé y prendí la luz, con el deseo y el terror de sorprender a alguien en acción. Largo rato estuve en esa actividad, apagando y prendiendo las luces, revisando la habitación, sin hallar a nadie. De pronto, los sucesos durante mi estancia empezaron a asaltarme. En cada recoveco de mi aposento tropezaba con las personas de los encuentros. En cada rincón de mi morada vivía los tenebrosos acontecimientos que esas personas narraban, en cada sitio donde miraba resplandecía el aviso de aquella taberna. Con cada prender y apagar la luz recordaba, en una sucesión de rápidas imágenes, la conversación con el Analista. Cada nota musical de la radio me alteraba; en cada accionar del interruptor de la luz veía la figura sin rostro del extraño personaje, vigilándome desde las sombras; a mi lado, en algún lugar...

# LA INVENCION DE DIONISIOS

## *La sentencia*

Cuando los habitantes del imperio supieron que al sabio Dionisios lo habían sentenciado en la asamblea de hechiceros no sospecharon las consecuencias para sus vidas.

Los hechiceros del reino habían logrado avances extraordinarios en su conocimiento, y sus descubrimientos maravillosos se apreciaban por los caminos del reino laberíntico.

No obstante, el imperio se sumía en un caos de insubordinación incontrolable.

En la asamblea donde se le siguió el juicio al maestro sin su presencia, fue atacado por sus principios y convicciones, y por sus múltiples formas de manifestarse en contra del emperador.

—Y que se cuiden los hechiceros que simpatizan con él —amenazaron algunos de sus enemigos.

Hubo un murmullo generalizado; unos se halaban las barbas, otros tiraban de sus cabellos desordenados y algunos se acomodaban una prenda alrededor del cuello.

Al estupor general siguió el desorden, las discusiones, los reclamos y la indignación generalizada de los hechiceros. Al final, la mayoría decretó la condena del sabio Dionisios, ya que hacía tiempo que no asistía y esto les auguraba un complot liderado por él.

—Por algo está oculto —sentenciaron.

—Ni tan oculto —aseveró un hechicero—. Recuerden sus dotes mágicas en el arte del disfraz. ¿Quién asegura que en estos momentos no está entre nosotros?

Y se miraron acusadores unos a otros, recordando los poderes sobrenaturales del maestro Dionisios.

### ***Los síntomas***

En diversas actividades y ámbitos los niños y adultos se habían convertido en un problema para los representantes del emperador.

En el caso de los adultos, los síntomas eran algunas alteraciones soportables y manejables por los representantes del emperador. Se habían acostumbrado en exceso a pensar como el emperador les dictaminaba; no obstante, había excepciones. En cambio, los niños eran un dolor de cabeza para el imperio. Mostraban un comportamiento distinto al de los demás niños. Sin resabio, discutían las órdenes de los adultos, proponían alternativas diferentes, sus preguntas des-

concertaban a los mayores, se interesaban en asuntos ajenos al dominio de los niños normales y cuestionaban los libros que los obligaban a leer, al tiempo que exigían derechos que siempre les habían negado.

Las observaciones de los niños dejaban en evidencia las mentiras de los adultos y era clara su tendencia a pensar por sí mismos

La situación se agravó cuando los niños con estas características proliferaron en el reino.

### ***Las consecuencias***

Con el transcurrir del tiempo los cimientos del reino se resquebrajaron.

Las dificultades para los representantes del emperador se agudizaron. Muchas leyes, normas, dogmas y creencias, verdades irrefutables que se habían cumplido fielmente, se desatendían, se discutían por doquier, generando acciones antagónicas a los intereses del emperador.

Todo se complicó para el emperador y sus huestes cuando esos niños y adultos comenzaron a unirse. No hubiesen sido mayor obstáculo de haber permanecido aislados.

Los niños se acercaron y fueron conformando legiones que se encontraban en lugares públicos o en las celebraciones para glorificar al emperador.

Con los adultos no ocurrió lo mismo. Estos no se unían naturalmente debido a que el influjo del imperio era irreversible.

Cuando los representantes del emperador se convencieron de que no controlaban la situación, acudieron a palacio para discutir la situación ante el consejo del imperio.

### ***El consejo del imperio se reúne***

El consejo del imperio, integrado por los ministros del emperador, deliberó durante horas. Como aún no recibían información fidedigna de los servicios de inteligencia, llamaron a los especialistas.

Seleccionaron a los mejores y en conjunto explicaron los hechos. Fueron tantas las explicaciones para el caos y la insurgencia, que los consejeros del imperio terminaron más desorientados.

Cuando tuvieron suficientes evidencias del inusual comportamiento de una multitud de niños y de no pocos adultos en contra de los preceptos del emperador, concluyeron que existía un maléfico invento del que los hechiceros del reino darían razón. Convocaron a un grupo selecto de ellos.

Estos hechiceros sugirieron la culpabilidad del maestro Dionisios.

Unos mencionaron la fama del maestro por ser un enemigo declarado del emperador; otros enfatizaron en que jamás lo habían visto; algunos especialistas dijeron que al sabio Dionisios nunca se le comprobó la autoría de los inventos que se le imputaban; los consejeros del emperador le atribuyeron dones de mago y no de sabio; otros aclararon que...

Repasaron los antecedentes del maestro; recalcaron cómo el sabio Dionisios, a través de cada uno de los inventos

que se le atribuían, había desestabilizado el imperio, lo que le granjeó persecuciones, en las que precisó de sus maravillosas facultades para transformarse. Nadie sabía cuál era su verdadera apariencia.

Finalmente, plantearon que era prioritario capturar a Dionisios y a sus aliados.

### ***El mandato del emperador***

Ministros, hechiceros, especialistas y la gran consoladora del reino acudieron al castillo, ante el trono imperial. Como era el ritual cuando sucedían estas ocasiones ante el emperador, saludaron hincando una rodilla y a la distancia establecida del inmenso trono, que permanecía cubierto por un denso velo, de tal manera que jamás habían conocido el rostro de su majestad.

El emperador fue informado de la gravedad de la situación, en términos de una guerra contra el mandato imperial. Tras una breve pausa, con voz gruesa y sombría les encomendó la misión de pacificar el imperio a cualquier precio.

Desde el trono velado, la orden del emperador fue clara:  
—¡Castigad a quien se me oponga!  
Y sacudió el palacio con su ira.

### ***La búsqueda***

La soldadesca se dispersó con el fin de capturar al maestro Dionisios.

Entretanto, los dragones imperiales sobrevolaban el vasto imperio, y con sus alarmantes bocanadas de fuego sembraban el terror.

Recurrieron a varias estratagemas para localizar a Dionisios. Los especialistas sugirieron formas sofisticadas de búsqueda y los hechiceros recurrieron a su conocimiento; pero los consejeros del emperador eran partidarios del medio más directo: La fuerza.

Para los soldados del emperador delinearon una estrategia de acción. Los acuartelaron y los privaron de alimento mientras culpaban e insultaban al sabio Dionisios por el castigo que les infligían, y los obligaban a repetir variedad de injurias contra él. Al final, después de martirizantes jornadas, los repartieron por el reino. Los soldados del imperio salieron en pos de su presa.

Muchos especialistas se camuflaban por doquier; contrataron hombres y mujeres y los infiltraron entre aquellos que se comportaban diferente. Adiestraron niños para la misión de descubrir el secreto. Los hechiceros inventaron pócimas y brebajes que obligaban a ingerir a los sospechosos; bebedizos que debilitaban la voluntad y los inducían a contar la verdad. Y la gran consoladora del imperio, desde sus fastuosos palacios, sermoneaba a los súbditos.

No había resultados positivos.

Los soldados arreciaron la persecución. El emperador rugía enfurecido en su trono y su rugido era difundido por los cuatro vientos en el inmenso reino.

Convocaron a una asamblea de hechiceros, especialistas, consejeros y comandantes del ejército. Y con ellos la gran consoladora. Eligieron una táctica que les daría resultados: La tortura.

La gran asamblea del imperio determinó torturar a los hombres y no a los niños. Primero, por la desastrosa imagen que se formaría entre los habitantes al enterarse; esto empeoraría la situación y la insurgencia; segundo, muchos de los asistentes se opusieron a la idea y tercero, los hijos de los asistentes a la asamblea eran probables víctimas del tormento.

Definieron comenzar con los adultos que mostraban tendencias opuestas al emperador. Uno por uno, fueron señalados por los defensores de la ley y el orden.

Entonces comenzaron las detenciones.

Algunos desaparecieron. Otros, que por suerte o desgracia sobrevivieron a las torturas, mostraban en sus cuerpos mutilaciones y laceraciones.

Los adultos quisieron unirse para enfrentar al enemigo, pero eran débiles ante la fuerza de sus contrarios. Por eso, salvaguardaron a los niños y los instruyeron para su protección.

Los representantes del emperador no procuraban tanto la confesión de los torturados como la entrega voluntaria del maestro Dionisios.

### ***Los hechiceros del reino entran en acción***

La gran asamblea volvió a reunirse. Después de acaloradas deliberaciones y al no encontrar otra explicación, asignaron el asunto a los hechiceros, ya que así lo ameritaban las características misteriosas del invento del maestro Dionisios.

A la gran consoladora se le encomendó la misión de continuar con sus discursos de paz y resignación.

Los hechiceros del reino deliberaron; analizaron los informes de los servicios de inteligencia acerca de sus hallazgos, según algunas confesiones inverosímiles de los simpatizantes de Dionisios. Con ello obtuvieron indicios de cuál sería el invento, según las investigaciones que el maestro adelantaba. Decantaron las opciones de un invento con tales consecuencias, las confrontaron con las facultades del sabio Dionisios y concluyeron que el invento se relacionaba con la manipulación cerebral, por lo que enfocaron sus investigaciones a neutralizar un dispositivo peligroso. Propusieron un estudio especial con los niños, cuyas características los escandalizó, no obstante, fue considerada por los consejeros a pesar de las intensas discusiones. Algunos especialistas se opusieron por considerarlo inmoral, previendo las repercusiones nefastas que traería al imperio. Los hechiceros argumentaron que de no seguir sus instrucciones jamás vencerían a Dionisios. Alguien recomendó que antes de concretar la propuesta de los hechiceros había que ubicar el laboratorio de Dionisios y a la par estudiar a los adultos prisioneros. Los hechiceros del imperio demostraron la inutilidad de las dos alternativas, porque estaban comprobados las dotes de Dionisios y era imposible desentrañar su escondite, y porque la conducta de los adultos no era tan alarmante como la de los niños.

Al final, se decidió experimentar primero con los adultos que mostraban actitudes sospechosas, y si no daba resultado lo harían con los niños problemáticos. Ante esta alternativa la gran consoladora elevaba plegarias al cielo.

Respecto a Dionisios, intensificarían los operativos para capturarlo.

## *Los experimentos*

Los experimentos no tardaron en iniciarse. Los espías entrenados por los especialistas señalaron a una considerable cantidad de adultos y pronto fueron arrestados.

Los sacaron a empujones de sus hogares, rumbo a los laboratorios de los hechiceros del imperio. Allí los sometieron a torturantes sesiones de interrogación y luego a operaciones complicadas. Abrieron sus cabezas, examinaron el conducto del nervio óptico, exploraron los vasos linfáticos bajo aparatos sofisticados que detectaban las partículas de la cabeza y hurgaron en sus cerebros. No detectaron el dispositivo. Los hechiceros se excedieron en las cirugías provocando la muerte de algunos pacientes. Otros perdieron sus facultades intelectivas. No obstante, no desistieron.

Después de muchos casos estudiados comprendieron que con los adultos fracasarían. El invento se malograba, causado por el rechazo del organismo, de tal forma que la persona lo expulsaba involuntariamente. Tal vez se volvía invisible tras su instalación en el cerebro a través del nervio óptico. O era probable que el invento se había aplicado a los niños y no a los adultos... Cantidad de hipótesis surgieron para argumentar su fracaso. Solicitaron ante el consejo del imperio autorización para experimentar con niños.

El permiso fue concedido.

Muchos niños problema cayeron en manos de los emisarios de la tortura. Por temor a que tal evento fuese conocido por los habitantes del imperio, acallaron a los cuatro vientos. Secuestraron en una noche a cientos de niños. Los clasificaron conforme a inciertos criterios investigativos para realizar las pesquisas quirúrgicas.

Primero, los sometieron a exámenes académicos, interrogatorios psicológicos, entrevistas de grupo e individuales. Les aplicaron pruebas para medir su capacidad de rebeldía, el grado de inteligencia y las aptitudes analíticas. Sus condiciones físicas y orgánicas también fueron estudiadas. Los esfuerzos fueron infructuosos. Culparon a alguna artimaña de Dionisios.

### *La mesa de operaciones*

Mientras los hechiceros y especialistas analizaban los resultados de sus investigaciones, los niños comprendieron su suerte. Los carceleros recluyeron a los niños en celdas individuales. La noche anterior a las cirugías en los cerebros infantiles, los niños comenzaron a cantar. El inexpugnable recinto que servía de complejo de cárcel y laboratorios del reino no durmió en paz aquella noche.

Al otro día, muy temprano, dos soldados fueron por el primer niño. El silencio reinó cuando los demás niños lo vieron pasar con la custodia fatal. Aquel niño no volvió jamás. En la noche se llevaron otro, a la mañana siguiente fueron dos los ausentes y así continuaron. Ninguno regresaba. Los niños presentían y lo manifestaron a través de su canto permanente.

¿Qué había sucedido? Los niños no resistían las inspecciones en sus cerebros. Morían en la mesa de operaciones con el cráneo destrozado.

Los cirujanos no cerraban los cráneos de los niños antes de pasarlos a un cuarto frío, donde los preservaban por si acaso alguna nueva ocurrencia de los cirujanos requería

de los cadáveres. Envueltos en sábanas blancas, los cuerpos reposaban en aquel cuarto. Y los cadáveres no tenían ojos. Al fracasar con la inspección de la esclerótica, en la retina y a lo largo del nervio óptico, conservaron los ojos en frascos con un líquido especial para futuros experimentos.

Entretanto, los demás niños cantaban sin cesar, noche y día. Su coro se fue apagando en cuanto disminuyó el número de niños en las celdas.

Por fin, un amanecer, los hechiceros suspendieron las operaciones.

### ***La decisión del emperador***

Y sucedió que el emperador comenzó a padecer una enfermedad maligna. Lo acosaban dolores agudos en el cuerpo, que lo hacían rugir y revolcarse en su trono.

Cuando se multiplicaron las desapariciones de niños y se conocieron públicamente las cirugías y sus muertes, lo cual develaron los cuatro vientos, se generó un movimiento de protesta a lo largo del reino. Hombres, mujeres y niños, problemáticos o no, denunciaban los crímenes cometidos por los representantes del emperador e instigaban a las gentes en su contra.

Pronto el desbarajuste fue total. Los dragones imperiales permanecían apostados en las torres del castillo. Los consejeros del emperador ordenaron a los comandantes de la soldadesca controlar el imperio. Las huestes del emperador se precipitaron con violencia contra los manifestantes, sin cuidarse de los cuatro vientos.

Y la gran consoladora seguía repartiendo bendiciones.

Cuando la anormalidad tocó a las puertas del palacio, el emperador resopló de ira. Los ministros corrieron a la sala de audiencias y reverenciaron el trono del emperador. La orden del emperador fue contundente:

—¡Maten a los niños que estén poseídos por ese maldito invento! ¡Ellos son los peligrosos hombres del mañana!

Y para evitar dudas, agregó:

—¡Maten a todo aquél que se me oponga!

### ***Los niños se reúnen ante el castillo del emperador***

Los delegados pacificadores fueron los encargados de ejecutar la orden del emperador. Para tal fin, se escogieron los soldados más agresivos para el exterminio de los niños anómalos. Ante el evidente fracaso de los hechiceros del reino, el emperador no quería riesgos.

Esta vez la soldadesca, hábilmente comandada, evitó realizar actos indebidos delante de los habitantes del imperio o ante los cuatro vientos. Manos misteriosas acababan con la vida de los niños problema y no había forma de culpar a los ejércitos del emperador. La legión de pacificadores no vestía uniforme del imperio. Muy pronto los errores y desmanes de los soldados y sus jefes, los delegados pacificadores, mostraron a los cuatro vientos quién producía tanta muerte.

Nunca se supo cuál fue la fuerza secreta que movió a los niños a juntarse frente al palacio del emperador.

Desde diversos lugares del imperio fueron llegando. Invitaron a los cuatro vientos y estos se mantuvieron expectantes. Miles de niños rodearon el palacio imperial. No los atemorizaron las bocas de los cañones ni los dragones

imperiales que vigilaban desde las altas torres ni el frío intenso que comenzó a azotarlos.

Los cañones se preparaban. Los dragones alistaban sus bocanadas de fuego. Los niños entonaban cánticos hermosos con notas melodiosas.

La gran consoladora envió emisarios a apaciguar la multitud, pero fueron rechazados.

Los niños hostigaban con sus cantos a los representantes del emperador. Acamparon en tiendas improvisadas de tal modo que sitiaron el palacio, agrupados alrededor de fogatas para combatir el frío.

En palacio, se efectuaba un debate. La situación era inmanejable para la gran asamblea. Otra vez especialistas, hechiceros y consejeros del emperador, y la gran consoladora, pretendían consensuar una decisión. Solamente un hecho les impedía concretar sus intenciones: Algunos de los niños que afuera se calentaban con las fogatas eran hijos de integrantes de la gran asamblea. ¿Acaso era una pandemia? Además, por los designios del dios Azar, algunos de sus hijos habían perecido en la pacificación del reino.

Alguien les imploraba a sus colegas:

—¡Señores! —decían a gritos—. ¡No perdamos la cabeza!

Sus cabezas pendían de los designios del emperador.

Ni la sapiencia de los especialistas ni el conocimiento de los hechiceros del reino ni los razonamientos del consejo de ministros encontraban la solución. Ni las plegarias de la gran consoladora.

Afuera se escuchaba el incesante canto de los niños.

## ***El holocausto***

La legión de pacificadores penetró a palacio por los caminos secretos. Obraban como autómatas. La orden del emperador no admitía discusión y mientras no recibiesen una contraorden seguirían cumpliendo el mandato. Los niños congregados facilitaban su trabajo y por eso corrieron a ubicarse en las torres del castillo.

Los dragones imperiales sobrevolaban amenazantes.

En la gran asamblea reinaba la confusión. Eran pocos los opositores al holocausto y otros tantos que se pronunciaban a favor de cualquier medida, a fin de garantizar que el imperio recobrase la tranquilidad que vivía antes del malféfico invento de Dionisios. La mayoría de los integrantes de la asamblea no tenía posición definida. Sabían que si su decisión contravenía los mandatos del emperador serían castigados con la muerte.

¿Por qué deliberaban a espaldas del emperador? ¿Aspiraban a convencerlo de lo que ellos decidiesen? Un especialista se asomó al pasillo más próximo y luego arribó presuroso, aterrado y sin respiración: “¡Señores, la legión de pacificadores está aquí!”. Entonces comprendieron lo ilusorio de su debate. Los opositores a una tragedia masiva salieron a impedir lo inexorable. Cuando alcanzaron la salida vieron a un escuadrón de la legión al final del corredor. Uno de los ministros del emperador los acusó ante el escuadrón y en el acto el jefe de la cuadrilla dio la orden. Los disidentes vislumbraron luces acompañadas de explosiones y cayeron fulminados. El resto de especialistas, ministros y hechiceros, al ver a sus colegas morir, se sometieron a los acontecimientos.

Los encerraron, vigilados por una facción de la legión pacificadora. En silencio se miraron entre ellos, luego, cuando no toleraban sus miradas, comenzaron a pasearse nerviosos. Los partidarios de garantizar el orden y los indecisos se justificaban cuando las explosiones los sorprendieron.

En la noche, los pacificadores intimidaron a los cuatro vientos y los obligaron a retirarse. No obstante, los cuatro vientos recurrieron a sus trucos, mezclándose entre la multitud para comunicar los sucesos.

En medio de los cánticos de los niños, la muerte, vestida con sus tradicionales atuendos, se paseó triunfante por los campamentos. Las ráfagas de los cañones provenientes de las altas murallas y el fuego de los dragones en vuelo letal, orquestaban su celebración. Campeando victoriosa, la muerte segaba la vida de cientos de niños. Fue apagando los coros infantiles y con rapidez asombrosa devastó las tiendas de campaña. Las explosiones de los cañones y las llamaradas de los dragones realizaban su ritual. El paso de la muerte congeló las llamas de las fogatas.

En palacio, la gran consoladora oraba de rodillas.

Mientras tanto, el emperador se revolcaba en su trono. Padeecía dolores insoportables. Cada niño que moría iba debilitando al emperador. La piel se le ablandaba, le surgían laceraciones y forúnculos que se le reventaban y de su cuerpo emanaba un líquido fétido y espeso que corría por su trono.

### ***Los sobrevivientes***

Del pecho de cada niño muerto brotaba un rayo de luz que se direccionaba a la muerte y cuando la alcanzaba le

producía una herida. En vano, la muerte procuraba defenderse con su guadaña. Pronto la muerte se batió en retirada. Se enredaba en su túnica y caía. Entonces se levantaba; con una mano huesuda recogía su bata y con la otra agitaba la guadaña defendiéndose de los rayos mortales.

Por fin, la muerte cayó abatida. Su esqueleto se desintegró por el suelo, su guadaña fue destrozada y la túnica hecha jirones. Luego, los rayos de luz penetraron los pechos de los niños en pie, y sintieron en su cuerpo un potente aliento de vida y de muerte. Y cada rayo apuntó a los muros del castillo y los hicieron saltar en pedazos. Los dragones también fueron abatidos por el rayo de la vida y de la muerte.

### ***El emperador se desvanece en su trono***

En su trono, el emperador sufría los tormentos de la enfermedad incurable. El conocimiento de los hechiceros, la sapiencia de los especialistas, las recomendaciones de los consejeros, las tácticas de los delegados pacificadores, la fuerza de la soldadesca y los ruegos de la gran consoladora habían sido improductivos. El cuerpo gigantesco del emperador se convertía en un líquido espeso y pútrido que al resbalar por su piel la arrancaba a pedazos, producto de las laceraciones y de los forúnculos enormes que reventaban. En las últimas horas se había agravado y sus gruñidos y lamentos, acompañados de convulsiones, aterrorizaban a sus guardianes.

Y mientras su cuerpo se iba desintegrando, más insistía en aniquilar a quienes protestaban ante palacio.

En esas horas espantosas los cuatro vientos le trajeron las imágenes del holocausto, la destrucción de su castillo y la muerte de sus dragones. Su cuerpo enorme se había deformado. Fue entonces cuando desde el infinito cayó un rayo de vida y de muerte en sus aposentos. Y antes de convertirse en una enorme masa putrefacta, emitió un alarido que se escuchó en los caminos y escondrijos del imperio laberíntico, gracias a los cuatro vientos.

Y la gran consoladora se encerró en el confín del castillo a llorar y suplicar, presintiendo su final.

Mientras tanto, en un monte selvático desde el cual se divisaba el reino, una enigmática figura observaba.

Una figura de la que nadie podía precisar si era un hombre, un niño o un fantasma.

## CUANDO CANTO MI BONITO GUAGUANCÓ

Cuando abrí la ventanilla de la puerta vi el cañón de un revólver y a un policía gritándome:

—¡Abrí la puerta o te mato!

En tono de amable colinera le dije al hombre:

—Lo voy a atender por la puerta del bar; esta es la de mi casa.

El policía seguía amenazándome. Sin cerrar la ventanita retrocedí despacio por el corredor, de frente a la puerta. Después de atravesar el patio entré al bar y les ordené a los amigos, en voz baja:

—Es la tropa. Vayan a los cuartos y no hagan ruido.

Le pedí al Eddie que me acompañara.

Cuando atravesaron el patio, rumbo a las habitaciones de mi laberinto, aseguramos la puerta que comunica al bar con la casa, con doble llave y candado.

—Diremos que estamos los dos, haciendo las cuentas de la noche; yo arreglo esto.

—¡Uy! —me detuvo el Eddie—. Mirá lo que tengo —y me mostró.

—Escondé eso; no voy a permitir una requisa en mi negocio.

Entretanto, la tropa quería tumbar la puerta de la taberna. Habían desistido de golpear la de la entrada a la casa, por el otro lado.

Antes de salir, miré en torno al bar; comprobé que no hubiese algún rastro delator y me dispuse a abrirle a los patrulleros. El Conde le reclamaba a Blanca, a medio volumen, por los parlantes del equipo de sonido, aún con ganas de continuar la rumba.

La ley entró atropellando. Eran dos locos, de los que andan en moto.

—¿Por qué demoraron tanto? —preguntó uno de ellos mientras se paseaba.

Con tres zancadas recorrió el bar. El otro no nos miró; caminó con parsimonia, deteniéndose ante cada mesa.

Percibí que este tomo quería atemorizar. Mientras tanto les expliqué:

—Hace rato cerramos; ya son las tres y media de la madrugada... Estábamos haciendo el balance de la noche y...

—¿Por dónde se metieron para ir por el otro lado? —me interrumpió el acelerado. Al tiempo, se fijó en la puerta trasera—. ¡Abran esa puerta! —ordenó en tono intimidante

—No puedo. Esa puerta conduce a mi casa y ese no es lugar público.

—Sí lo parece —dudó el sabueso calmado que pretendía infundir miedo.

—¿Por qué? —me hice el loco.

—Aquí había por lo menos doce personas. ¿No saben que hace hora y media debieron apagar? Están violando la ley.

—No hay nadie más fuera de los dos —dije, con serenidad.

—¿Y estos cigarros encendidos? —los contó en nuestras narices: ocho. ¡Mierda!; todavía humeaban.

Silencio.

El sabueso siguió destrozando mis argucias:

—Estas jarras de cerveza están heladas. Estos cabrones mienten.

Eddie permanecía callado, como si le fuera a dar la gruñona.

El acelerado se tomó media jarrada de cerveza, sin respirar.

—¡Ah, que sed! —resopló.

El calmado cogió una caja de fósforos y jugó con ella entre los dedos. Era la misma donde el Chalo había metido la perica.

El astuto caminó hacia mí, tiró con una mano la caja de fósforos delatores al aire y la capturó hábilmente con la otra.

—Hay copas llenas de aguardiente —descubrió.

Eddie terció:

—Se fueron sin tomarlas.

Conservé el aplomo, aun por encima de mi colinera.

—Los clientes no se van sin el trago; tal vez uno que otro, y no olvidan media de aguardiente —recalcó el sabueso. Alzó una caneca de blanco del Valle y la mostró triunfante.

No obstante, mi amigo replicó:

—Esa media de aguardiente es nuestra.

—Desde afuera escuchamos gente riéndose —rezongó el acelerado.

—Éramos nosotros, ¿quién más? —aseguré con frescura.

El tomo tenebroso, jugando con la caja de fósforos, nos sentenció:

—Hoy ganan ustedes. Cuídense. Les va a pesar —y le ordenó al otro salir.

Fui a abrirles la puerta. El poli se metió la caja de fósforos en el bolsillo.

—Por favor devuélvame los fósforos, no tengo más —le pedí.

El astuto me miró amenazante, esbozó una mueca irónica y los tiró al piso.

—Volveremos.

Los tombos salieron. Eddie caminó hacia la puerta; entretanto, los dos motorizados se alejaban en su estruendosa moto.

—Par de hijueputas —musitó mi amigo.

Tomé la caja de fósforos y la guardé en el bolsillo de la camisa. Cerramos el bar

—Otra vez el marica del Chalo. Con esto nos hubieran jodido —comentó Eddie.

Caminamos hacia el laberinto de habitaciones de la casona donde vivo cual minotauro. No faltan amigos des-

pués de cerrar, en muchas ocasiones durante varios días y noches continuas.

A medida que avanzábamos un olor familiar nos condujo al cuarto donde los amigos y conocidos remataban la rumba.

—Apaguen eso —mandé, enojado.

El loco Raúl me obedeció.

—Esa maricada huele a kilómetros —insistí.

—Volvamos al bar —sugirió Chalo.

Me adelanté y le pasé los fósforos.

—Ay, jueputa; creí que los tenía aquí —exclamó el renegado del Chalo.

—No nos movamos de aquí, hermanito, traiga música y estamos hechos —me propuso Víctor.

—Seguro —afirmó un conocido de conocidos nuestros, o sea, un desconocido.

En ese momento conté cuántos éramos: once colinos. Casi adivina el tombo.

—¿Qué pasó con la tropa? —preguntó Grégory.

—¿Los transaste? —interrogó Vicky.

—Apuesto a que el hijueputa los bravió —afirmó Aydé.

—O se burló de ellos —repuso Amparo (o Desamparo, mejor).

—Déjenlo hablar —pidió un desconocido.

Raúl se anticipó; hizo un ademán para silenciarlos. Luego, exhibiendo sus facultades de mimo teatrero —aparte de ser poeta; pronto publicarían su primer libro—, nos agrupó hacia un costado de la habitación; me condujo ante el grupo; se inclinó a manera de reverencia, llevó las manos a la cabeza y con los dedos encrespó y levantó su pelo en los costados, cerca de las sienes, simulando dos cuernos,

se retorció el bigote y alargó su chivera en punta, estiró las cejas babeándolas y las arqueó, agrandó los ojos, hizo los ademanes de un maestro de ceremonias y anunció:

—Señoras y señores: aquí tenemos al protagonista de esta historia quien nos contará sus peripecias para salvar el pellejo y la reputación de sus amigos ante el asalto repentino de los representantes del orden.

Después de una venia me cedió la palabra.

Mostré un gesto de desinterés. Raúl me amenazó con un tridente imaginario que dibujó en el aire con perfección. Eddie se apresuró a contestar.

—Les mamó gallo a los tombos.

El loco Raúl lo miró con reproche.

—La cagó el güevón; ahora se la montan —advirtió Vicky.

Eddie les contó. Después de su narración hubo controversia, recriminaciones para Chalo, risas para un caso y otro, insultos de aprecio para mí y de desprecio por la patrulla. Alcancé a escuchar que le exigían al Eddie, entre pase y trago, que repitiera el cuento y me aparté de ellos.

Al rato regresé trayendo una grabadora y casetes. Mi presencia desordenó más al grupo. Les dije que olvidaran el asunto y se ocuparan de ellos, de la música. Solicité un toque de perica y me cayeron con ella. Aspiré profundo, por ambas fosas, sin ceremonias, de rapidez; al terminar exclamé, apretando la garganta:

—Esos hijueputas no merecen nuestra atención.

Tomé un casete al azar y lo introduje en la grabadora... En la escuela de rumberos soy la ley, repicó el Pete “Conde” Rodríguez.

Nos animamos con el tema y lo cantamos a coro. Nos pusimos a bailar y nos subimos al sonido celestial de las trompetas y del coro que acompaña al Conde... Yo no sé cómo lo miren, cómo lo quieran mirar, yo soy el Conde señores y lo mío es inspirar; soy la ley, soy la ley (repite el coro), en la escuela de rumberos soy la ley... Soy la ley... Soy la ley...

Sonábamos la clave con las palmas de las manos, al tiempo que zapateábamos; hice una demostración de baile; no sé si soy el mejor o si haya otro bailarín igual, pero yo soy la ley, en la escuela de rumberos soy la ley. A una fiesta de rumberos me invitaron a bailar, y allí pude comprobar que soy el mejor sonero... Soy la ley, soy la ley; en la escuela de rumberos soy la ley... Finalicé con un giro simulando el remate de las trompetas, ante lo cual celebramos ruidosamente.

Sentados en el suelo, en cojines, en una banca, tirados en un colchón olvidado, conformamos un círculo. El loco Raúl propuso que encendiéramos una hoguera. La rapidez del hombre para armar un gran cigarro de surungo nos aclaró la propuesta. Lo prendió y después de tres chupadas a fondo lo rodó.

Sí, la hoguera se había encendido desde el comienzo de la noche, ahora era llama viva y las sombras se proyectaban en la caverna; yo, una de ellas, guardaba la memoria de los tiempos.

A los pocos días publicaron el libro de Raúl. Me negué a hacer el lanzamiento en el bar. No me gusta la farándula, y aunque respeto la poesía de Raúl, era evidente que no apoyaría.

—¿Raúl está de acuerdo? —cuestioné.

Me explicaron que él no sabía nada, era iniciativa de ellos; si vos no aceptás, me dijeron, conseguiremos otro bar; en el Chuzo de Rafa, por ejemplo, o en la Bodeguita del Medio.

—Me importa un culo —contesté—. De todas formas, vendrán a dar aquí, pasada la media noche, después del ridículo.

La rumba pretendía ser un homenaje al loco Raúl, a quien conocimos alguna noche y desde entonces venía y huía a su antojo. Nunca supimos de su vida; lo que las noches de rumba en su compañía nos han obsequiado.

El lanzamiento fue el martes en el Chuzo de Rafa, al que el autor no fue. Nadie dio razón de él. Me contaron que leyeron sus poemas en voz alta, aplaudieron algunos y maldijeron a Raúl por no haber ido.

A las tres de la madrugada tocaron la clave en la puerta de la casa. Había cerrado el bar y no vieron luz a través de los extractores de aire. Fue mi excusa para liberarme de Lucía, quien me tenía en problemas por mi colinera. Me alisté, me despedí de ella y acudí al llamado.

—Vámonos de aquí, que estoy en líos con Lucía —les dije mientras cerraba la puerta.

Cuando nos retirábamos llegaron los dos locos motorizados de la otra noche, en su moto potente que rugía embalada. Se bajaron tan rápidamente que no alcanzamos a dispersarnos. Como en un asalto de mercenarios norteamericanos desenfundaron sus armas y apuntaron hacia arriba; se separaron para ubicarse a lado y lado del combo; éramos ocho o nueve.

—¡Quietos, hijueputas! —gritó el uno.

—¡Contra la pared! —ordenó el otro.

Me volteé contra el muro.

Vicky se negó:

—Soy abogada, y no permito una requisa.

—Me importa un culo —amenazó el toambo acelerado.

—Déjemela a mí —exigió el sabueso.

Nadie más protestó; tremenda raquetiada; pillaron a tres con perica. El astuto se le acercó a Vicky y enseñándole victorioso las bolsitas pecaminosas, se burló:

—Veamos, abogada, ¿qué dice de esto?

Vicky calló.

El otro se me acercó y en tono de amenazante burla me desafió:

—Veamos cómo vas a salir de esta, maricón.

Luego sacó la radio portátil y pidió comunicarse con su capitán.

Víctor entró a conciliar.

—No es necesario, caballeros —fingió una voz amable.

—¿Otro abogado? —ironizó el acelerado.

—Soy profesor universitario —musitó Víctor.

—¿Y no le da vergüenza? —lo acusó el sabueso.

—Sí, mucha, pero es el único trabajo donde me soportan —se burló Víctor, frescamente.

Reímos.

—¡A burlarse de sus madres! —tronó el sabueso—. Llame a la estación—lo apuró a su compañero—; que envíen una patrulla.

El toambo acelerado se apartó y se comunicó con el capitán.

—No demora la patrulla. Se van a joder. Especialmente usted, el genio del mamagallismo. Con esto que les decomisamos les metemos cinco años por lo menos —me sentenció.

Opté por callarme.

—No señor —replicó Vicky—. La ley consagra una dosis personal de un gramo.

—Me importa un culo esa ley. Nosotros somos la ley que vale; si hay otra ley les va a ir muy mal mientras se ve cuál de las dos leyes se impone.

Eso lo sabíamos; Vicky les había tirado el lance para ver si comían cuento, porque en la calle y en la noche no sirven argumentos; te pescan y punto, a transar. Íbamos por mal camino, alejándonos de un arreglo.

Para nuestra fortuna, Luzaida asumió la negociación, medio prendida por el guaro, y tras un tire y afloje transó a los tombo. Luego de reunir el dinero con lo que cada uno aportó, Luzaida le entregó el billete al astuto.

—Piérdanse —nos intimidó.

Encendieron la moto; antes de que arrancaran el Chalo se les acercó:

—Devuélvannos el perico.

—Eso les cuesta más billete —exigió el tombo loco.

—¿Cuánto? —intervino Víctor.

—Cada gramo a... —definió el astuto. Otra cifra descarada.

—¡No joda! —exclamó Víctor—. Les doy... —una cifra razonable.

—Hecho.

Les dio el billete. Ese perico valía mucho más; pura escama de pescado. Inconsegible a esa hora.

Antes de arrancar, el tombo sereno me encaró:

—Ya vamos progresando; pero esto no termina todavía.

Y partieron, con el rugir de la moto.

—Movámonos de aquí, antes de que venga la patrulla —aconsejó Amparo (o Desamparo, le decimos).

—No seas ingenua —la regañó el Chalo—; nunca los llamaron.

—De todas formas, vámonos.

—¿A dónde? —preguntaron algunos.

—Los invito a mi apartamento —ofreció Vicky.

—¡Listo! —aprobamos.

Fuimos al parqueadero y nos distribuimos entre los carros disponibles, para recuperar la noche. Salimos con la música a alto volumen. Un trago y un pase de perico iniciaron otra larga travesía hacia nuestras vidas.

El viernes siguiente, tras dos días de rumba corrida, abrimos el bar. No había un alma más. Quien cruza la puerta ingresa a otra dimensión de la vida, aunque el bar es pequeño. Lo había inaugurado unos meses atrás y desde entonces rumbeábamos día y noche.

La taberna se había convertido en un problema para los empleos de quienes los tenían; algunos, en medio de la rumba, atendían sus asuntos de oficina.

Johnny, el hombre que nos provee la mejor coqueín de la ciudad, del mundo, vino temprano. Es un muchacho todavía, vestido sin ostentación. Arriba temprano los viernes con la merca y se toma unos rones con su mujercita; luego se va a atender otros negocios.

—Si no me paga pronto no le merco más —me advirtió.

Nos estamos bebiendo el bar. Yo les hago vales de licor y coqueín, que no todos pagan a tiempo. Por lo regular no hay fondos para las provisiones. He resuelto el lío con crédito. A veces, ya van muchas veces, le pedimos al cliente por

adelantado y corremos al estanco más cercano a comprar el licor de su preferencia. Aun cuando les he repetido que no monté el bar por negocio ni para conseguir plata sino por rumba con los amigos, sabemos que esto no va a durar mucho; se quiebra o nos quiebra o nos morimos de pura rumba. Lo que dure; no importa cuánto. Cuando haya que cerrarlo lo hacemos y adiós, changó; montamos la rumba en otra parte.

Cuando les tiré Un día bonito, de Eddie Palmieri, con el magistral Lalo Rodríguez, sentí un presagio de rumba dura. Incluso la introducción del piano del viejo Eddie, larguísimo por cierto —dura más de seis minutos—, la gozaron algunos desde sus mesas; otros, en el espacio donde se baila, que en verdad no es pista sino la distancia entre las mesas. Con ese dato me emocioné. ¡Imagínense! Rumbearse el prelude de Un día bonito.

Terminó el tema de Palmieri y mientras ubicaba otro disco me preguntaron:

—¿Ha vuelto a joder la tropa?

—Todas las noches.

—¿Están cumpliendo la amenaza del toambo?

—No les he dado ni un peso.

—Eso es un error. Hay que negociar con ellos —dudó Luzaida.

—Ya lo sé. (Puse un tema de Richie).

—Entonces, ¿por qué querés mamarles gallo? —recalcó Aydé.

—Porque me da la puta gana. Es un juego.

—¿Qué te han dicho estas noches? —(Grégory).

—Han exigido licencias y cosas de esas.

—Esto se volvió personal. Acordate que esos toambos son peligrosos —(Luzaida).

—Personal es la vida; y peligrosa también. No me jodan con eso; ¿qué van a tomar?

Irumpieron las trompetas de Chaparro y Ray Maldonado, el hermano de Richie, con Vive feliz, un viejo bolero que el Richie transformó en Salsa.

El resto fue rumba durante unas dos horas. Después de la media noche nos violentó la tropa.

Fue impresionante el operativo: Entraron empujando a la gente, con las metralletas en alto. De primerazo no reconocimos a ningún poli. Un tomo alto, fornido, aindiado, mandó a apagar la música y prender las luces; los aguanté. Entraron más policías, cerca de diez o más. Se ubicaron estratégicamente. El tomo mayor se dirigió a mí:

—¿No escuchaste, hijueputa? ¡Apagá eso!

No tuve más remedio que silenciar las notas melodiosas de Mi debilidad, dime por qué tú eres mi débil debilidad; tú siempre serás mi debilidad... Huía la voz de Ismael Quintana a medida que disminuía el volumen, para simular que el disco terminaba naturalmente y no por presiones ajenas. Se prendieron las luces; un tomo bajito, con casco protector, me señaló:

—Este es el individuo, mi capitán.

Ahí sí lo reconocimos: era el loco acelerado de noches anteriores. Al astuto no lo identificamos.

—Vamos a cerrarle el negocio —afirmó el capitán.

—No les compete —protesté.

—Ah, ¿no? ¿Quién me lo va a impedir? Páseme los papeles del negocio. Y ustedes —volteó hacia los clientes— muestren sus identificaciones; el que no la tenga me lo montan a la patrulla.

—¿Cómo? —repliqué—. A nadie arrestan por eso.

—Ah, ¿no? —hizo una mueca el capitán—. ¿Quién se va a entrometer?

Era pelea perdida. Nuestra única identificación era la rumba; no había caso.

—Dejen ir a los clientes —solicité.

—Ni por el putas. ¿No quiere mostrar los papeles del bar? Súbanlo al carro por desacato a la autoridad.

Más se demoró en decir esto el capitán que el acelerado en entrar a la barra y cogerme del brazo.

Entretanto, los demás policías requisaban a los clientes; algunas mujeres no cargaban la cédula; otros, sin libreta militar; menos mal que a nadie sorprendieron con vicio. La gente que va al bar es de dudosa calaña: profesionales en su mayoría; vestidos “decentemente”; las mujeres son de “buenos modales”; muchos se dedican al arte; la pintura, la poesía, el teatro y la literatura en general, es lo más común; también los cinéfilos; entre sociólogos, abogados, administradores de empresas y economistas, se distribuyen los bailadores, hay quienes no tienen ni arte ni... pero tienen la rumba en el alma, y ese título es suficiente. La tropa quería joderme y cualquier pretexto era válido. Quien se atreviese a cuestionar sería arrestado por irrespeto a la autoridad.

—Llévenselo: por desatender a la autoridad —repitió esta sentencia por lo menos diez veces.

El tomo mayor ordenó abrir la puerta que comunica con la casa. Le objeté que esa era mi vivienda, por lo que necesitaba una orden de allanamiento, lo cual lo emputó.

—¿Conque muy sabiondo, no? Échenlo al carro.

Habían traído una camioneta llena de policías y ahora la ocupaban con la clientela del bar. Ahí caímos con Aydé, Gregory, Luzaida, Chalo, —el Víctor no había ido esa noche

y Eddie viajó a otra ciudad; y del paradero de Amparo (o Desamparo) no teníamos la menor idea— y siete clientes, cinco hombres y dos mujeres; uno de ellos se solidarizó con su amiga que no portaba cédula; el Raúl llevaba días perdido, qué buena suerte la de nosotros, con el loco el asunto se hubiera complicado. Cerré el negocio. Nos empacaron en la camioneta, custodiados por varios policías; los clientes con los papeles en regla se pararon en el andén para despedirnos. El que proteste me lo llevo, amenazaba el capitán a los clientes. Ya casi nos íbamos y la gente no se manifestaba. Alguien comenzó a palmotear la clave. Justamente lo que deseábamos. Miramos por las ventanillas del carro y vimos que los demás se unían al palmoteo; tal vez veinte palmas chocaban entre sí: plaplapla, plapla; plaplapla, plapla... El capitán se emberracó; los polis en el andén los amenazaron, pero los compas le dieron con más fuerza a la clave. Alguien tocó una campana, de las que llevan al bar para gozar la música, y la clave cobró una vida inusitada. Los tombos de la acera se hicieron los locos; desde la patrulla adiviné la sonrisa en uno de ellos, a escondidas, claro. El capitán dio la orden de partir y la clave arremetió.

Cuando volteamos la esquina vimos que algunos compas corrían detrás del carro, gritando y gesticulando; alcanzamos a escuchar una voz de aliento:

—¡Adiós, malparidos!

Nos reímos. El capitán pregonaba:

—Les va a ir muy mal, güevones.

Callamos nuestras risas, y en silencio nos alistamos para enfrentar la larga noche, con ausencia de guaguancó.

Hacia las tres de la madrugada llegó Raquel. Alguien le había avisado y sin pensarlo vino a auxiliarnos. Raquel es especialista en derecho laboral; sin embargo, se ha visto obligada a ejercer el civil; por asesorar a sindicatos de trabajadores la han amenazado de muerte. Ahora atiende casos como el nuestro y muy pronto ni esto le permitirán; tal vez se vaya a trabajar de empleada de una empresa, ¡qué horror!, donde al menos no tenga la muerte al acecho. Bueno, la parca vigila, pero cuando un imbécil siniestro aprieta el gatillo, obedeciendo el mandato de su amo, el asunto no es tan existencial que digamos.

El título no le alcanzó a Raquel para liberarnos de la estación de policía. Los cargos eran irrespeto a la autoridad, ausencia de identificación y escándalo en vía pública. De ser por el segundo cargo tendrían que encerrar a casi toda la población. La intención del capitán era retenernos tres días.

Nos habían tirado a un patio, a cielo abierto, donde nos sentamos en círculo a conversar, inicialmente; luego dos patanes uniformados nos dispersaron, por conjeturar que éramos una asociación peligrosa. Al menos la noche tropical avanzaba con una brisa refrescante. Nos habíamos pasmado por la falta de aguardiente; ninguno, casualmente, portaba vicio, lo cual fue un punto a nuestro favor.

Cuando arribamos a la estación nos sacaron a empujones de la patrulla. Una mujer policía, robusta, se encargó de las mujeres; el fornido capitán llamó al tomo raso y lo comisionó para apersonarse de estos maricas. A empellones nos metieron en un calabozo; nos desvistieron uno por uno y esculcaron la ropa minuciosamente; después, al patio carajo y ojalá llueva esta noche para que se mojen estos malparidos;

cuando nos reunimos en el patio las mujeres nos contaron que lo mismo había acontecido con ellas.

Más tarde trajeron al patio a un delincuente joven; lo desnudaron y lo esposaron contra las rejas de seguridad de una ventana de las oficinas que daba al patio, con las manos arriba, casi colgando. Por turnos los tombos que se asomaban al patio lo pateaban, le propinaban puñetazos en las costillas, en la espalda, en el estómago, en la cara, en cualquier parte. Los golpes sonaban secos; el hombre no emitía queja; era delgado y de estatura mediana. Mientras lo golpeaban lo insultaban y se justificaban acusándolo de ladrón y atracador; para que aprendás hijueputa a no seguir robando. En algún momento el muchacho le gritó a su esbirro de turno: ¡Mejor máteme!; no era una súplica: en su tono había una amenaza.

Nosotros, aún sentados en círculo, mirábamos indignados.

—¿Nos vamos a cruzar de brazos? —preguntó Chalo.

—No veo qué hacer —conjeturó Aydé.

—Nos iría peor —sentenció Grégory.

—No importa —objetó el renegado del Chalo—; no hay que temerles a estos cerdos.

—Esos cerdos tienen la autoridad —afirmó Luzaida.

—Hay que hacer algo —volvió Chalo.

Propusieron dialogar con el capitán para que no golpearan más al hombre, por ejemplo.

—¿Rogar? Eso no sirve —afirmé.

Aydé se ofreció, a regañadientes, para ejecutar la propuesta general.

La acompañé donde el capitán. Lo solicitamos a través del portón enrejado que separaba el patio del corredor

principal. Al cuarto de hora vino el capitán, cogió del brazo a Aydé y la apartó de mí.

Cuando regresamos al grupo, Aydé traía un gesto de preocupación.

—Lo que tiene una que hacer por los malparidos amigos —y nos fuimos tras ella.

—¿Qué pasó? —preguntó Luzaida.

—El capitán autorizó recluir al hombre en un calabozo.

—Claro —dijo Chalo—. Para cascarlo donde nadie lo vea.

—Aydé le gustó al capitán —comenté.

—¿Te lo pidió? —(Luzaida)

—Uy!, entonces vamos a salir rápido —satirizó Grégory.

—No sea hijueputa —(Aydé).

—Aprovechemos la situación —(Aydé).

Los clientes que habían caído con nosotros permanecían en silencio.

—¿Cómo? —(yo).

—Culpándolo de acoso sexual —(Aydé).

—¿Ante quién? ¿Ante tu madre? —(Chalo).

Soltamos la carcajada.

—No sean estúpidos —nos regañó Aydé—. Consultaremos con Vicky o Raquel, o con algún amigo especialista en estos asuntos.

—Aun así, habrá que hacerlo cuando salgamos —recomendó Luzaida—. Aquí adentro sería peor para nosotros.

Fue entonces cuando nos separaron. Otro poli acelerado nos disgregó a punta de impropiedades; nos situaron en puntos distantes, en el patio.

Hacia las tres de la madrugada arribó Raquel, había dicho, y a nosotros se nos iluminó la noche. No obstante, su

gestión fue inútil ante el inflexible capitán, quien para ese momento debía de estar soñando con las piernas de Aydé. Raquel vino a mostrarnos su respaldo. En más de una ocasión había sido la salvación. A mí, por ejemplo, me sacó dos veces de los calabozos: una, por insulto a la autoridad; otra, por lo mismo más posesión de coqueín. Al loco Raúl lo salvó de una tortura inminente. Lo había detenido el ejército en una redada y el loco armó un discurso de guerrillero que le costó treinta días encerrado y a Raquel una pelea fuerte de derechos humanos. Raúl fue liberado, no sin antes jurar que a la menor oportunidad compondría un discurso más efectivo.

A propósito del loco Raúl, hacía más de una semana que no lo veíamos; creo que a estas alturas ignoraba lo de su libro: probablemente ni siquiera lo habría visto porque la publicación no fue idea suya. Algunos han dicho que se fue Pance arriba, por el Pato, a retiro espiritual, ¡ja!, si el loco vive espiritualmente apartado. Mínimo está fortaleciendo su espíritu con hongos o con peyote. En cualquier caso, mejor que el loco no fuese protagonista de este despiole en la estación de policía.

Raquel prometió regresar en la mañana, temprano, con una orden de un juez amigo, a lo cual no se opondría el guapo del capitán.

Efectivamente, Raquel fue decisiva para salvarnos del suplicio de otra noche en vela, acostados en el frío cemento, con una sed impresionante y sin una gota de agua. Después de las advertencias de rigor, el capitán le ordenó a un tomo sacar de aquí a estos güevones y a estas mujerzuelas.

Antes de parar un taxi y de despedirnos vimos a Raquel. Le relatamos los hechos.

Me dirigí a los clientes del bar:

—Esta memorable noche fue cortesía de la casa. Adiós y ojalá vuelvan.

En la noche, reabrimos el bar. La poli no nos visitó. Había poca gente; tres o cuatro, incluyéndome. Cerramos temprano. Nos venció el cansancio de la noche anterior.

El martes siguiente nos encontramos en el bar, con ánimos suficientes para una larga semana de rumba. Con el bar solitario suelo combinar la Salsa con rock pesado, del viejo: un Led Zeppelin se me enreda de vez en cuando o la nostalgia de los Beatles y de los Rolling Stones; de pronto baladas viejas de Aznavour o Piero o un bolero de Manzanero, esta tarde vi llover y no estabas tú; un tema de Barbieri o de Thelonius, tal vez el piano de Evans: en fin, algo sencillo, algo movido, levántate men y ponte duro que viene una descarga y cantemos a coro o bailemos a solas que la noche es propicia; mucho mejor sin la tropa. Ahora ha entrado el loquillo de la sexta; el artesano de pelo largo; par aretes en las orejas, uno en la nariz; el hombre es el único de su especie que ha encajado en el combo del bar; ¿cómo se llama? El mechudo ha depositado su mercancía en una de las mesas; antes de saludar baila, invitándonos a reír un poco, que esta risa a nadie le ha de molestar, a la tomba sí, loco loquero, loco loquero, loco, loco, loco, loco... Y entra el piano a conversar; el Aristides, ¡ah!, ya me acordé del nombre, brinca y se sacude, pobrecito, no baila un comino; lo del hombre es encolinarse y moverse como epiléptico, saltando como simio; nosotros, en cambio, somos los elegantes del baile; aquí el que baila gana; el disco termina; Lavoe se marcha y Aristides viene hacia nosotros; lo aplaudimos; un apretón de manos; le ofrezco aguardiente; el loquillo lo

rechaza, una cerveza sería mejor, bien fría; se la damos; de una se la bebe toda, y en esas entra triunfalmente... ¡Quién iba a imaginárselo!: el loco Raúl. Va al centro del bar, con tres o cuatro pasos lo logra, hace una reverencia, aprovecha nuestra expresión complaciente; los gestos cambian al recordar que los plantó en el lanzamiento de su libro. Yo, al contrario, lo felicitaré por no haber asistido a ese circo de la mutua alabanza, que caracteriza a los lanzamientos o cocteles o inauguraciones. Raúl se ha aproximado a la barra, esta noche viste más desaliñado que nunca, la barba y el pelo en desorden, saluda primero al loquillo; luego rinde sus respetos al cacique, gran jefe Pluma Tenaz, como me llama. En la semana nos habíamos enterado: Raúl no andaba de ermitaño, Pance arriba; no señor; el loco se desplomó en una calle cualquiera, una de esas noches inciertas; cualquiera lo recogió y lo llevó al hospital; intoxicación total: licor, perica, bareta... Su poesía está impregnada de eso; no obstante, no existe un verso de resentimiento, el odio no se adivina, ni siquiera la ironía contra lo que detestamos; para qué, dice Raúl y eso lo comprendemos. Su vida es el desprecio absoluto, sus versos son un canto de amor, locura y vida: el mismo asunto; sus frases son inconexas; juega con las imágenes que golpean al lector sin compasión. Sus palabras, sencillas y dislocadas; me recuerda el lejano Rock, por aquellos días de pelo largo y caminar jorobado, flacos en extremo; pepisos y baretiados; chicas de pelo corto y yines ajustados; no entendíamos las letras de las canciones, ni nos interesaban. La música y los cantantes nos sugerían lo suficiente para inventarnos una letra; y cuando las lográbamos en español, en alguna revista, las entendíamos menos; así son las de Raúl; como ahora que no le captamos: la noche y la sombra, dijo; hizo una pausa,

miró alrededor, levantando la vista, después agitó los brazos como si espantara alimañas... Espejo sombrío, exclamó; soportó siete días hospitalizado; los esbirros, contó, curaban su culpa en mis costillas; se había volado y otra vez en la vía; traía las manos moradas por el suero intravenoso. Le contamos lo de la tropa, mensajeros de la destrucción, dijo; ojalá no vengan esta noche, hay que dejar que la noche avance...

Cerramos el bar y nos instalamos en la casa; ese inmenso laberinto donde no hay hilo conductor, el que entra se pierde; otra vez, cavernícolas en torno al fuego; adictos a la nada, habitantes del crepúsculo, moradores de lo incierto, amantes del hastío, filósofos del agite... La colinera se erguía desafiante y nos sometía a su imperio; después... Después vendrán los días en que redimiremos nuestra culpa, trabajando bonito, comportándonos como la sociedad manda, para luego lavar en la noche la culpa de haber sido buenos, y vuelve la rueda a girar, a andar el camino entre el suicidio y la nada, en el irremediable desamparo —¿dónde estará Amparo?—.

Empatamos con el día del miércoles y luego con su noche; nos sorprendió la mañana de jueves encerrados en mi laberinto, tapando las hendijas para que no se colara la luz; ¡cuidado! Cuando la luz del día toca a los vampiros los pulveriza. Y la tarde del jueves y esa noche; el viernes, su día y su noche de encuentros y desencuentros. Desde el martes tirando vicio, sin dormir, sin parar; menos Raúl, de quien no nos dimos cuenta a qué hora ni qué día se fue, y menos en qué estado; bueno, esto es de suponerlo. Ahí estábamos el viernes en la noche, orquestando la rumba; tirando los pases muy medidos ya; sin ánimos de bailar; yo me siento,

escucho y de vez en cuando les cruzo una frase para moverles el piso y agitar la conversación. He comisionado al Héctor para la música, al Néstor de las mesas y a Alba Lucía para las cuentas, toda una familia; si viene la tropa, recomiendo, denles lo que deseen; esta noche me importa un culo.

Anoche arrimaron al bar los dos tombos, el loco y el astuto, anunciándonos que por orden del capitán no nos iban a molestar por un tiempo, incluso se tomaron unas cervezas. En fin, es viernes y el Héctor es un tenaz con la música. En el baile es un duro. La gente va llegando, la barra es lo primero que se ocupa; por lo pequeño del bar no tarda en colmarse. Detrás de la barra el Héctor baila, simula tocar los cueros, las maracas, la trompeta, el piano...; lo mismo hace cada cual en su mesa y en el baile. Quien traspasa la puerta mágica del bar saluda a la gente; los abrazos se repiten, los besos abundan; ¡hola Vicky!, hace días que no la veíamos; vamos hacia ella. Vicky es la rumbera mayor; ¡ay, negra!, si tú supieras que anoche te vi pasar, canta Lavoe y la gente se tira a bailar, ni para qué seguir contando; ahora el baile manda; sóngoro cosongo de mamey, sóngoro la Vicky baila bien; ¿quién falta? ¿Estamos completos? Ni un cadáver está completo. Todavía no llega Aydé. ¿Dónde estará Raúl? Reseñaron su libro esta semana en un periódico local; el crítico de turno lo alabó, sin aproximarse a lo que es la poesía del loco. Ahora suena Congo bongo, de Fania, con Barretto y Mongo, congo bongo. Héctor se olvidó de la barra y se ha lanzado a bailar con frenesí, los demás observan; la descarga entra con fuerza, nadie se atreve a seguirla, él es el único, con los pies, los hombros, el cuerpo entero, mejor dicho: con el alma; alguien trajo la clave y la suena, los demás lo respaldan con las palmas, otros le dan con las manos a las mesas, como si

fueran Barretto y Mongo. Héctor nos impresiona con su agite, no sé de dónde saca tanta energía y tan variados pasos; otro giro, un pequeño brinco elegante, lo aplaudimos. Lo miro con una sonrisa de satisfacción; el Héctor avanza por el centro del bar mientras ejecuta un paso magistral; una de las clientas nuevas le sale al encuentro y lo sigue en el baile, tremenda mulata. Héctor ni la mira, ni siquiera la percibe, la hembra no resiste un minuto, se sienta, extenuada, luego se anima el Chalo, otro buen bailaror, ejecuta uno o dos pasos salseros excelentes y arranca aplausos. Héctor sigue mirando hacia abajo, con los ojos medio cerrados, o mejor: mirando hacia sus adentros, sin ver más que sus pasos. Cuando crece la descarga Chalo se retira, nadie emula al Héctor, ni siquiera yo, quien lo intente es hombre muerto. Barretto y Mongo se trenzan en una disputa de cueros que supera el paroxismo, mientras el coro repite: con Barretto y Mongo, congo bongo; entretanto, en el Yankee Stadium, la multitud enloquece; se lanzan al escenario, rompen las mallas, la policía es incapaz de contenerlos, los cueros son imparables. Pacheco quiere frenar la orquesta, pero Barretto y Mongo mandan ahora; Héctor es tan veloz con sus piernas como las manos de los dos duros contra los cueros; nos hemos situado a su alrededor, acompañándolo con las palmas, subiéndonos a su rumba; sonrío y palmoteo, la descarga va a finalizar, lo presentimos, ya casi van a decir: “Ok amigos, se acabó: se acabó el concierto”, imagínense, culminar el concierto cuando apenas empieza. Pacheco no quiere arriesgarse, hay heridos, atropellados por doquier, los músicos se niegan a terminar; la tropa ha invadido el escenario, obligándolos. Pacheco levanta los brazos, va a dar la señal; las trompetas entran anunciando el final, es la única manera de indicarles

a Barretto y a Mongo que paren. Héctor no quiere hacerlo, las trompetas mandan, el resto de la orquesta comienza a diluirse. Héctor hace dos giros precisos en consonancia con la música; Pacheco mira al Héctor y le suplica que no más, que la gente los asedia, que si él no se detiene, ni Barretto ni Mongo, habrá una tragedia. A Héctor le importa un culo, la tragedia ya está con nosotros, con el mundo, con la multitud que destroza el escenario y abraza a los músicos, a Héctor cuando la descarga finaliza, ok, amigos, se acabó, se acabó el concierto; la multitud se abalanza sobre el Héctor, lo alza en hombros y nosotros lo aplaudimos y lo abrazamos; las mujeres le dan besos, Héctor despierta, baja del encarrete, y a la rumba ya no la detiene nadie; esta noche, lo presiento, cruzaremos el abismo.

Héctor se retira, entra a la barra y elige otro tema que no baje el nivel; los rumberos se van acomodando en sus mesas... Es entonces cuando veo a Aydé, en medio del concierto de Héctor; voy a saludarla y a abrazarla. Luego voy a la barra, converso con el Héctor y regreso a la mesa. En esas arrima un man grandote, aindiado, con camisa tropical y zapatos blancos, y en medio de mi colinera reconozco ial bruto del capitán!; sin saber cómo diablos lo hizo, el hombre trae una butaca y se sienta justo al lado de Aydé. Nos cabreamos. Yo me emputo, tú te emputas, él se emputa, nosotros nos emputamos, ¿vosotros no os emputáis? Así se lo hago saber al toambo mayor; el malparido se fresquea, le susurra al oído a Aydé, sabrá el putas qué le dice, alguien le pregunta quién es usted, ¿cómo dijo que se llamaba? ¿Francisco qué? Y de repente unas trompetas celestiales nos rescatan de la hecatombe, son las del Ray Maldonado con Richie en el piano y Rubén en las letras, felicidad y paz en mi tierra, que yo

le canto a Borinquen la tierra que quiero yo; el Guaguancó triste nos alborota y calma, el Bobby canta y antes de que la descarga se agite le cruzo al hombre una pregunta:

—¿Le debemos llamar Francisco o capitán?

El hombre tiene el ceño fruncido, así nació, duda un instante; es decisiva su respuesta, de pronto se la montan estos locos.

—Hoy soy Francisco; la investidura no entró aquí —y mira a Aydé.

Don Pacho viene entonado, con unos guaros de más en la cabeza, y por lo que veo ha venido por Aydé. Nos tomamos una tanda de aguardiente, alguien en la mesa brinda por Héctor, nadie volverá a bailar ese tema de esa forma, ni él mismo, dice alguien, y apuramos otro trago. Todavía no interviene don Francisco, el Chalo le pregunta:

—¿Le gusta la Salsa?

—No; esa es música de locos.

—Por eso la amamos —dice el Grégory.

Vicky interviene.

—¿Qué música prefiere?

—Para las fiestas, la música cubana, y para escuchar, boleros de la vieja guardia.

¡Sorpresa! El hombre es de buen gusto; con razón la camisa tropical y los zapatos blancos.

—Nosotros somos hijos de la rumba fuerte —le digo—, de la Salsa brava.

Luego me levanto y voy a la barra, converso con Héctor y regreso. Tan pronto terminan Ricardo y Bobby, Héctor se viene con un Benny Moré que nos apasiona, pero qué bonito y sabroso bailan el mambo las mejicanas, mueven la cintura y los hombros igualito que las cubanas; don Francisco se mo-

tiva y saca a bailar a Aydé y... ¡sorpresa! El bruto baila bien, no es un bailarín, obviamente; sin embargo, se defiende; la “pista” se ocupa con danzantes, el Benny tiene gran acogida entre los rumberos.

En medio del Benny entran Eddie y el loco Raúl; ¡lo que faltaba! Aun cuando el azar equilibra el asunto, porque Eddie es un hombre fresco, aun colino respeta a la gente, rara vez se emproblema, lo suyo es la rumba y las hembras, para lo cual le favorece su aristocrático pelo gris; muchos días sin pillarlo; el loco Raúl viene tambaleándose. Abrazos para los dos, vienen a nuestra mesa, saludo bestial, butacas, no sé de dónde las traen, ¡ah!, claro, se las roban a los bailarines, después ellos harán lo mismo con otros; se acaba lo bonito y sabroso, Héctor nos contempla desde la barra tras una pausa larga con la música. Nos juntamos Eddie, Vicky, don Pacho, Aydé, Chalo, Grégory, Luzaida y yo —¿y Desamparo?—. De repente, Raúl se fija en don Pacho, lo mira con ojos extraviados; silencio... Terror. ¡Héctor, poné música!; el ruego se escucha; no obstante, antes de que suene el disco, Raúl exclama, mirando al capitán:

—La máscara de la muerte roja.

La descarga arremete, los bailarines al ruedo, don Pacho no entendió, se hizo el loco, apenas sonrió; Aydé se acomoda, Eddie me dice al oído: ¡Qué cara de tombo tiene este man! Otra ronda de aguardiente, don Pacho se entona cada vez más, Aydé no se inmuta, don Pacho se toma otro trago, nosotros medimos el guaro. Después de tantos días y noches toca, don Pacho mueve sus hombros y brazos, al compás del ritmo de lo que suene, de esa música de locos, yo repico la clave con las palmas, Aydé choca una copa con un vaso, simulando una campana, y el resto le pega a la

mesa. Don Pacho se mueve más rápido al son de los cueros, isalpica, Collazo! Aydé se levanta y arrastra al tombo, este se anima. Aydé lo suelta para bailar sola, el hombre pretende cogerle el paso, Aydé lo rodea y don Pacho ya no es el poli, goza de lo lindo, ¡Es un integrante del combo del bar!; la música termina. Don Pacho vuelve a sentarse, lo recibo con un trago doble; el hombre se lo manda entero; se arrima a Aydé; ella ni se inmuta; Chalo se emberraca con ella, Raúl está tan colino que ni cuenta se da de la escena, Eddie se va a bailar, sonrío, Vicky ni se mosquea. Don Pacho invita a bailar a Luzaida, ella acepta este gesto inusual en el bar, y don Pacho se convierte en el centro de atracción. Grégory opina que ese man no debería estar aquí y se emputa; Chalo, con un ademán, simula degollarme; hagan lo que les dé la puta gana, contesto; al rato vienen Luzaida y don Pacho a la mesa. De repente, observamos que el Chalo está destapando una bolsita de perica, así de simple; marica, andá al baño, le gritan al oído; ni por el putas, se cabrea; amplió mi sonrisa, los otros se asombran, don Pacho se percata cuando siente a Chalo aspirando a lado y lado, lo mira estupefacto, se levanta de súbito y por reflejo se lleva la mano a la cintura, Chalo no se pellizca, el hombre nos mira y vocifera que él no va a permitir eso en su presencia, Aydé le dice que la rumba está buena, que esa noche él no es policía; ¡al menos que vaya al baño!, exige el hombre. Chalo mira mi puta sonrisa, ofrece la perica, Grégory la recibe y luego de aspirar la rueda a su derecha, Aydé aleja de la mesa al hombre. Qué malparido es el Chalo, pienso, no fue al baño como es la costumbre, van a creer que esto es un antro, tendrán razón; pero con esta colirera a quién diablos le importa. A más de uno he expulsado por tirar perico en las mesas, para eso están los baños. Al rato

vuelve Aydé con don Francisco, no sé qué habrán conversado pero el hombre viene tranquilo, o eso aparenta. Aydé nos advierte; para entonces nos hemos periquiado una vez más; el Raúl se lo tiró doble y ha salido a bailar a lo zombi, flotando por las nubes, el loco no se sostiene, ¿qué pasa?, se cae, cataplum, lo ayudamos a incorporarse, el loco se exaspera, quiere seguir bailando, don Pacho reprime un gesto, me paro y transo a Raúl, soy el único a quien atiende, por loco que esté; lo convenzo e invito al Eddie. Salimos los tres del bar, entramos por la puerta que da a la casa, a mi laberinto, Raúl tartamudea, lo llevamos a rastras, lo instalamos en una de las habitaciones, el güevón pide vicio, le doy una bolsita y restos de guaro que hallo en alguna parte, el loco se alegra y se somete; nos vamos, de vuelta al bar. Cuando entramos la rumba es un acelere; don Francisco brinca, ofendiendo la descarga de Barretto, oye mi canto abacué; ahora en la mesa, el Chalo está ensimismado, señas de que se va a emproblemar. Eddie saca a bailar a una mulata, la aprieta, le da dos giros, la mira seductor, la hembra echa la cabeza para atrás y ríe; Grégory baila con su tumbao especial; a las mujeres las han raptado. Le pregunto al Chalo qué le pasa, Clarita, me dice, ojalá aparezca, la cosa no pasará de una discusión y finalmente ella con su ternura amansará al guapo y habrá menos bronca con don Pacho, quien ya está borracho, otra vez en la mesa; otra tanda de perica; el capi, muy borracho ya, es testigo de los acontecimientos, con la mirada extraviada persigue la ruta de la coquén, se estaciona en las narices; después... El resto es historia.

Otra vez en el bar, como es miércoles está solitario; somos Clarita, Chalo, Desamparo y yo. Clarita canta un

tema de Connie Francis, canta hermosísimo, no sabíamos. Tanta rumba y apenas nos damos cuenta de lo bello que canta Clarita. Entona un tema, como cantaba Connie, ¡oh!, mi tonto amor; y juntos pasar yo los veo, y pasan cerca de mí... Y mi tonto amor; ¡qué hermoso!; adiós inocencia, ya no estás para contarte que nunca fue más dulce el fruto... Conversamos de cualquier cosa, de loco-tidiano; el mundo se desangra, gota a gota o a torrentes, cadáver de un gigante que hace siglos agoniza... La Gran Amenaza Nuclear vigila el mundo y nosotros en este búnker, protegidos por los duros de la Salsa; ahora Lavoe nos regala Comedia... Es inútil que pienses en la felicidad, tiene mucho de ausencia, su existencia es fugaz... ¿Y qué pasó con el capi? Don Francisco hizo el show en el bar, se emborrachó, se lanzó a bailar, no sin antes enrostrarnos que él también era capaz; después se aceleró. Avanzada la noche entró un tomo, el sabueso, a asegurarse de que su capitán estuviese bien, y lo sorprendió en tremendo desorden. Don Francisco lo invitó a sentarse, pero el astuto no aceptó; miraba raro al capi. Al fin se fue, el capi le ordenó que no volviera más. La locuacidad del capitán no tuvo límites, él era el héroe de las noches en la ciudad; vencedor de hampones y asesinos, seductor de putas y hembras de variado calibre; Batman de Ciudad Gótica; bailarín empedernido y el capitán más berraco que ha dado la policía; nos dio un discurso sicológico y sociológico explicándonos por qué nosotros, profesionales, intelectuales, artistas y estudiados, tirábamos vicio; después, se volvió la doctora corazón dándonos consejos: “muchachos, no abusen...” Y se fue descomponiendo el hombre; yo sonreía, creo que ya me había dado el mutismo; ese estado en que las palabras se forman en el cerebro, pero no bajan a los la-

bios; algunos se esfuerzan por decirlas y por eso empiezan a cajar y creen que en verdad las pronuncian; bueno, a mí nunca me pasa eso, yo sonrío, apretando los labios. Hacia las dos de la mañana cerramos el bar; en la mesa: Grégory, Clarita —que por fin llegó—, Eddie, Vicky, Aydé, el capitán y yo; ¿y el Raúl? Mierda; se nos había olvidado el loco; lo habíamos acomodado en la casa, con suficiente vicio para que se fundiera, sin embargo, no habíamos vuelto a pasarle revista, y cuando iba a despreocuparme por él escuchamos un estruendo en la puerta que comunica al bar con la casa, y antes de reaccionar, la puertica cayó en pedazos y con ella el loco Raúl rodando por el suelo. Acudimos a auxiliarlo, sostenía aún la caneca de aguardiente, con algún resto, y entre Eddie y yo lo condujimos a la mesa. Tan pronto se sentó, descubrió al capitán, quien ya no se veía imponente, por el contrario, tenía el pelo en desorden, la camisa desabotonada y la mirada extraviada. El capitán cruzó miradas con Raúl y comenzó un recetario de consejos tal, que el loco empezó a reírse y a señalarlo, y se reía y se tiró al suelo y se revolcaba de la risa, tanto que nos miramos asustados; el capitán juzgó que había enloquecido, como nosotros; ¿apenas se da cuenta, Sherlock? Cuando íbamos a recoger al loco, este paró de improvisado y con inusitada energía se levantó, alzó un brazo mientras bamboleaba una mano en alto y la otra en el pecho, mirando a un punto infinito y con un torpe movimiento de pies comenzó su actuación. No obstante, tan pronto hacía un ademán se caía. Lo sentamos, el loco siguió riéndose y señalando al capitán... Ahora los cuatro reímos en el bar, recordando estas escenas de hace cuatro días. ¿Será que hoy viene el capitán con su tropa? ¿Cesará el hostigamiento? Hacemos apuestas. El hombre nos imploró que lo llevara-

mos a su casa, ¿quién lo lleva? El menos carecolino; el más presentable: que lo lleve Raúl, ija, ja, ja! Que se vaya solo; mejor. Lo montamos a un taxi, como a las nueve de la mañana. El hombre iba en un estado lamentable. El taxi partió y nosotros volvimos a lo nuestro. Cubrimos con trapos rojos y oscuros cualquier rendija por donde se filtrara la luz; nos arrojaron las penumbras, la música sonaba mágicamente. Raúl se fundió y nosotros nos dedicamos a filosofar mientras la coquén y el licor alborotaban las neuronas.

Ahora suena don Ángel Luis Canales... Porque la vida es un hoyo y de eso yo no tengo duda, el que lo sepa habitar se le hace menos dura, tú ves... Chalo está contento con Clarita; Desamparo anda melancólica, qué raro; y yo, sereno. He comenzado la noche suavemente. Hoy tomo vino, doce grados; para matizar nomás, vanas ilusiones, dentro de dos botellas estaremos otra vez en la vía; quítate de la vía perico, cantamos con Canales... Aaahaaaahhhhyyyy... La vida es una tómbola de decisiones, tú ves... ¿Vendrá hoy la tropa?... Es la vida... En esas entra el loquillo artesano de la sexta en una traba del putas, se nos acerca y nos suelta la bomba: ¡Mataron a Raúl!... Caja de sorpresas... Paren a Canales, paren a la tropa, paren al divino putas. Silencio. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Dónde? ¿Cuándo? Asesinado. No se sabe. Arrojaron su cadáver por la autopista a Yumbo. ¿A qué horas se fue Raúl de aquí el sábado? Pasado el mediodía. ¿Cuándo es el entierro? Ya lo deben de haber enterrado. El loco jamás cargó identificación. ¿Quién tiene identificación? A la mierda con eso. ¿Cómo te diste cuenta? Fueron unos tombos al hotelucho, porque Raúl tenía una tarjeta de allí, preguntaron por él, ya saben que yo también vivo allí, ¿no? No. En verdad no sabíamos que ustedes vivían en alguna parte. Les dije que

se llamaba Raúl y que ni apellidos ni procedencia tenía. Eso fue el lunes. ¿Y por qué no nos buscaste? Porque el lunes me rodé; la muerte del hombre me volvió flecos. Apenas ahora me acordé de venir acá. ¿Entonces no has averiguado más? No. Los tiras me dijeron que si esa noche nadie lo reclamaba en el anfiteatro lo enterrarían ayer como NN: ¡Mierda! Eso somos: NN1, NN2, NN3... Una serie infinita. Mejor bebamos en su nombre; esta noche se desordenó. Otra vez en la vía. Pongamos música. Hagámosle un homenaje a Raúl. Que suene Lavoe, me piden a coro. Ubico el tema preciso: Todo tiene su final, nada dura para siempre, tenemos que recordar que no existe eternidad... A la mierda con el capitán, con la poli, si se presentan nos emproblemamos... Eeeeehhhh... Yo te decía mamacita que todo tenía que acabar, todo tiene su final... Ahora cantamos; pongo en la barra una garrafa de aguardiente y les enseño varias bolsitas de perica; esto se putió, todo tiene su final, esta noche apenas comienza, la rueda vuelve a girar, o el mundo se detiene y somos nosotros los que giramos inexorablemente, hoy será ayer, mañana será hoy, óyelo bien, lo que te espera nadie lo puede saber, por eso yo vivo feliz, cuando canto mi bonito guaguancó...

## LA TRAGEDIA DEL IMPOSTOR

*El que no escribe  
es porque ya está escrito.*

(J. Derrida)

Desde siempre viví a la sombra de mi hermano mayor. No sé la edad en la cual se gestó el impulso vital de admirar e imitar a mi hermano, confiriéndole a mi vida una razón de ser. No obstante, el tiempo y esa edad llamada adultez, transformarían tal sentido en la pesadilla causal de mi determinación de asesinarlo. Me fui convirtiendo en su réplica y de tanto emularlo ignoré quién habitaba mi ser, situación cuya salida exigía segar una vida humana.

Su comportamiento y su personalidad eran arrolladores. No me concedía un respiro para vivir por mi cuenta. Ser como él motivó mis días, incluso después de comprender el peligro de tal destino; sin embargo, vislumbré la salvación si me diferenciaba de él. A través de los años entendí lo vano

de mis esfuerzos por separarme de su nefasta presencia y no ser a su imagen y semejanza. Tras los esfuerzos estériles por distanciarme de él, pues mientras más me esforzaba más repetía sus actos y seguía sus pasos, aparte de nuestro parecido asombroso, acentuado por el paso a la adolescencia, la juventud y confirmado en la madurez, fui albergando un deseo incontenible de asesinarlo.

Sobrellevé la torturante admiración por mi hermano a través de largos años. Desde los treinta y un años, aguardaba el momento indicado para librarme de él, exento de premeditación. Los años fueron pasando y el instante propicio no se daba.

Si en principio era feliz imitándolo y el sentido de mi vida era copiarlo, al transcurrir los años esta felicidad se transformó en inquietud y en desgracia, amargando mi existencia. Me encantaba cómo vestía, sus gustos eran los míos, de sus actividades me apropiaba, sus mujeres fueron mis sueños inútiles. Estudié la misma carrera que él y me gané la vida practicando su oficio. Transité por sus vicios y allané los caminos de sus virtudes, pasiones y bajos y altos instintos. Lo asumí a él como modelo, en ausencia de una imagen positiva de nuestro padre, un ser tirano y déspota, una bestia para ser más exactos, lo cual no implica haberlo sustituido por mi hermano. Tal vez algún especialista me desmienta, mas no me interesa establecer el grado de validez de tal afirmación. El reinado de su sombra gigantesca oscureció mi vida, en contra de mi voluntad, sumiéndome en un mundo de penumbras. Y mientras más procuraba liberarme de su influjo más lo remedaba, más ejecutaba uno a uno sus actos, reconociéndome cada vez menos en el espejo que me aterrorizaba al devolverme la imagen de mi hermano.

Temblaba de pavor al sentirlo arribar a casa. Me tapaba los oídos para no escuchar sus comentarios en la sala, sometido a la agonía en mi cuarto. Cada frase suya destrozaba mis creencias, mis convicciones y me despojaba de argumentos. A veces jugaba a adelantarme en algún proyecto, cuidándome de no mostrárselo, para luego desilusionarme al comprobar su avance en mis supuestas ideas originales, de las cuales mi torpe ejecución ya se había rezagado. Lo más grave no fue nuestra semejanza física, repetir sus actos, mi preferencia por sus mujeres ni haber escogido su profesión, sino el haber desarrollado un pensamiento idéntico al suyo. Mis valores, mis postulados sobre la vida, el amor y la muerte, fueron introducidos por él en mi desprotegido cerebro. Al verme recitando sus ideas en distintos ámbitos sociales, comprendí la necesidad de eliminarlo.

La peor condena comenzó cuando a él le dio por ser escritor. ¡La maldición de inventar ficciones! Desde sus primeros escritos, los cuales me confié, para mi desgracia, caí a un abismo insondable del que no saldría jamás. Desde entonces me esclavicé por la pasión de escribir. Tarde, valoré tal arrobamiento como el deseo inmensurable de superarlo en este plano, una forma legítima de asesinarlo. Aspiraba, al conocer un manuscrito suyo, a presentarle uno superior de mi autoría, mas él enarbolaba su primacía y jamás me atreví a enseñarle mis escritos. De todas formas, desarrollé la manía de escribir y la escritura terminó reemplazando mi comunicación oral. Quizás fue el mandato de la escritura el gestor de la decisión de asesinarlo, razón delatora de un secreto impulso y de una pasión deleznable, dos caras del mismo dilema.

Alguna vez, transitando por una embriaguez exaltada, en combinación perfecta con la coquétin, nos enfrentamos al asunto.

Discutíamos el problema del doble en la literatura. No me acuerdo quién lo propuso, eso no importa, me inclino por adjudicármelo. Incurriamos en uno de los temas comunes entre los dos, donde soñábamos escribir un cuento o por lo menos inventar una historia. Los otros eran el cuarto cerrado y el de la lámpara de Aladino. Tal vez la idea primigenia haya sido suya. Mi hermano, quien para entonces tenía treinta y ocho años y unos meses, me contó el argumento de una variante al problema del doble, que incluiría en su próximo libro. Se trataba de la primera visita de un turista a una ciudad, a quien confundían con otro, viejo habitante de la urbe; este había huido muchos años tras granjearse una dudosa reputación y... Por supuesto yo había escrito algo similar, o acaso fue después de saber del suyo, lo mismo da.

Se aproximaba el amanecer, después de una fiesta entre amigos, y yo había conceptuado acerca de nuestra forma de bailar, acusándome de repetir su estilo. Por ahora quiero rememorar esa conversación y empezar por ahí el desenlace.

—Tú bailas mejor —me animó.

Guardé silencio. No compartía su afirmación; aun así, o debido a esto, acepté la situación.

Mi hermano captaba en mi silencio y en el gesto de mi rostro el rechazo a su sentencia, y recompuso la frase, adentrándose sin quererlo, o tal vez intencionalmente, en los terrenos de mi angustia.

—Por lo menos danzas diferente.

Esta apreciación estalló en significados múltiples, aun cuando uno perseveró en mi mente, y por ello me decidí a abrir el diálogo.

—De ser así —dije, en medio de mi tribulación ética y narcótica—, en algo sería diferente a ti —concluí y permanecí ansioso por su respuesta.

—¿En verdad crees ser igual a mí? —preguntó, implacable—. A excepción de los rasgos físicos.

No sabía por dónde empezar. Se me quebró la voz y se humedecieron mis ojos. Consideré inapropiado el momento para las lágrimas. Él no imaginaba la magnitud de mi tragedia. Le pregunté:

—¿Acaso no te has dado cuenta? El mundo lo sabe. Tú has sido testigo durante tantos años —le dije, aún sin explicitar el problema.

—¿Cuál es el cuento exactamente? —volvía él a desestabilizarme.

Callé por unos instantes. Hay temas inmanejables si uno los llama por su nombre, y para abordarlos es recomendable recurrir a rodeos, caracterizando el problema, sin acudir a una denominación específica; en caso de hacerlo nos invade la desgana para continuar desmenuzándolo. Tal vez por eso exploré este camino:

—No importa cómo llamemos ahora a lo que nos referimos. Ambos lo sabemos. Este es el momento oportuno para conversarlo. No soy igual a ti y nunca lo seré. Ahí radica el problema de fondo: persisto en igualarte, acaso en superarte.

—Bueno, es tu camino escogido; cada cual se va trazando su destino. ¿Cuál es la causa de tu desasosiego? Ojalá yo hubiera tenido un hermano mayor a quién imitar. Nuestro padre jamás fue digno de admiración; por eso mi senda

ha sido más ardua, más angustiante; imagínate, crecer sin modelos, sin prototipos, sin nadie a quien imitar, es más: despreciando al padre; no te imaginas el enorme vacío...

—No lo sé —lo interrumpí—, un modelo no te hubiera resuelto la vida; prefiero tu caso, es decir, crecer y padecer la carencia de referentes o, incluso, agravado por el desprecio al padre; habría otras opciones.

—¿Opciones? —repitió él—; mi única alternativa fue, ha sido, la náusea, el vacío: la grandísima nada. ¿De dónde te aferras si no hay modelos? ¿Si no hay referentes? ¿Si no existe el padre, sea cual fuere su imagen o símbolo? ¿Es la náusea un buen referente?

—Al menos, esa nada te posibilita la pelea por reconocerte; la ausencia de referentes, el vacío te lleva hacia lo desconocido, te impele a encontrarte a ti mismo. En mi caso, o en el de tantos otros, en presencia de un único referente a quién imitar, no hay indagación; el problema estaría resuelto. He ahí el origen de la tragedia: la vida te pone por delante un espejo en el cual te reconoces de inmediato. ¿Y no será mayor la tragedia si, transcurrido un tiempo deseas fervientemente romper ese espejo una vez has empezado a odiar la imagen reflejada en él? ¿Si es la imagen de otro? ¿No es peor ese vacío?

Mi hermano se tomó un trago y me ofreció un pase de coquén. Lo inhalé y después me tomé un trago, y él su pase. Aspiramos profundo, prodigándole lucidez a las neuronas; más tarde vendría el embotamiento y la incapacidad de esbozar una idea.

La coquén se instaló en las neuronas y mi corazón se tranquilizó; el hombre se recostó en la silla y cruzó las piernas.

—No lo sé —respondió por fin—. Deberías volver trizas el espejo si no te devuelve la imagen deseada, si acaso sabes cómo sería esa imagen, o si ves en ella la imagen de otro, a quien has empezado a odiar. Si...

Lo detuve:

—Quiero realizarlo —lo dije resuelto, aun a riesgo de exponer mis intenciones de asesinarlo.

—Hazlo. No obstante, sea lo uno o lo otro, la nada o un referente de carne y hueso, no vienen al caso; es decir, ese no es el punto. Aunque hayas tenido quién te inscribiese o en quién inscribirte, desde algún momento no quisiste proseguir y deseaste trizar el espejo, en pos de una imagen tuya, incluso si no has precisado otra imagen distinta a la del espejo, y eso es pelearla.

Nos tomamos otro trago; la claridad periquisa nos acogía.

—Está bien —le dije frescamente, mientras, aspiraba los restos de perica, en tránsito al torrente sanguíneo, hacia el cerebro—, aceptemos el principio de indagación y la relevancia de su origen; no es esa la discusión, ni el punto esencial. Hay varios elementos a aclarar: en algún momento decidí no emularte más —y aquí me exalté al referirme a él—, no obstante, tu influencia me obnubila —tenía la firme convicción de manifestarme abiertamente—. De otra parte, no sé si quiero destruir el espejo o la imagen proyectada de mí, o si ambos son la misma cosa, es decir, no sé dilucidar la disyuntiva de eliminar el espejo o la imagen; y si bien tienes razón en lo referente a mi imprecisión de la imagen deseada en el espejo, sí sé mi aversión por la reflejada en él, y esa es la tuya.

Me tiré un pase de coquéin y le ofrecí uno.

—Ah —exclamó, inhalando y tirando la cabeza hacia atrás—. ¡Lo necesitaba! —luego, nos tomamos un trago y él, tras una pausa, habló—: En verdad no sé cuál es tu preocupación. Cualquiera cuestión del yo es trágica, violenta diría yo, sea en franca lid contra la nada o contra un modelo, un referente. A ti te tocó en suerte la segunda opción y tu forma de búsqueda la has vivido y sufrido, la enfrentas ahora, en consecuencia con tu sueño de liberarte de mí, este es otro tema para ahondar. En tanto me repliques más te aproximarás a ti; asumes de mí la forma, pero la esencia eres tú, eres diferente a mí, ningún camino te garantiza una ruta hacia ti. Es un cuento eso de hallarse a sí mismo, a lo mejor si lo logras te enfrentes a un infierno o a un paraíso, el mismo asunto, ambos casos indeseables para ti, o tal vez termines por sublimar la angustia, o te importe un culo o...

—¿La forma? Eso jamás obtendré de ti —dije excitado; la perica nos arrojaba a la descompensación— Hablo igualito a ti, soy un personaje de tus narraciones, soy una creación tuya. No poseo esencia. ¿Cuál es tu idea al respecto?

—Tú eres irrepitible —afirmó él, seguro de sí—, como lo soy yo; así algunos intelectuales a quienes les profesamos respeto pregonen la repetición en la finita serie humana, donde cada individuo es a la vez todos. Cuanto reproduzcas de mí nunca te saldrá igual a lo mío y serás tú; esa diferencia es la esencia, ¿me entiendes? Por ejemplo, en el baile, si ejecutas un paso similar al mío, esa es la forma; tu sabor no es el mío, la expresión de tu rostro, el acompañamiento de tu cuerpo, ante la mirada de los otros eres sin igual. Ese paso salsero, aun siendo idéntico al mío, lo realizaste tú y no yo, esa es la esencia; lo mismo con el pensamiento, con

tus ideas, con tus gustos. No comprendo lo inalcanzable de mi forma.

—En la forma, tu forma, jamás te igualaré. Si quieres llámala estilo; tu estilo es irreproducible, y no me interesa remedarlo, es tu esencia mi conflicto: ella me coloniza y nunca me ha permitido ser yo mismo, sino una sombra tuya, un payaso, un mimo a tu imagen y semejanza, y si no fuera por...

Me contuve; iba por mal camino. La coquéin se imponía y la conversación se tornaba monótona; y además temí develar mis intenciones de matarlo si persistía en el tema de destruir el espejo. Por fortuna, la perica también lo afectaba y se sumió en el mutismo, síntoma inequívoco de la pesadez de la conversación. En cambio, nos tiramos un pase grandísimo y un enorme trago, invocando el embale.

Después de aspirar varias veces, mi hermano carraspeó, apretando la garganta:

—No lo creo —hizo una pausa—. Reafirmo mi convicción: Por cualquier camino serás tú mismo. Igual le acontece a Latinoamérica frente a USA y a Europa, o a los marcianos...

Comprendí el giro en la discusión. No quería escuchar nuestra carreta sociopolítica en torno a Latinoamérica, o sus divagaciones inconexas implícitas en la mención de los marcianos, y opté por otro pase y ofrecerle un trago de licor. Mi hermano se decidió por la música y encendió el equipo de sonido. Las palabras se fueron diluyendo en las notas salseras de Lavoe, quien nos enrostraba su vagabundeo por la vida... *Por no encontrar en este mundo...*

Mi hermano divagaba en medio de sentencias de vida y de muerte, y yo, perro fiel, me cobijé en su seno. La mañana nos sorprendió fundidos en una imagen corpórea, unificada

por las palabras y las frases compartidas, ahora sin discusión alguna.

En las semanas siguientes a aquella noche la destrucción del espejo fue el objeto de mis reflexiones, y le aposté definitivamente a deshacerme de él; así él no sería más y se me abriría el camino para ser. Por esos días yo atravesaba los treinta y un años y el crimen se imponía.

Pasaron dos años. Por fin lo asesiné. Ocurrió hace poco o una eternidad, a plena luz del día. Mi desesperación me llevó a matarlo a campo abierto, ante muchas personas y con el sol sobre nuestras cabezas. Han pasado unas cuantas semanas, o pocos días, he perdido la noción del tiempo en este cautiverio.

Departíamos con amigos en una casa de campo, a cielo abierto, disfrutando de la invitación a un almuerzo campesino. El mediodía se aproximaba y el sol incandescente alegraba esta tierra tropical. La música salsa animaba el ambiente. Durante la mañana había experimentado cierta inquietud, porque el hombre se había convertido en el centro de la reunión y yo permanecía aislado. Presentí la proximidad del instante propicio. El crimen no debía obedecer a un acto planificado y ejecutado a la perfección, ni la impunidad sería mi castigo ni el anonimato mi recompensa. No. Mi fratricidio debía ser al descubierto, en presencia de amigos mutuos. Única manera de imponerme a su yugo. Su muerte debía obedecer a un impulso repentino, tal vez ahora...

Me hallaba en cuclillas, con el sol vertical a mi cabeza. El reloj marcaba el medio día, lo recuerdo bien; mi cabeza ha perdido del tiempo. Mi sombra no se proyectaba en el césped del jardín donde me hallaba; entretanto, azuzaba a

un gusano con un cuchillo, tras cortar unas raíces necesarias para el sancocho de gallina, plato típico en estas tierras tropicales, delicia central de cualquier celebración. ¿Y cuál era el motivo? Un triunfo más de mi hermano. Había ganado un premio literario y sus amigos lo agasajaban; por eso su invitación fue para mí una ofensa. Una vez más me sometía a la humillación de verme aplastado por su sombra ante amigos y conocidos, sabedores de mi conflicto. Por eso, él era el centro de atracción y yo el de las burlas o conmisericordias; adivinaba en sus miradas la compasión para conmigo, y de admiración y felicidad para mi hermano. Con la punta del cuchillo molestaba al gusano, y por unos momentos me olvidé de las yerbas. De repente, intuí unos pasos silenciosos detrás de mí; sin embargo, corroboré los pasos de mi hermano, y me paralicé. Apreté el cuchillo y mi mente se bloqueó. Entonces observé la silueta de su figura emergiendo detrás de mí, proyectándose como una gigantesca sombra, cubriéndome por completo. El cuchillo brilló en mi mano y obedeciendo el mandato asesino de mis impulsos me paré velozmente y volteé furioso. Hundí el puñal en su vientre repetidamente, luego en el corazón, donde fui certero, mientras pronunciaba frases hoy olvidadas, con rabia, con desahogo y sentí en cada puñalada un paso decisivo hacia mi liberación definitiva. Al caer su cuerpo comprendí en mi delirio la realidad de su muerte; tiré el cuchillo y comencé a reír. Y reí, carcajeé de cara al sol, ofrendando el crimen a dioses omnipotentes... El resto, me lo han relatado de manera inconexa: algunos amigos me sujetaron, dicen, mientras reía y celebraba agitado la liberación del yugo de mi hermano.

Desperté amarrado a una cama, sin noción de lo sucedido.

Entonces llegaron quienes ahora offician como carceleros. No me han dado tregua sus interrogatorios, y sus malditos medicamentos me mantienen nublado, en especial las dolorosas inyecciones. Les he contado de manera fragmentaria la historia, según he colegido de sus miradas atónitas. No obstante, gracias a sus diligentes cuidados fui rehaciendo por escrito el cuento fantástico de mi vida, para, según ellos, entenderme mejor y curar mi mal. Si bien es cierta la muerte de mi hermano aún no me libero de él. Me hallo desamparado sin su existencia. Tal vez nunca salga de aquí, depende de la consideración de los jueces; a lo mejor me concedan la pena capital, un descanso bienvenido.

Pasado un tiempo incierto después de la tragedia, me liberaron de las amarras y la camisa de fuerza, gracias a la promesa obligada de cumplir sus requisitos y contar la historia. Como no soporto un instante sin escribir, les exigí hacerlo por escrito. Vale la pena este testimonio, aun cuando no le sirva a nadie, incluso a mí: es un mandato ineludible. Hoy se ha vencido el plazo para entregar el manuscrito y no tardarán en venir por él... Oh, escucho sus pasos resonando en el silencio de los pasillos.

Aún no termino; ellos son fundamentales en esta trama y su final, y quiero revelar los pormenores de su visita. Ahora se abre la puerta, levanto la mirada y los veo entrar; vuelvo al manuscrito; se aproximan al lecho donde estoy sentado, tan cerca...

—¿Aún no acaba? —me interroga una voz autoritaria (escribo).

—Déjalo —lo concita una voz más amable—. Es mejor marcharnos.

Se alejan (lo plasmo en el papel).

—¡No se vayan! —escribo, sin levantar la vista.

Se detienen y regresan a mi lado.

Mientras escribo, les comunico las frases consignadas:

—Ya voy a finalizar el relato de cómo asesiné a mi hermano y de las causas de este vil hecho —una vez pronuncio las palabras escritas observo en sus rostros un gesto de desaprobación.

Ellos hablan y yo lo transcribo:

—¿Nos muestra el manuscrito? —dice el autoritario (transcribo)

—Al concluir esta conversación —les digo, y como no los escucho, levanto la mirada y los analizo: se miran entre sí. Vuelvo a mi escrito... desconfío de sus intereses.

—Atiéndonos, por favor —me ordena el amable.

Me niego.

Y se incorporan. Los veo de reojo. Caminan hacia la puerta.

Voy tras ellos, sin olvidar mi tarea.

Se detienen. Se vuelven frente a mí (lo estoy escribiendo).

—¡Deme eso!

—¡No!

—Déjalo. Volveremos mañana.

Se marchan.

Voy tras ellos (lo escribo).

Cierran. Pego el oído a la puerta y escucho: (y escribo).

—Es un caso interesante.

—Necesitamos el manuscrito.

Y se alejan (escribo).

Entonces comprendo mi trágico destino y siento un deseo enorme de ponerle punto final a mi historia...

## COBÍJAME EN TU SENO FATAL

*Una sola vez en la noche  
que atendamos el falso  
llamado de la campana  
y todo estará perdido.*

(F. Kafka)

Mientras suena Padam, padam..., de Édith Piaf, evoco un tiempo lejano cuando nos emborrachábamos conversando sobre la vida y el mundo que nos rodeaba. Aún éramos jóvenes. Hace años que nos perdimos de vista; tal vez los amigos de entonces ya no se apasionen por esta música. He conservado el casete, con la fecha y la hora en que lo grabamos. Entretanto, presiento a Sous le ciel de Paris, L'accordéoniste, La vie en rose, Bravo pour le clown, Milord, Les amants de un jour, Non je ne regrette rien, Les amants merveilleux, París...

Transito sin hilo conductor por este laberinto, del que desterré los espejos desde hace siglos y en el que he

perdido el habla, condenado por el silencio. Perdí mi rostro entre los avatares de las pugnas con mis *disgéneres* y desde entonces no soporto los aullidos y gritos fantasmales que se agitan en los aposentos de esta inmensa morada que me habita. Mi lucha por evadirlos ha sido infructuosa: por más que me oculto de ellos y considero que es una artimaña del silencio, ellos inundan mi cerebro; una legión multiforme que no concede sosiego. Escucho esas voces multiplicando su eco en mi cabeza...

Esta noche intuyo algo grande. Una transformación decisiva, una decisión trascendental. Un hecho cambiará mis días. Agazapado vigilo como mi presa demanda, al acecho de algo que vislumbro, en tinieblas sumergido. Presa que mi sino requiere, carne fresca que a distancia huelo; presa que no ha de escaparse. Como el experto felino que sus pasos nunca desanda, soles y lunas, agazapado acecho, como mi presa demanda.

El mañana obligatorio, exigente; un futuro escriturado como una forma de pasado, así obran los seres humanos. Conocí a alguien que anotaba sus compromisos laborales y personales uno por uno, día tras día, hora tras hora, minuto a minuto, para no olvidarlos. Diariamente sabía de antemano sus ocupaciones de cada hora, cada minuto, cada segundo. Y sus actividades eran tan idénticas cada día que su futuro se le presentaba como un pasado, de tal modo que con frecuencia creía haber hecho todas sus labores, aunque no las hubiese ejecutado. Esto se repitió tantas veces que fue despedido de su trabajo por irresponsable e inactivo, lo cual no había consignado en su agenda. No obstante, el hombre vivía convencido de su asombrosa actividad.

¿Habré de encarar la ficción del mundo como mi realidad? Soy *humanofóbico*: Un extraterrestre con ansias de exterminar a la despreciable raza humana. Cuando me dedico al trabajo asalariado de manera efectiva y me intereso por los resultados, me disocio de lo que estoy haciendo, soy ajeno, lejano, de modo que se vuelve una situación intolerable; entonces desprecio el trabajo y atiendo el llamado de la noche, el bar, del vicio... Ese asqueroso gusano que se enrosca, serpentea por mi cuerpo y me impregna su pestilente baba. Cada vez es más fuerte su hedor. Ahora se arrastra pegajoso por mi cara: es ella: ¡la monstruosa cotidianidad!

¿Cómo va a valer la pena vivir si aplazamos nuestra vida para después de morir? ¿Si nos sometemos a la vida que la sociedad nos impone? ¡No hay trato! Así no se vive. Así vive un cadáver. ¡El mundo está lleno de cadáveres! El mundo es un cadáver. El mundo se desangra, gota a gota o a torrentes. Cadáver de un gigante que hace siglos agoniza. Por sus innumerables venas se le va la vida. Carne abierta y descompuesta que hace milenios hiede. El mundo se desangra y no habrá quién detenga su hemorragia. Ni aquél que en su cruz avanza ni el poeta que entre ruinas clama. Tan pálido está su rostro como las pálidas manos criminales, que como sanguijuelas sedientas le causan anemia. Herido por mil lanzas que sus costados penetran. Cargado de espinas y cardos que ciñen su cabeza. El mundo se desangra y no habrá quién detenga su hemorragia: ni aquél que en su cruz avanza ni el poeta que entre ruinas clama.

En este instante necesito otro pase de coquéin y otro trago, ya muy medidos, calculados, para atemperar mi mano temblorosa; pase a la nariz, directo a la taquicardia, licor a la garganta, secando el esófago, cerrándolo, asfixiándome, juntándose en la raíz de mi sexo, por una millonésima de segundo.

Juro ante el máximo ateo —que es Dios, pues no tolera dioses— y ante el mismísimo putas, que le seguiré el juego a la vida.

Mientras, seguiré metiéndome en la boca del lobo.

Estoy en una etapa de transición donde huye la segunda juventud, según pregonan. ¿Tuve una primera juventud? ¿O al menos juventud? Una transición donde la juventud comienza a alejarse, la madurez se viene encima y la niñez se empeña en protegerme. Transición es, a la vez, la pérdida de un pasado, la incertidumbre de un presente y un futuro que se abre como un abismo. Incierto, osado; aquél es mi futuro y este mi presente. Enigmático: ese es mi pasado. Mas entre el enigma, la osadía y la temible incertidumbre, yo sé anudar el hilo conductor. Y allí, entre riscos, cimas y abismos, hilandero que anuda lo imposible, soy.

Existo en tanto me margino de la sociedad, del mundo y sus valores. (Palabras viejas). ¿Y no es eso lo que significa la palabra EXISTIR? EXISTIR = SACAR, SACARSE, ESTAR FUERA DE... Ellos están allí, regados por doquier. Basta con olerlos para descubrir que se han apoderado de ti. Te revolcarás en tus entrañas y vomitarás con insistencia; y como un vampiro los cazarás en tu sangre. Con polvillos químicos los matarás en tus neuronas, los expulsarás por tu piel, te

purificarás en las pilas bautismales de la vida, y frotarás tu piel con célibe arrebatado; pero es tarde ya... para ellos, cuando al comprender tu esfuerzo mueran destripados y arrojados al estiércol de tus días, en donde renacerán con el sol de cada día y la oscuridad de la noche, para enfrentarlos otra vez, una y mil veces más. Se visten de mil máscaras y andan trepando por las paredes de tu piel, sedientos de tu sangre. Hoy son dios, mañana el diablo; ayer un rey déspota y un día, quizás, te reconozcas en ellos.

El vicio es lucha suicida. ¿Cómo soportar un mundo de injusticias y miseria? ¿De locos enajenados por el hambre del poder y del oro, del poder del oro y del oro del poder, y delegados de la muerte armando asechanzas en cada esquina? Palabras viejas: no es el vicio el único camino de la marginalidad. Soltaré las amarras sin miedo; aun arriesgando a que un mensajero de la muerte termine con el sueño por atentar contra el orden establecido. Un tenebroso imbécil, un idiota temible, aprieta el gatillo de su garganta inútil y ejecuta la orden de su amo. Ya no creo el cuento de que soy un marginado –palabras viejas. Tal vez me haya convertido en el hombre aquél que se negaba a ser incluido en grupos sociales, y por ello vivía ejecutando actos para ser repudiado por cualquier grupo. Y lo hizo tan bien durante su vida que los grupos sociales lo rechazaron. Finalmente, el hombre perteneció al grupo de marginados de todos los grupos. (Licor, abre mis venas y amplifica mis sentidos. Entrégame la vida. Destroza mi entendimiento. Elévame al insano juicio, que contigo existo a través de mis poros dilatados y por ellos pasa una multitud enardecida rogando por mi aliento: ese soplo divino que los redime).

El hombre que vive en esta casa intuye mi presencia. Cada vez sospecha más que soy yo quien mueve su mano y lo impulsa a escribir tonterías existenciales. En ocasiones, me habla, mira en derredor suyo, se fija en el techo y deambula por los tres niveles de la casa. Primero, me implora respuestas, luego, se altera y comienza a invocarme, afanado. Otras veces pretende comunicarse con un supuesto Control Intergaláctico, o Tribunal Interplanetario, al que clama por el exterminio del abominable ser humano, vergüenza cósmica, entre insultos al no obtener respuesta. Con frecuencia me meto en su pensamiento y lo confronto, de manera que cree hablar consigo mismo, o lo llamo desde un libro y huyo entre las páginas. Cada que escribe me ubico a sus espaldas, rozándole los hombros, respirándole en la nuca, y apenas tengo tiempo de saltar hacia atrás cuando voltea de improviso; después, maldice mientras recorre sus aposentos. Como hace un instante en que me asomé sobre sus hombros mientras él escribía y alcancé a leer la primera línea antes de que volteara con la intención de sorprenderme. Luego continuó escribiendo, lo que aproveché para volver a sus espaldas. Ahora leo: *Señores Control Intergaláctico: Quiero informarles sobre un hombre al que he habitado desde...*

Aquí vamos en esta embarcación. Diecisiete días sin tirar coqueín. He rebajado el licor; bebo una vez a la semana, y no mucho. He alejado a mis mujeres —si acaso eran mías. Hago ejercicio día de por medio; he vuelto al diálogo con mi cuerpo. He adoptado otros hábitos alimenticios: más vegetales, menos carne. En fin, es otro barco donde voy navegando. ¿Naufragando? ¿No naufraga uno cuando la mar está quieta? ¿No? ¡Ah!, no. Se me olvidaba que es lo

contrario: en la tempestad naufraga el barco. ¿Y el marino? ¿No es la tempestad, la incertidumbre, el caos, la aventura, lo que persigue el marino? Mientras batallo en medio de la tempestad y agito brazos y piernas para no ahogarme, estoy vivo. ¿Y con la mar calmada? ¿No es el orden un naufragio? En el orden me siento muerto; náufrago. Navegad; alzad las velas y no os preguntéis el por qué o los paraqués de vuestras velas enhiestas, que el mar no tiene respuestas. ¡Navegad! Aún os falta mucho del hoy para preocuparos del mañana. ¿Y no desconocéis bastante del pasado para entender vuestro presente? ¡Navegad! Alzad las velas. Y no os preguntéis el por qué o los paraqués de tus velas enhiestas, que el mar no tiene respuestas.

¿No cesará este rayo que me habita? Miguel Hernández. Una actividad vital, individual o socialmente productiva, supone nuestra identificación con ella, nuestra sumisión, y fija una línea continua de comportamiento que garantice su desarrollo. Alguna vez creí haberla encontrado. En un comienzo rebotaba de alegría. Con firme decisión persistí en ella y por ella me desconecté del mundo para evitar distracciones. Pero el mundo se fue derrumbando a mi alrededor. Casi perezo en medio de los escombros, en los que también yacía mi actividad vital.

Por eso soy un escéptico con las actividades vitales.

Una actividad vital, la identidad, ¿no son paraísos perdidos o anhelados que se ansían recuperar o alcanzar?

Solo la tragedia sostiene la vida.

La culpa que nos interiorizan determina nuestro anhelo de cambiar, de no sucumbir en el vicio, de idealizar una línea de conducta socialmente productiva. Pero cualquier suceso me empuja al abismo. Mis detonantes son de variadísima especie y tan disímiles entre sí, que ya no toleran clasificación alguna. Una vieja melodía, un ritmo frenético, una conversación que deriva en asuntos sentimentales, el canto de un pájaro, el sonido de una metralleta en un noticiero de televisión, la sonrisa de un niño, un compromiso al día siguiente, la burla de un criminal, la tristeza más profunda, la alegría desbordante, el exterminio del hombre por el hombre, el encuentro con un viejo amor, el enamoramiento fugaz... Cualquier evento similar o a veces la ausencia de ellos es suficiente para empujarme a una sesión maratónica de coquén, licor y sexo; expresiones que me reducen a la condición animalésca del ser humano: que me rebajan a ser humano —he ahí mi *humanofobia*.

Tengo la mente en blanco, el juicio suspendido, la música ausente, el libre albedrío se activa, siento que viene un mensaje, lo trae el mensajero de Kafka desde el centro del laberinto. Él sabe que es ineludible el mandato que lo impele a batirse como guerrero en el camino, sin saber, incluso, si el mensaje es valioso o pueril, ese no es su asunto. Obedece a su libre albedrío, ese amo demente que lo somete, contra el cual no hay armas para combatirlo. Lo imagino vencedor de fieras y asechanzas, de trampas y abismos secretos. Aún se le dificulta salvar el obstáculo que lo separa de mí; ahora veo su silueta esfumarse y descubro un papiro flotando en el aire. El viento, o cualquiera que fuese el soplo que lo meció en el aire, lo ha desenrollado cerca de mi pluma, en mi propia

mano. Mas al inspeccionarlo descubro una particularidad: cuando vislumbro el papiro globalmente lo percibo repleto de palabras, pero cuando voy a leerlo está vacío. Procuro develar el misterio que intuyo al alcance de mi mano, oculto en las palabras, a pesar de enigmas y laberintos, y de dragones invencibles, de los cuales el más grande y terrible soy yo. Atraparé al mensajero, antiguo émulo de Sísifo, antes de que regrese a su origen, para reiniciar su viaje por el interior de la Estancia Fantástica que me habita. Tal vez sea mejor que se vaya y con él el mensaje... Invoco al mensajero, mas no lo ubico en el palacio laberíntico. Quizás el mensaje haya sido entregado.

Alguna vez alguien me regaló un *pseudosemicuasicutipoema*; por hoy no me acuerdo quién fue, ni sé su autor. En esta noche lo he rememorado y lo he buscado entre la maraña de papeles que ya casi me ahogan, y en ese manuscrito interminable que me rige: *Solo y loco, soliloquios*, por si acaso lo transcribí. Lo he rescatado del olvido:

### ***Soy de las ciudades que me habitan***

En su cadáver  
sólo hallaron ciudades  
(Autopsia)

*Es inútil proseguir, dijiste, y descansarás en una banca.  
Viejo y fatigado, sin ilusiones, un cadáver sentirás.  
Has mirado el cielo, la oscuridad; todo está de más.*

*Ya no hay camino, ni destino; esta desazón que te arranca  
de tajo el corazón; el cansancio te domina, todo ha terminado.  
Ni aquí ni en otra parte; si la ciudad que más amaba  
ha huido de mi corazón, y jamás hallé lo que soñaba.  
Hasta el amor esquivo ya no es más el feliz puerto anhelado.  
A donde vayas el amor encontraré.  
Siempre hay una mujer que nos sueña  
en cualquier lugar. Para ser la dueña  
de tus días, mas ya nada buscaré,  
que es la otra cara de la espera; los amores no bastaron,  
ni las calles ni los bares; los edificios de las mil ciudades;  
allí, en esa banca olvidada, te aplastarán las mil edades  
del tiempo, de los hombres y mujeres que te amaron.  
Abrirás la maleta del viajero del ensueño que has sido,  
y una a una acariciarás las prendas de tu vida hecha jirones.  
Estoy vacío o colmado de verdades; repleto de sinrazones,  
qué más da, aquí o allá; permanecer o haberse ido;  
esta tristeza que oprime y cuestiona; esta terrible desgana  
que a la vida mata. He mirado el sol, el azul, el prado verde  
y nada me motiva; ni el viaje ni esta vida que se pierde  
hacia la nada, al vacío, frutos amargos de esta vida insana  
que ha sido mi destino, o quizás el camino, tal vez algo más.  
Entonces recurrirás a los paraísos perdidos: la pelota, la  
infancia,  
el primer amor, el palo de mango, el barrio, la esquina, la  
vagancia;  
y te asaltarán la sombra ilusoria de la ciudad del nunca más.  
Y me invocarás desde ese parque, y yo aquí sentado,  
tratando de sentirte en esta pluma indecisa y presurosa.  
Escucharé tu ruego, el mío, para matar la bestia azarosa  
que ha regido tu vida, la mía, y atenderé tu llamado.  
Y te convertiré en palabras que no captarán tu instante.  
Te transformaré en ciudades, que crees haber habitado.*

*Y escucharás mi evocación, cierta o falsa, allí, a tu lado, en el parquecito en ruinas, diciéndote al oído distante: Has pretendido habitar y has rehuido a que te habiten; has rechazado el amor, forma suprema de ser habitado; has pretendido olvidarte y terminaste siendo olvidado por el barrio, la esquina... fantasmas que no permiten disfrutar los tesoros de tu búsqueda incesante, violentando asfaltos, imponiendo tu huella; tú, dominador de mareas y terremotos; no sabes que yo soy el matador, tu puntillazo final, pues ya no eres el habitante. Equivocaste la meta incierta, aunque tus caminos fueron los correctos; hace rato se cerró la cuenta, en rojo, de los sueños que buscamos y perdimos; y sentirás el golpe mortal, que salvará esta afrenta, de mi pluma vengadora, el hachazo de mi mano. Pero será muy tarde para los dos, pues el torrente redentor de las urbes que nos habitan, surgirá en todo su esplendor al abrir tu cadáver, el mío, putrefacto y malsano, y pondré punto final, sin llanto y sin reproche, a tu triste y vital recuerdo en esta noche.*

Hoy me he estremecido al leerlo.

A veces la imposición de la sociedad vence al vicio y con ello me hundo en una serie de relaciones cotidianas con mis *disgénere*s. Me siento vacío, una mierda, vuelvo al vicio, al arte, al pensamiento y asciendo al abismo de la noche. Y en la alta noche escucho el falso llamado de la campana. Depredadores: arrebatadme de a pocos o de un tajo la vida que me resta. Os entrego mi aliento para fortalecer vuestras garras y me hieran más profundo vuestros implacables picotazos. Es suficiente el tiempo que habéis volado clavando

en mi costado las afiladas armas, bajo el martirio incesante del aleteo infame. Dejadme tras las montañas, en un paraje solitario, donde acaso ni vuestra sed se acuerde, que yo os prometo con mis manos poner fin a vuestra tarea: seré pasto fácil de mi propia llama. Os garantizo dar buena cuenta de mis heridas profundas. Como acuerdo caballeresco os ofrezco serviros de vez en cuando como despojo alimenticio para calmar vuestra estúpida hambruna.

—¿Qué desea, señor?

—Necesito un espejo bien raro, que me refleje.

—¿Qué tan raro, señor?

—El más exótico que tenga.

—¿Qué tal este? ¿Este? ¿Este otro?

—No. Ninguno de esos me complace.

—Ya veo, señor. Sé lo que usted necesita.

Fue a la trastienda; lo escuché forcejear con el desorden de los trastos tirados al azar. Después de un rato regresó con un espejo grande y amorfo.

—Tal vez sea lo que anhelo. Por favor, envuélvame en cualquier papel.

—¿No se va a mirar antes en él?

—No, no se moleste. Conozco innumerables espejos, este tal vez sea uno más.

—Le aseguro que no.

—Será por el precio.

Lo envolvió; lo tomé y me despedí. No obstante, el hombre insistió:

—Ojalá no perezca por su influjo.

No le confesaría mi tragedia con los espejos.

De eso hace tantos años que perdí la cuenta. En el sótano de mi casa reposa el espejo sombrío. Muchas veces, de día o de noche, caigo en la tentación de observarme en él. Y tal como lo deseaba cuando lo busqué en el mercado de artefactos exóticos, es el único espejo que me refleja. Por eso me he acostumbrado a vivir con las alimañas que refleja a mi alrededor y revolotean por mis aposentos.

Es imposible expresar con palabras el sentimiento. Esa es una vana ilusión del poeta. Capturar el instante: vaya pretensión del iluso poeta, quien cree poseer por encima de la razón un atributo profano que eleve su dimensión más allá de lo humano, a algo más que un tonto que quiso volar y se pegó a una cometa llevando tras de sí un pesado lastre. Con el pensamiento es otro cuento. Comprender este mundo de mierda y entender al habitante de este planeta, productor de tanto excremento, y enrostrarle sus desatinos.

Alguien me acecha. Lo he sentido cuando deambulo por la casa. He escuchado ruidos. Ahora es de noche, no sé la hora. El ambiente es ideal para evaluar mi vida solitaria. La casa consta de tres niveles, un patio grande y buenos ventanales, desde donde a veces contemplo el paisaje, limpio de seres humanos... ¿Qué fue eso? Alguien abrió la puerta de la calle. Voy a esconderme tras la puerta del estudio que da a la habitación... Oigo sus pasos acercándose; contengo la respiración. Entra al estudio. No le distingo el rostro. Prende la luz y me da la espalda, se tambalea, busca algo entre los libros y lo encuentra. Ahora echa el polvillo blanco de una bolsita en el puño cerrado y... inhala por la nariz; dos gran-

des pases. De repente se voltea y me descubre. Nos miramos de frente, camina hacia mí, va a tropezar conmigo... ¿Qué es esto? El hombre ha pasado a través de mi cuerpo como si estuviésemos hechos de aire. Me ignora. Se sienta ante mi escritorio. Coge un estilógrafo, el mío, de un cajón saca hojas de papel en blanco y comienza a escribir. Aprovecho mi o su inmaterialidad y me aproximo; alcanzo a leer por encima de sus hombros: *“Alguien me acecha. Lo he sentido cuando deambulo por...”*

El arte y el pensamiento me conducen a la vida contemplativa, hacia el desprecio por mis *disgéneres*. Ni el arte ni el pensamiento son fenómenos voluntarios. El pensamiento se desata por sí mismo sin permiso de la voluntad o de la invocación. Cuántas noches de inquietud; cuántas lunas borrascosas; y entre unas y otras yo implorando tu presencia. Oh, dios de los azares que ineluctables caminos recorres, que indescifrables laberintos habitas, Oh, dios de los azares que mi llamado no atiendes. No haber sabido antes, iluso creyéndome tu amo, que al descubrir nuestro templo seríamos esclavos: tú por ser mi dios, yo por ser tu vasallo.

Y el arte se desencadena. Nos sujeta, nos exprime, nos disfraza, nos saca, nos hace existir y nos convierte en un personaje más, en una imagen más, en una parodia más. En un impostor trágico.

¿Cómo voy a liberar tiempo si este no me libera a mí? ¿Y cómo disciplinarme? ¿Cómo ordenar mi vida y vivir en secuencia lógica mis horas a riesgo de enloquecerme? El tiempo es el hacha del verdugo dispuesta a descabezar a

quien no se someta a su mandato. El Tiempo es un inmenso vacío. Un enorme hueco que al llenarlo más se agranda.

Ganas de sumirme en el peor de los vicios: LA ABSTINENCIA. ¿Qué crea un hombre en la abstinencia? Tal vez oraciones, rezos, esperpentos de obras, cualquiera que sea la naturaleza de estas... El vicio es la sinrazón de un acto repetitivo. Mi adicción es repetitiva, ¿irracional? Noche amiga, cobíjame en tu seno fatal. Abre las piernas que te voy a meter, hasta el fondo, el semen de mi soledad. Noche amante, arrástrame a tus abismos y luego abandóname, crápula orgullosa, en la miseria altiva de mi desolación. Noche hermana, acurrúñame mamá, entre tus notas melodiosas y mortales. Canción de cuna que me llevará al abrazo final.

¿Quiero suicidarme ahora? En varias ocasiones estuve a punto de lograrlo. Tal vez en este momento no quiero finalizar mi vida con mi propia mano, aunque esta mano se empeñe en concretarlo. (“Padre, ¿por qué me has abandonado?” Frase conocida, de un autor suicida). Partimos desde puntos opuestos al mismo tiempo. Ella, quieta y confiada, y yo maestro de la triquiñuela y de trampas para evitar el encuentro ineludible. Ya no hay refugio alguno, ni siquiera una fuga. Tanta lucha para decidir morir ¿Te acuerdas qué soñábamos? ¡Tonto afán! ¡Loca carrera suicida! Ya no estás para contarte que el vino nunca fue más dulce ni más sabroso el fruto, que entre un deliquio y otro se nos fue diluyendo el gusto. Ya no estás para contarte que tengo la ilusión hecha polvo, la cabeza repleta de razones, y un corazón que bombea

sangre como un bruto. ¡Tanto combate para decidir morir! (“No vendrás de sorpresa: te conozco”. Héctor Augusto).

He comprado licor y coquéin en abundancia. Tal es el primer movimiento. El primer impulso. Que otro se encargue del resto. Sí, he delegado mi sino en manos de otro. He contratado a un hombre para que me asesine. El hombre comenzó a estudiar mis movimientos, y como carezco de rutinas y mis acciones son impredecibles, el hombre no ha podido asestarme el golpe fatal. El aniquilador decidió repetir mis movimientos a ver si algún día coincidimos en el lugar y hora precisos. No sé cuál de los dos apretará el gatillo.

Dejo en manos del dios Azar el juicio sobre mi vida. Dejo en manos de los dioses mi vida, mi muerte.

Siento que he sido sometido a una prueba. Me han arrojado a la suerte en el centro de un laberinto y me sentenciaron a descubrir una salida. Sin embargo, no me garantizan que esta exista y tampoco me ofrecen recompensa. Y escucho el murmullo de los dioses reunidos en torno al gran tablero mientras cada cual mueve las fichas a su antojo.

Entrego a este juego de dioses mis armas vencidas.

No obstante, uno se olvida de este juego de dioses para confundirlos un poco. Acaso nuestros impulsos no sean más que movimientos despectivos de dioses irresponsables con fichas mal ubicadas en el tablero. De cualquier forma, lo intentamos. Tal vez haya entre los dioses de este juego terrible algunos aliados.

Quizás el dios Azar...

Hace unas noches me hallaba ante un espejo que no me reflejaba, cuando escuché una voz detrás de mí.

—¿Qué haces? —me preguntó la voz.

Di vuelta y, horrorizado, vi a un fantasma.

—Intento reflejarme en este espejo, mi última oportunidad. No hay espejo en este mundo que devuelva mi imagen —le expliqué.

—¿Y para qué quieres eso? —insistió la tétrica voz.

—Para convencerme de que existo —me atemorizé, mientras, verificaba que ni mi imagen ni la de él se reflejaban en el espejo.

—¡Vaya iluso! —exclamó el fantasma con su voz gutural, y antes de que le replicara, prosiguió: —Hace siglos que no me preocupo por asunto tan banal. Ya te acostumbrarás. Te doy la bienvenida.

Dio vuelta y se alejó pesadamente.

Me dicen que hay una luz al final del túnel. A veces creo verla y me apresuro a correr por el túnel, pero la luz se hace más distante, por ello me sosiego y camino lentamente y la luz brilla fulgurante, todavía lejana; entonces vuelvo a correr pues me exaspera la lentitud y ella se aleja... y así sucesivamente. Es claro que la luz es inalcanzable.

No importa que haya luz al final del túnel si esta es inalcanzable.

(Soy un río bravío, tormentoso, desbordado su caudal, por diques detenido, que son agujijones que me hieren, me sacuden y anudan mi garganta).

Colino a bordo: (La colinera me entrevista, esta noche en que Édith Piaf me desordena la sangre).

Preguntas y respuestas en esta noche de túnel para un colino a bordo: (hora 1:49 a.m.).

¡Tantos años habitando el abismo!

*¿Alternativas?*

Me queda un guaguancó.

*¿Cuál es el camino?*

No hay camino.

*¿No hay sentido?*

Hace nueve años, tres meses y siete días comprendí de golpe que existe una sola mentira y una sola verdad. En el momento en que nos es revelada la mentira se nos entrega la verdad; pero, a cambio, somos desposeídos de la mentira, pues la verdad y la mentira son una sola. Este acertijo retumbó en mi cerebro y su solución abrió ante mis pies un insondable abismo; y me vi de pronto distanciado del mundo ficticio, condenado a convivir con él, lejos, muy lejos... Solitario... Al otro lado del Gran Abismo.

*¿Pensarás en tu agonía que no es el momento de morir?*

*¿Qué aún faltan cosas por hacer?*

No. En mi agonía pensaré que es el momento justo, y ya no habrá fuerzas. Es decir: segundo a segundo invierto mis alientos en realizar lo que quiero hacer; es en la agonía en lo que habría que gastar las últimas fuerzas, y no en otra cosa, mucho menos en güevonadas que ya no serán.

*Es decir, ¿no tienes ningún compromiso en el sentido de que hay una obra por realizar (concluir)? Compromiso contigo mismo, por supuesto.*

No. No hay compromiso.

*¿No importa que mueras antes de tiempo?*

No. La muerte pondrá el punto final del texto de mi vida donde deba ir.

*¿Acaso es esto un momento (esta noche, este amanecer, esta mañana) de pleno escepticismo?*

No. No es por un instante. Es toda una vida de escepticismo. A no ser que consideremos una vida como un instante. (¿No es esa la verdad?).

*¿Tienes triple adicción?*

No, cuádruple adicción.

*¿Cuál es la cuarta?*

La múltiple adicción.

*¿Quién es ahora tu juez?*

Estoy rodeado de ellos. Me he prodigado tantos jueces como gente y objetos me topo en el camino.

*¿Ya no eres tu propio juez?*

No.

*¿Sabes, presientes, que hoy, en esta mañana, te expones a un tercer y mortal ataque de delirium tremens?*

Sí.

*¿Le temes?*

...

*¿Lo evitarás?*

...

*¿Lo provocarás?*

Quizás.

*¿Hay necesidad del riesgo?*

El juego es el nombre de la vida.

*¿Dónde estará la melodía?*

La melodía ya está. Falta quién la toque.

*¿El Amor?*

Si sabe de música...

El tiempo está quieto. Mis palpitaciones están cansadas. Quieren detenerse.

Final. Final de mis fuerzas...

...Oprimo el dedo índice de la mano izquierda sobre la coqueín y lo levanto cubierto del polvillo blanco familiar. Lo contemplo en el aire y veo al mensajero iniciar su carrera desde el centro del laberinto. Aunque sé que mi corazón no resistirá una taquicardia por tercera vez y siento la cercanía de un tercer ataque de delirium tremens, al cual no sobreviviría, llevo el dedo a la nariz y aspiro con fuerza, y me encuentro de repente cara a cara con el mensajero... Siento las neuronas activándose para el desafío final, como cada vez, y vuelta la rueda a girar, en este eterno recomenzar. Salud, mariposa blanca. La bruma cabalga la luna. Las nubes se pasean temerosas. La noche se yergue victoriosa. No hay tumbas en sosiego. Los cadáveres dominan el viento. Un aullido se detiene. Las montañas perfilan sus siluetas. En palacio el Conde ríe dichoso. Extiende sus alas y blande sus colmillos. Y yo lo espero, a la débil luz de mis pupilas, a la orilla de la ventana, mirando la extensa noche.

## EL VIAJERO

**E**l hombrecillo caminó unas cuadras, lentamente y con desgana. Llegó a un parquecito y se sentó en una banca. Depositó la valija en el suelo.

¿Tendría razón su mujer? ¿Y los demás? ¿No serán ellos los equivocados? Debía empezar por su mujer. Por lo menos ella ocupaba su recuerdo reciente, de apenas dos horas antes. ¿Cómo se atrevía ella a tildarlo de loco e inofensivo? Recordó sus palabras exactas: “Usted tan loco, ¿qué va a hacer por allá? Allá no lo van a aguantar. Aquí ya lo conocen como un soñador y los vecinos en el barrio saben que usted es inofensivo; ¿pero allá, en esa ciudad tan grande?”. Si eso piensan de uno los que dicen quererlo, qué no dirán los otros; los que sí son locos. ¿Loco yo? Y eso de inofensivo...

El parquecito estaba desolado, debido a las ruinas de los juegos infantiles, el prado descuidado y las bancas destartadas. La indumentaria del hombre completaba el derruido

decorado. Su extrema flacura se resentía ante la tristeza que lo minaba. De repente, rememoró al hombre de la taquilla en la terminal de transporte: alto y corpulento, con un mostacho, a diferencia de su breve bigote. Que agradezca que no le di su merecido. Aquel gigantón lo había tachado también de loco. ¿Y no era ese su apodo? ¿A qué viene ahora tanto enfado por ese apelativo que lo hizo famoso en el barrio? El loco Antonio, hombre reconocido en la barriada desde jovencito. A través de los años ese remoquete pasó de ser un orgullo a una vergüenza familiar. Vergüenza para ellos, no para él; comprendió el significado que le daban al término.

En estos momentos de decepción, es más hiriente el menosprecio de su mujer y de sus hijos, quienes a pesar de ser pequeños se aliaron con su madre, pues ninguno de los tres niños se despidió de él. Y otra vez las palabras punzantes de su mujer le socavaron el cerebro mientras se alisaba el fugaz bigote con los dedos, en señal de reflexión, a la vez que reparaba en un anciano andrajoso que se ubicaba en una banca cercana. “¡Usted no trabaja, no sabe un oficio y se la pasa en el café de la esquina rogando un trago, dándoselas de cantante, bailarín y don Juan, o cansando a los vecinos con sus mentiras y las historias que inventa, donde usted es el héroe!”. No había derecho a ofenderlo de esa manera y menos delante de los niños. Los tragos que me dan en el café de la esquina no los pido, ni más faltaba. Me los he ganado. Es más, son ellos quienes ruegan para que me aparezca por allá, y se reúnen en torno mío para deleitarse con mis aventuras. Lo que pasa es que la gente, incluida mi mujer, siente envidia de mi vida. ¡Ja! Ya quisieran ser como yo. “Cantante y bailarín”, no es que me las dé, eso soy. No hay en el barrio quién cante como yo, con este bigote quedo

igualito a don Pedro Infante y para bailar, ni hablemos; hay que ver las mañas que se dan para seguirme el paso. Eso de don Juan no es cierto. Yo no tengo necesidad de enamorar a las mujeres. Son ellas las que solitas se prendan de mí; y eso de que no domino un oficio y que nunca trabajo, dos injurias añadidas por mi mujer, sí que es falso. Si algo había hecho en su vida era trabajar, y si algo sabía hacer bien era conversar; con quién fuese y donde fuera y a cualquier hora: las aventuras que tanto alegran al vecindario. ¿O es muy fácil sostener conversaciones de toda índole día tras día, año a año? ¿O no se considera trabajo el arte de narrar historias, por fantásticas que parezcan?, e hizo un gesto de contrariedad al evocar las últimas escenas con su mujer y sus hijos. Optó por acariciarse el bigotico.

Y si un oficio se le exigía, él había sido el mejor pintor de carros de esos contornos. Se dedicó a enseñar su arte y no a ejercerlo, hasta que no precisaron de su experiencia. ¿Y las demás profesiones que había representado? Él había sido, además de pintor de carros, profesor universitario, líder de su barrio, político, indigente, detective, conversador, cantante, bailarín y don Juan, esposo, padre de familia, vicioso, contador de historias...

El viejo indigente no le quitaba la mirada de encima. Por instinto, el hombrecillo miró su valija en el suelo y la protegió con una mano. Este acto le recordó, atormentándolo, el viaje que quería realizar y la forma abrupta como el gigante dependiente de la taquilla, en la terminal de transporte, había destrozado sus sueños. El mundo se oponía a su viaje, y con mayor ahínco su mujer, quien al final se mostró decidida a que se largara. “Ni falta que nos hace”, fue su frase despectiva; y unos instantes antes: “Al fin y al cabo nunca nos ha

mantenido. ¡Lárguese!”. Es por lo único que lo miden a uno: por la plata. Y así se lo enrostró a su mujer; así se lo gritó, aunque el timbre y la débil voz no le ayudaban a la hora de mostrarse recio.

El viejo andrajoso se paró con dificultad, se terció unos costales y bolsas repletas de papel y otros materiales reciclables, que no pesaban mucho, y caminó hacia la banca del hombrecillo, separadas unos tres metros entre sí.

Era un hecho su congoja, como nunca lo había experimentado, vacío de vida, vacío de tiempo. El mundo lo había aislado, a él, al hombre más importante del barrio, el pilar del sótano donde vive, por el desnivel de la empinada calle. Yo no quiero vivir toda la vida en un maldito sótano. ¡Yo nací para conquistar el mundo! ¡Ya verán, ya verán!

En estas lo interrumpió el anciano indigente de la banca próxima:

—Joven... —dijo tímidamente—. Joven... ¿Qué le pasa?

El hombrecillo lo escuchó por fin, ensimismado en sus planes. No obstante, lo desatendió.

—Ahora no, amigo —le ordenó con desdén. El viejo continuó observándolo.

De pronto, el llamado del viejo repercutió en su mente. ¿Joven? Le habían dicho joven, y con respeto. Entonces se fijó en el anciano y algo familiar lo intrigó, sin explicárselo.

Volvió a abstraerse en sus pensamientos; entretanto, se arreglaba el ligero bigote con sus dedos, como acostumbra cuando medita. Repasó la imagen del gigantón dependiente de la taquilla, en la terminal de transporte, rasgándole en pedazos los billetes que él le había entregado con ínfulas: Un pasaje para la Ca-pi-tal; así, cantándole las sílabas, y luego el impacto de los trozos de billetes golpeándole la cara,

mientras el energúmeno, señalándole la salida, le vociferaba: “¡Largo de aquí, o le doy su merecido! ¿Acaso está usted loco? O me ha tomado por idiota. ¡Largo de aquí!”

Es cierto que me voy, se repitió, así medio mundo se oponga. Miró la valija al lado, para confirmarlo; se vio en la gran ciudad, allá en la Capital, vestido con elegancia y causando admiración, y sintió que su decisión era real, que no era una de sus invenciones; ¡ya verán, ya verán! Eso de que él se imaginaba cuentos, cuyas tramas protagonizaba, era otra calumnia de su mujer; en verdad, aún no nacía en la barriada alguien que se calzara sus zapatos. Joven, joven; ¿ah?, ¿qué? El viejo se había sentado en la misma banca.

—Le dije que ahora no, amigo —le advirtió con débil voz.

—Disculpe, joven —persistió el anciano, con voz cansada.

Eso de joven no era muy adecuado para su edad, pensó; se asomaban las canas y las arrugas. Miró al viejo y comprobó su familiaridad.

—Perdone, amigo, ¿nos conocemos? —le preguntó al viejo.

—Claro, joven —aseveró el anciano—. Lo he observado y...

—Disculpe, amigo —lo cortó—. ¿Tiene un cigarrillo? Supeditó la conversación al requisito del cigarro. También se le antojó un trago.

—Eh... sí... —balbuceó el viejo y esculcó en sus raídas ropas—. Aquí... Aquí están —feliz de haber hallado la cajetilla de cigarrillos y la tendió al hombrecillo, con manos temblorosas. Luego, ubicó los fósforos y le encendió el cigarrillo.

El hombrecillo aspiró profundo, exhaló el humo, se pasó los dedos por el escaso bigote y le preguntó al anciano:

—¿Qué es lo que ha observado?

El anciano sonrió apenado, y en esa leve sonrisa el hombre vislumbró un parentesco.

—Bueno joven... —dudó el anciano, mientras se alisaba el ligero bigote y se pasaba la mano por la barba rala y canosa—. Usted hacía gestos y su cuerpo se estremecía, lo vi manotear, y cuando me acerqué más, lo identifiqué de inmediato. Estoy seguro de que usted no guarda memoria de mí.

El hombre se sintió halagado por aquello de haber sido reconocido como una persona famosa. Lo consideró natural, ya que él era el personaje más célebre del barrio. Sin embargo, concluyó que jamás había visto a ese viejo.

—Disculpe, amigo —insistió—. ¿Dónde y cómo nos conocimos?

—Bah, eso no interesa —respondió el viejo con su voz gastada—. Usted no se acordará; un hombre que ha llevado su vida, plena de aventuras y rica en acontecimientos, no creo que disponga de un rincón en su memoria para este anciano... Además —y se le acercó al oído—, ahora ejecuto una misión secreta —luego volvió a su posición, acariciándose la barba incipiente.

—¿Una misión secreta? —se sorprendió el hombrecillo—. Con razón no lo he descubierto. Aunque no comprendo. Cuente con mi silencio, amigo.

—Ah, no lo dudo, joven; lo comprenderá a su debido tiempo. Estoy disfrazado de anciano indigente, ya que no soy tan viejo como aparento —y antes de que el hombrecillo le replicara, agregó—: Primero dígame en qué anda usted; debe de ser una misión delicada, dado su comportamiento.

A juzgar por sus reacciones silenciosa, las cosas no le han salido como las planeó, ¿o me equivoco?

El hombrecillo fumó otra vez. Instintivamente aseguró la valija de viaje, pegándola a sus pies, lo cual fue advertido por el anciano. Volviendo a su bigotico, le dijo:

—Ya que lo menciona, sí; por ahora, las cosas no me han salido bien.

—Cuénteme, joven.

El hombrecillo aspiró otra vez el cigarrillo y comenzó:

—Conseguí unos billetes con los que quise jugarle una mala pasada a mi mujer, y para eso me inventé un viaje a la Capital. Llegué a casa y le ordené que me empacara la ropa, mientras tanto, observaba sus reacciones...

—¿Y qué pasó? —lo acosó el viejo, ansioso por la historia.

—Mi mujer se hizo la loca, la fuerte, la desentendida y me mandó al carajo... —hizo otra pausa, en medio del humo del cigarrillo.

—Increíble —exclamó el anciano indigente disfrazado para la misión secreta—. Hacerle eso a usted, a una persona tan importante en el barrio. Siga joven ¿Y cómo reaccionó usted?

El hombrecillo prosiguió su narración.

—Me emberraqué, y después de soportar sus insultos mandé al diablo a mi mujer y mis hijos. Cogí la valija con la ropa, esta que usted ve aquí, con firmeza le mostré los billetes y me fui para la terminal de transportes sin despedirme, planeando cómo triunfar en la gran ciudad. Cuando quise comprar el tiquete en la ventanilla de la terminal de transportes, un grandulón me volvió trizas los billetes en la cara y casi me mata. Entonces entendí lo que había sucedido

y volví desilusionado al barrio a sentarme en esta banca; y fue aquí donde comprendí que yo invento unas mentiras que hasta yo mismo las creo.

—No se avergüence. Esa situación es normal —aseguró el viejo.

—¿Cuál situación? —lo inquirió el hombre.

—Eso de creerse uno mismo las mentiras que inventa. De eso está hecho el mundo. Continúe —lo apuró el anciano.

El hombrecillo concluía su historia. El viejo tomó la iniciativa.

—Conque a usted también le pasó el asunto de los billetes. No se preocupe, joven, que a mí me han roto los billetes en pedazos por lo menos nueve veces, aparte de la terminal de transportes, en otros lugares y con billetes grandes...

—¡Cómo así!

—Y no será la última vez que le suceda a usted.

—¿Eso cree? —dudó el hombrecillo, y tiró a un lado la colilla.

El viejo se encendió un cigarrillo y le ofreció otro al hombre. Él estiró sus huesudas manos y entre los dedos amarillentos por la nicotina tomó el cigarro.

—Estoy seguro, joven —e hizo un gesto que al hombrecillo lo pasmó.

Era un gesto familiar. Se miraron detenidamente y con inusitado asombro el hombrecillo analizó cada detalle de ese rostro ajado por el tiempo, ¿o por el disfraz?, y experimentó cierto temblor en sus manos, al llevarse el cigarrillo a la boca.

El viejo repitió el gesto con su cigarrillo, esculcó en su mochila y extrajo una botella de aguardiente, a medio camino de vaciarse—. ¿Quiere un trago?

Lo aceptó y ambos bebieron.

—¡Ah! —exclamó el hombre.

De repente se le atravesó una idea fantástica, pero la desechó por temor a terminar creyéndola. De ser así los otros tendrían razón al llamarlo loco. Dirían que era una más de sus historias ficticias. No obstante, la idea le pareció atractiva.

—Deme otro trago, amigo —le pidió el hombrecillo y ambos bebieron.

—Es hora de irme —dijo el anciano, ofreciéndole la botella mientras se incorporaba.

El hombre la recibió, pero al ver las intenciones del anciano indigente, lo requirió.

—Perdone, amigo; tengo algunas cosas que preguntarle, compartamos un rato más y acabemos el guaro.

—No pierda tiempo, joven —advirtió el anciano—. Nada obtendría con saber lo que pretende, sea mentira o sea verdad, da lo mismo. Ahora me voy, ya he cumplido mi misión.

Escudriñó en sus trebejos, extrajo un fajo de billetes y lo entregó al hombrecillo.

—Tome, lo va a necesitar —y se retiró con paso lento.

El hombrecillo se quedó perplejo con los billetes en la mano, pues los reconoció al instante. Veía alejarse, lentamente, al anciano, y al observar su caminado inconfundible, tuvo la certeza de que la idea extraordinaria que lo había asaltado era realidad.

Tomó la valija y tras dar algunos pasos, aún con los billetes en la mano, se detuvo. Tanteó la valija, recordó las últimas palabras del viejo y se dijo: Esta no me la va a creer nadie. Reinició su andar y comenzó a hacer planes: ¡Ya verán, ya verán!



## REY CARLOS VILLADIEGO

Escritor premiado en diversos certámenes literarios, regionales y nacionales, en los géneros de cuento y novela, además de dos distinciones internacionales.

Docente investigador de tiempo completo, adscrito al departamento de Administración de Empresas de la Universidad de Nariño, como Carlos Arturo Ramírez Gómez. Ha ocupado diferentes cargos directivos en la Universidad y actualmente se desempeña como coordinador de Desarrollo Académico de la Escuela de Posgrados de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas.

Catedrático en pregrado y posgrado. Ha publicado cuatro libros de cuentos.

### DISTINCIONES EN LITERATURA:

- Tercer premio, Concurso de cuento SENA 25 Años, Santafé de Bogotá.
- Finalista, concurso Internacional de Cuento PRENSA NUEVA, Ibagué, 1995.
- Primera Mención Especial, Concurso de Novela, Premios Jorge Isaacs, Cali, 1997.
- Primer Premio, Concurso de Libro de cuentos, Premios Jorge Isaacs, Cali, 1998.
- Segundo Premio, Concurso Nacional de Libro de Minicuentos, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Santafé de Bogotá, 1998.
- Ganador Beca, Región de Occidente, 1999, Ministerio de Cultura-Fondo Mixto de Cultura de Nariño; área de Literatura-Novela, proyecto.
- Premio Nacional de cuento, Líbano, 2000. Tolima.
- Mención única, Concurso Nacional de Novela Breve, Santafé de Bogotá, 2000.
- Premio nacional de literatura, modalidad de libro de cuentos, Universidad de Antioquia-Mincultura, Medellín, 2005.
- Finalista concurso nacional de cuento La Cueva Fundación, 2012.
- Finalista III concurso internacional de micro relatos MUSEO DE LA PALABRA, 2013.
- Tercer premio, CULTURA CONVOCA 2017, gobernación de Nariño, literatura, modalidad libro de cuentos.

En este libro se presentan los temas esenciales de la existencia humana, como el amor, la muerte, la soledad, la vejez, la identidad, la amistad, las relaciones de dominio, etc. Los diez relatos, aparentemente disímiles entre sí y de variados personajes desarrollan un hilo conductor común, en términos de la imposibilidad del ser humano por vivir una vida propia y no impuesta por los cánones sociales, o por los mismos problemas existenciales vitales, que en gran medida lo determinan y lo someten, lo que constituye una existencia signada por el terror.

Los relatos, reales o fantásticos, transcurren en atmósferas de suspenso y con finales abiertos. A veces contienen otros cuentos dentro del mismo relato, como también se incluyen elementos poéticos. Solo la tragedia sostiene la vida, parece ser el credo de estos personajes.

Ocho de estos cuentos han sido premiados en diferentes concursos literarios, regionales y nacionales.



Editorial  
Universidad de **Nariño**